

COMO EN UNA PELÍCULA

Escenas de la infancia
y de la vida pública de Jesús



José María Álvarez de Toledo (ed.)



José María Álvarez de Toledo

COMO EN UNA PELÍCULA
Escenas de la infancia y de la vida pública de Jesús

www.opusdei.org

© 2025 Opus Dei

© 2025 Fundación Studium

Índice de contenido

PRESENTACIÓN

LA VOCACIÓN DE MARÍA

La anunciación

HACER DESBORDAR LA ALEGRÍA

La visitación

PROTAGONISTAS POR SORPRESA

Los pastores de Belén

BUSCADORES DE DIOS

Los Reyes Magos

EL CARPINTERO DE NAZARET

Años de trabajo oculto

UN VIAJE A LA VOLUNTAD DEL PADRE

La Sagrada Familia en Jerusalén

RETROSPECTIVA DE UNA VIDA

La muerte de san José

MI HIJO AMADO

El bautismo de Jesús

LA EXPERIENCIA DEL DESIERTO

Las tentaciones de Jesús

COMIENZA LA CUENTA ATRÁS

Las bodas de Caná

CONFIAR EN LA PALABRA QUE SALVA

La pesca milagrosa

LA FELICIDAD QUE NADA PUEDE QUITAR

El sermón de la montaña

VIVIR DE FE

La multiplicación de los panes y de los peces

¿TODAVÍA NO COMPRENDÉIS?

Una discusión en la barca

LUZ QUE NUNCA SE APAGA

La confesión en Cesarea y la transfiguración

HACER DEL MUNDO UN HOGAR

La parábola del buen samaritano

EN EL COBIJO DE JESÚS

Un día en Betania

ABRAZAR LA CONDICIÓN DE HIJOS

La parábola del hijo pródigo

MÁS ALLÁ DE LA TRAMA

La parábola del fariseo y el publicano

ENTRAR EN LA VIDA

El joven rico

DESEAR VER A DIOS

El encuentro con Zaqueo

AL BORDE DEL CAMINO

El ciego Bartimeo

UN PERFUME CON VALOR DE ETERNIDAD

La unción en Betania

PRESENTACIÓN

«Cuando se ama a una persona se desean saber hasta los más mínimos detalles de su existencia, de su carácter, para así identificarse con ella. Por eso hemos de meditar la historia de Cristo (...). Hace falta que la conozcamos bien, que la tengamos toda entera en la cabeza y en el corazón, de modo que, en cualquier momento, sin necesidad de ningún libro, cerrando los ojos, podamos contemplarla como en una película»^[1].

El cine no se limita a narrar la vida de un individuo de manera aislada, sino que busca mostrar su mundo de relaciones. A través de la interacción con otros personajes, comprendemos mejor al protagonista mirando sus decisiones y escuchando sus palabras. Y podemos, incluso, intuir sus afectos. Porque uno de los poderes del cine es, en efecto, provocar en el espectador una serie de emociones. Algo similar ocurre en el Evangelio. No solamente relata la vida de Cristo, sino que también nos revela cómo era su trato con la gente que lo acompañaba. Al contemplar sus reacciones, podemos percibir también sus sentimientos y aprender de su manera de amar a los demás. «No se trata solo y sencillamente de seguir el ejemplo de Jesús, como una cuestión moral, sino de comprometer toda la existencia en su modo de pensar y de actuar. La oración debe llevar a un conocimiento y a una unión en el amor cada vez más profundos con el Señor, para poder pensar, actuar y amar como él, en él y por él. Practicar esto, aprender los sentimientos de Jesús, es el camino de la vida cristiana»^[2].

Esta recopilación de artículos de diversos autores, editados para mantener una cierta uniformidad de estilo y publicados previamente en la página web del Opus Dei, presenta algunos episodios de la infancia y de la vida pública de Jesús en clave cinematográfica. Como

sucede con cualquier película, estos textos son solo una interpretación del pasaje en cuestión, y no pretenden fijar una determinada visión ni abarcar todos los análisis posibles. Por eso, se procura distinguir entre lo que está relatado en el Evangelio y lo que es la apreciación personal del autor –por ejemplo, el modo en que describe ciertas situaciones o las reacciones interiores de los personajes–.

El prelado del Opus Dei ha insistido en la necesidad de considerar «la centralidad de la Persona de Jesucristo, a quien deseamos conocer, tratar y amar. Poner a Jesús en el centro de nuestra vida significa adentrarse más en la oración contemplativa en medio del mundo, y ayudar a los demás a ir por “caminos de contemplación” (San Josemaría, *Amigos de Dios*, n. 67)»^[3]. Precisamente el objetivo de estas páginas es que el lector pueda, a través de la imaginación, sumergirse en los pensamientos de Cristo y de aquellos que lo acompañaron; situarse, como uno más, en los lugares por donde pasó; ser el protagonista de sus parábolas; maravillarse ante los milagros y los discursos. En definitiva, «seguir tan de cerca al Señor, que oigamos el rumor de sus pisadas, que escuchemos el aliento de su respiración, que percibamos sus más íntimas confidencias con los que había escogido»^[4].

Así, al recorrer la vida de Jesús como si fuera una película, podremos reflejar sus mismos sentimientos para llevar su amor a quienes nos rodean. «La mejor motivación para decidirse a comunicar el Evangelio es contemplarlo con amor, es detenerse en sus páginas y leerlo con el corazón. Si lo abordamos de esa manera, su belleza nos asombra, vuelve a cautivarnos una y otra vez. Para eso urge recobrar un espíritu *contemplativo*, que nos permita redescubrir cada día que somos depositarios de un bien que humaniza, que ayuda a llevar una vida nueva. No hay nada mejor para transmitir a los demás»^[5].

[Volver al índice](#)

Siguiente capítulo

- [1] San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, n. 107.
- [2] Benedicto XVI, *Audiencia*, 27-VI-2012.
- [3] Mons. Fernando Ocáriz, *Carta pastoral*, 14-II-2017.
- [4] San Josemaría, citado en Javier Echevarría, *Memoria del Beato Josemaría Escrivá*, Rialp, Madrid 2000, p. 250.
- [5] Francisco, *Evangelii gaudium*, n. 264.

LA VOCACIÓN DE MARÍA

La anunciación

Hace dos mil años existió una pequeña casa de ladrillo incrustada en la roca, en una aldea remota de Palestina, que fue el escenario donde tuvo lugar el acontecimiento más grande de la historia. Aunque no hayamos viajado allí, ese rincón –que jamás habría pasado a los libros y ni tan siquiera a los mapas– ha sido objeto de la imaginación de generaciones de cristianos y son incontables los artistas que, con más o menos verosimilitud, lo han plasmado en sus obras.

Seguramente habremos escuchado muchas veces el diálogo (cfr. *Lc* 1,26-38) que mantuvieron entre esas paredes una joven de nombre María y el arcángel Gabriel, enviado por Dios. Un intercambio de palabras al que podemos volver siempre –lo hacemos todos días al recitar el ángelus–, pues se trata de un momento cumbre en el pacto entre Dios y los hombres.

Un corazón orante

Podemos entrar con la imaginación en un día que empieza a clarear. Es una tibia mañana de primavera y el silencio reina aún entre las callejuelas de Nazaret, interrumpido solo esporádicamente por unas pisadas, el trote de un borrico o un diálogo mantenido en voz baja. Como otras mañanas, María se ha despertado temprano. Antes de marchar al pozo a por agua, le gusta reservar unos minutos para dedicarlos a la oración. Así puede elevar su corazón a Yahvé y darle las gracias por el don de un nuevo día. Su meditación fluye como un río, «en cauce manso y ancho»^[1], sin ruido de palabras. Repite el Shemá Israel (cfr. *Dt* 6,4) y los salmos del rey David son en muchas ocasiones inspiración para su plegaria.

María sabe que la memoria es un componente esencial de la fe del pueblo elegido. Es constante en la Biblia la exhortación de los escritores sagrados a Israel para que conserve el recuerdo de la providencia divina (cfr. *Sal* 78; *Dt* 4,9). Ella había reflexionado en numerosas ocasiones sobre esos textos: «Nuestra Madre ha meditado largamente las palabras de las mujeres y de los hombres santos del Antiguo Testamento, que esperaban al Salvador, y los sucesos de que han sido protagonistas. Ha admirado aquel cúmulo de prodigios, el derroche de la misericordia de Dios con su pueblo»^[2]. Acostumbrada como estaba desde niña a conversar con el Señor en la intimidad de su corazón, consideraba su paternal protección y cómo su designio de salvación se había ido desplegando desde el inicio de los tiempos. En su oración había pedido con insistencia por el advenimiento del Mesías prometido.

A pesar de su juventud, María ha aprendido a hacer silencio para contemplar la presencia divina en su alma. Le gusta ponderar en su corazón (Cfr. *Lc* 2,19.51) los acontecimientos grandes y pequeños, para calibrarlos bajo el prisma de la providencia. Por eso no sorprende pensar que el ángel Gabriel, cuando se presentó ante ella para hacerle la propuesta más grande que se pueda plantear a una criatura, la encontrase recogida en oración^[3]. «No hay mejor forma de rezar que ponerse como María en una actitud de apertura, de corazón abierto a Dios: “Señor, lo que Tú quieras, cuando Tú quieras y como Tú quieras”. Es decir, el corazón abierto a la voluntad de Dios»^[4].

La humildad de la llena de gracia

El mensajero divino saluda a María con reverencia y entusiasmo: «Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo» (*Lc* 1,28). El texto sagrado afirma que «ella se turbó al oír estas palabras, y consideraba qué podía significar este saludo» (*Lc* 1,29). No sorprende a la Virgen la visita de un ser angélico, pero sí las palabras con las que se dirige a ella: «El mensajero saluda, en efecto, a María como “llena de gracia”;

la llama así, como si este fuera su verdadero nombre. No llama a su interlocutora con el nombre que le es propio en el registro civil: “Miryam” (María), sino *con este nombre nuevo*: “llena de gracia”»^[5]. Se le revela el nombre que el Señor ha pensado para su Madre desde toda la eternidad, el que mejor la describe. Ella, por contraste, se sabe tan pequeña ante la grandeza del Creador! Y es precisamente esta humildad de María la que enamora a Dios y la convierte en objeto de su predilección: «La humildad es el secreto de María. Es la humildad la que atrajo la mirada de Dios hacia ella. El ojo humano busca siempre la grandeza y se deslumbra por lo que es ostentoso. Dios, en cambio, no mira las apariencias, Dios mira el corazón (cfr. *1S 16,7*) y le encanta la humildad. La humildad de los corazones le encanta a Dios»^[6].

Continúa Gabriel su embajada: «No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios; concebirás en tu seno y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. Será grande y será llamado Hijo del Altísimo; el Señor Dios le dará el trono de David, su padre, reinará eternamente sobre la casa de Jacob y su Reino no tendrá fin» (*Lc 1,30-33*). «*Ne timeas, Maria!* ¡No temas, María! También hoy podemos considerar como dirigidas a nosotros esas palabras: no tengas miedo. San Juan escribe en su primera carta algo sorprendente: “El que teme no es perfecto en el amor” (*1Jn 4,17*), que san Josemaría traducía así: “El que tiene miedo, no sabe querer” (*Forja*, n. 260). Señor, nosotros queremos saber quererte, crecer en el amor»^[7].

La joven, que ha escuchado desde la infancia la promesa mesiánica, comprende bien las palabras del mensajero celeste. Y a pesar de haber hecho la promesa de entregar a Dios por entero su alma y su cuerpo, descubre en ese momento que ha sido la escogida, entre todas las mujeres de Israel, para convertirse en la madre del Mesías. Como es habitual en ella, pone en juego todos sus talentos para discernir la voluntad divina. Aplica su inteligencia al mensaje

recibido, y busca comprender cómo hacer compatible esa petición de Dios con el deseo de ser enteramente para él que siente en su corazón: «María le dijo al ángel: “¿De qué modo se hará esto, pues no conozco varón?”» (Lc 1, 34). No duda de que el plan divino vaya a cumplirse. Siempre ha deseado secundar la voluntad del Señor, pero quiere entender de qué manera la providencia resolverá los acontecimientos y cómo puede ella responder con generosidad y adhesión de corazón. «María no fue un instrumento puramente pasivo en las manos de Dios, sino que cooperó a la salvación de los hombres con fe y obediencia libres»^[8].

La espera de un sí

Prosigue Gabriel: «El Espíritu Santo descenderá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso, el que nacerá Santo será llamado Hijo de Dios» (Lc 1,35). Y añade un dato sorprendente: «Ahí tienes a Isabel, tu pariente, que en su ancianidad ha concebido también un hijo, y la que llamaban estéril está ya en el sexto mes, porque para Dios no hay nada imposible» (Lc 1,36-37). El ángel resuelve el interrogante: el fruto del vientre de María será obra del Espíritu Santo. En estas sencillas palabras está contenida la primera revelación de la fe trinitaria en el Nuevo Testamento. Y la Virgen es la primera criatura en prestar asentimiento a esta verdad, que conforma el contenido central del dogma cristiano. Como predicó san Agustín, antes de concebir en su seno, María concibe a Jesús en su corazón: «Cristo es creído y concebido mediante la fe. Primero se realiza la venida de la fe al corazón de la Virgen, y a continuación viene la fecundidad al seno de la madre»^[9].

El ángel ofrece una señal a la Señora al hablarle de su prima Isabel, la esposa de Zacarías, sacerdote, que vive en Ain-Karim. También Isabel ha sido alcanzada por una gran gracia divina y está a punto de dar a luz a un hijo, a pesar de ser estéril y haber sobrepasado hace tiempo la edad de ser madre. María comprende que Isabel, además de necesitar su ayuda en el tramo final de su embarazo, es la

confidente ideal con la que compartir la maravilla que el Señor está a punto de obrar en sus entrañas y en su vida.

A continuación se hace el silencio. Son apenas unos segundos, pero parece como si el tiempo y la eternidad se entremezclaran en esa pequeña habitación, sobrepasando los límites de lo posible. De los labios de María pende toda la historia de la salvación, la redención de millones de almas, desde Adán hasta el último hombre que pise esta tierra. El ángel aguarda expectante a que preste su consentimiento^[10]. María cierra un instante los ojos y se recoge en oración. Ahora comprende cómo los acontecimientos de su breve existencia se han encaminado hacia aquel momento y todas las piezas de su vida, cada talento y gracia recibidos, e incluso el dolor, cobran un sentido nuevo al escuchar esta propuesta divina. Sabe que no será fácil, piensa en José y también intuye que muchos malentenderán su situación, pero tiene bien comprobado que Dios es capaz de resolver cada prueba u obstáculo, como hizo con su pueblo durante la travesía por el desierto del Sinaí, cuando dividió las aguas del mar Rojo. No se siente digna de un don tan inmenso, pero se alegra de comprobar una vez más cómo el Señor tiene predilección por los *anawin*, por los más pequeños. «Ella sobresale entre los humildes y pobres del Señor, que confiadamente esperan y reciben de él la salvación»^[11].

Si no hubieras abierto...

María de Nazaret alza la mirada y fija sus ojos en Gabriel, mientras una sonrisa se dibuja en sus labios. La sorpresa, la ternura y un sutil gesto de emoción asoman a su semblante, mientras responde: «He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra» (*Lc 1,38*). «Al encanto de estas palabras virginales el Verbo se hizo carne»^[12]. María ha dicho que sí y, aunque en apariencia nada ha cambiado, desde ese instante el Hijo del Altísimo ha sido concebido en su seno. «En ese momento se produce el grandísimo milagro: Dios se hace hombre»^[13]. El cielo estalla en una fiesta. Y es tanta la felicidad y la

premura de Gabriel, que parece marcharse sin despedirse: «Y el ángel se retiró de su presencia» (Lc 1,38).

Esta escena nos revela el amor inmenso de Dios por sus criaturas, pero también cómo él cuenta con la correspondencia humana para llevar a cabo su plan de salvación. María nos hace ver hasta qué punto Dios ama y respeta la libertad del hombre y desea su cooperación para que la redención siga realizándose en todas las almas. «También en ti, oh María, se manifiesta hoy, la fortaleza y la libertad del hombre. Después de la deliberación de tan gran designio fue enviado a ti el ángel y te anuncia el mensaje de la divina decisión, pidiendo tu consentimiento; y el Hijo de Dios no baja a tu seno antes de que tú dieras el consentimiento de tu voluntad. Estaba esperando a las puertas de tu voluntad para que abrieras al que quería venir a ti; nunca hubiera entrado mientras tú no abrieras la puerta al decir: “Aquí está la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra” (Lc 1,38). Golpeaba a tu puerta, oh María, la eterna Deidad, pero si no hubieras abierto las puertas de tu voluntad, Dios no hubiera tomado carne humana»^[14].

Nuestro agradecimiento a María por haber dicho que sí a la llamada de Dios nunca será suficiente. San Josemaría, reflexionando sobre «la realidad del cariño de tantos cristianos a la Madre de Jesús», comentaba: «He pensado siempre que ese cariño es una correspondencia de amor, una muestra de agradecimiento filial. Porque María está muy unida a esa manifestación máxima del amor de Dios: la encarnación del Verbo»^[15].

María Candela

[Volver al índice](#)

[Siguiete capítulo](#)

- [1] San Josemaría, *Camino*, n. 145. En adelante, las citas de las que no se menciona el autor son de san Josemaría.
- [2] *Amigos de Dios*, n. 241.
- [3] Cfr. *Santo Rosario*, primer misterio gozoso.
- [4] Francisco, *Audiencia*, 18-XI-2020.
- [5] San Juan Pablo II, *Redemptoris Mater*, n. 8.
- [6] Francisco, *Ángelus*, 15-VIII-2021.
- [7] Mons. Fernando Ocáriz, *Notas de una meditación*, 25-III-2023.
- [8] *Lumen gentium*, n. 56.
- [9] San Agustín, *Sermón* 293, PL 38, 1327.
- [10] Un texto que relata este momento lo escribió san Bernardo de Claraval en sus homilías sobre las excelencias de la Virgen Madre (Homilía 4, 8-9: *Opera omnia*, edición cisterciense, 4 [1966], 53-54).
- [11] *Lumen gentium*, n. 55.
- [12] *Santo Rosario*, primer misterio gozoso.
- [13] Mons. Fernando Ocáriz, *Notas de una meditación*, 25-III-2023.
- [14] De las Oraciones de santa Catalina de Siena, virgen y doctora (OR, XI, *Anunciación* 1379; ed. G. Cavallini, Roma 1978, pp. 123-129).
- [15] *Es Cristo que pasa*, n. 140.

HACER DESBORDAR LA ALEGRÍA

La visitación

Gabriel se acaba de marchar. María está tratando de asimilar lo que ha presenciado. El extraño saludo. La promesa del nacimiento del Mesías. La llegada del Espíritu Santo. Su vida ha cambiado de manera inesperada. Con su sí ha aceptado la propuesta del ángel, pero todavía no es consciente de todas las implicaciones de aquel «hágase en mí según tu palabra» (Lc 1,38). Está segura de al menos una cosa: en su seno habita ahora el Hijo de Dios. Y es tal su felicidad que no sabe todavía cómo expresarla.

Meditando lo que acaba de presenciar, no puede olvidar la noticia que el arcángel le ha dado: «Ahí tienes a Isabel, tu pariente, que en su ancianidad ha concebido también un hijo, y la que llamaban estéril está ya en el sexto mes» (Lc 1,36). No sabemos con certeza qué grado de parentesco tenían, pero a menudo se cree que Isabel era su prima. Probablemente María estaba al tanto de que no había podido tener hijos. Pero el anuncio de Gabriel claramente le ha demostrado que «para Dios no hay nada imposible» (Lc 1,37).

María comprendió que no podía quedarse de brazos cruzados. El ángel le había dicho que su prima estaba embarazada como un signo de la omnipotencia divina, pero no le había comentado nada sobre si necesitaría ayuda o no. Sin embargo, María sabía ponerse en el lugar de los demás y reconocer sus necesidades, como demostraría años más tarde en Caná (cfr. Jn 2,1-12). Si su prima era anciana, era lógico pensar que su embarazo no sería sencillo, y que cualquier apoyo sería bienvenido. Además, la misma María sentiría la necesidad de compartir el don recibido con alguien. Y seguramente Isabel, con quien estaba unida por un cariño y una confianza profundos, y que

también acababa de ser testigo del poder de Dios, era la persona indicada.

Por eso María tomó la decisión de ponerse en camino. Y no de cualquier forma. San Lucas precisa que «marchó de prisa» (Lc 1,39). No tenía tiempo que perder. Sabía que en ese momento lo mejor que podía hacer era ir a ver a Isabel. Intuía que esto formaba parte de los planes de Dios. Y quería secundarlos con la iniciativa y el entusiasmo del amor, de quien sabe que está haciendo lo mejor para sí misma y para los demás, no con la desgana de quien cumple una obligación porque no le queda más remedio.

Esa prisa con la que sale María no es superficial. Podríamos decir que no le mueve el afán de curiosidad, ni tampoco el simple deseo de *hacer cosas* para evitar enfrentarse a la propia soledad. «La prisa de la joven de Nazaret es la de quienes han recibido dones extraordinarios del Señor y no pueden dejar de compartir, de hacer desbordar la inmensa gracia que han experimentado. Es la prisa de los que saben poner las necesidades de los demás por encima de las suyas. María es un ejemplo de persona joven que no pierde el tiempo buscando la atención o la aprobación de los demás –como ocurre cuando dependemos de los “me gusta” en las redes sociales–, sino que se mueve para buscar la conexión más genuina, la que surge del encuentro, del compartir, del amor y del servicio»^[1].

El privilegio de servir

Ain-Karim, la ciudad de Judá tradicionalmente identificada con el hogar de Zacarías e Isabel, está a unos 130 kilómetros de Nazaret. Situada en medio de las montañas, no debía de ser sencillo llegar hasta ahí. María tuvo que viajar durante varios días en una caravana probablemente llena de desconocidos. Atrás dejaba por un tiempo la seguridad de su hogar para llevar a su prima lo más valioso que tenía. «Es un viaje que la lleva lejos de casa, la impulsa al mundo, a lugares extraños a sus costumbres diarias; en cierto sentido, la hace

llegar hasta confines inalcanzables para ella. Está precisamente aquí, también para todos nosotros, el secreto de nuestra vida de hombres y de cristianos. Nuestra existencia, como personas y como Iglesia, está proyectada hacia fuera de nosotros»^[2]. Con frecuencia el Señor nos pide salir de los propios planteamientos, de aquello con lo que quizá estamos más familiarizados, para comunicar a los hombres la felicidad de acoger la palabra divina. «María lleva la alegría al hogar de su prima, porque “lleva” a Cristo»^[3]. Durante el viaje seguramente debió de reflexionar sobre ese gozo. Quizá vendrían a su mente expresiones de la Escritura que se acercaban a lo que ella sentía en esos momentos.

En cuanto María llegó a casa de Zacarías y su prima oyó el saludo, «el niño saltó en su seno e Isabel quedó llena del Espíritu Santo» (*Lc* 1,41). La visita de María no era simplemente un detalle de cortesía: llevaba nada más y nada menos que la presencia de Cristo. Generaciones de judíos habían soñado con la llegada del Mesías, y ahora Isabel lo recibía en su propia casa. «Las dos mujeres, ambas embarazadas, encarnan, en efecto, la espera y el Esperado. La anciana Isabel simboliza a Israel que espera al Mesías, mientras que la joven María lleva en sí la realización de tal espera, para beneficio de toda la humanidad. En las dos mujeres se encuentran y se reconocen, ante todo, los frutos de su seno, Juan y Cristo»^[4].

«Bendita tú entre las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre –exclama Isabel–. ¿De dónde a mí tanto bien, que venga la madre de mi Señor a visitarme?» (*Lc* 1,42-43). Isabel está pasmada porque cree no merecer semejante privilegio. Le llena de admiración que la madre del Salvador haya realizado un largo viaje para venir a acompañarla. María inaugura una nueva manera de entender el honor –que Jesús pondrá en práctica– y se siente, en su generosidad, la más beneficiada de las dos mujeres presentes en la escena. «Si quieres ser el primero, tienes que ir al final de la fila, ser el último y servir a todos. (...) Y esto cuesta, lo sabemos, porque “sabe a cruz”.

Pero a medida que crecemos en el cuidado y la disponibilidad hacia los demás, nos volvemos más libres por dentro, más parecidos a Jesús. Cuanto más servimos, más sentimos la presencia de Dios. Sobre todo cuando servimos a los que no tienen nada que devolvernos, los pobres, abrazando sus dificultades y necesidades con la tierna compasión: y ahí descubrimos que a su vez somos amados y abrazados por Dios»^[5]. María no fue *menos* por querer servir a su prima. Y por eso, tras oír las palabras de alabanza de Isabel –«bendita tú entre las mujeres», «bienaventurada tú, que has creído»–, sintió «el deseo de cantar, de proclamar las maravillas de Dios, para que la humanidad entera»^[6] participara de su felicidad.

Un corazón que rompe a cantar

«Proclama mi alma las grandezas del Señor, y se alegra mi espíritu en Dios mi Salvador» (Lc 1,46-47). María habla de su mundo interior. No hay ninguno más rico que el suyo. Y su rasgo principal es la alegría. Si días antes, al oír el saludo del ángel, como primer movimiento se había asustado, lo que quedó y ahora posee es un profundo gozo, fruto de haber dicho que sí a los planes divinos.

María conquistó a Dios con su sencillez. «Ha puesto los ojos en la humildad de su esclava; por eso desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones» (Lc 1,48). Ella no se sentía una persona especial. Vivía en una aldea desconocida, que ni siquiera había sido mencionada en las Escrituras. Su prometido era un artesano, un oficio como muchos otros. Pasaba gran parte de su tiempo ocupándose de las mismas tareas que realizaban las otras jóvenes de entonces. La mayoría de sus días debieron de transcurrir iguales. Nada en sus circunstancias externas sugería que fuese a ser recordada *de generación en generación*. Pero el Señor no se fija en las apariencias o en lo que los hombres consideran grande: sabe mirar el corazón de cada uno y apreciar lo que pasa desapercibido.

«Al meditar estas verdades, entendemos un poco más la lógica de Dios; nos damos cuenta de que el valor sobrenatural de nuestra vida no depende de que sean realidad las grandes hazañas que a veces forjamos con la imaginación, sino de la aceptación fiel de la voluntad divina, de la disposición generosa en el menudo sacrificio diario. Para ser divinos, para endiosarnos, hemos de empezar siendo muy humanos, viviendo cara a Dios nuestra condición de hombres corrientes, santificando esa aparente pequeñez»^[7]. María vivió así. Ella se consideraba poca cosa, pero reconoció que todo lo grande que había en su vida era fruto de la acción del Todopoderoso. Sabía que era él quien obraría los prodigios y quien manifestaría su poder, pues ella era consciente de sus propios límites. Por eso, los humildes como María serán ensalzados, pues el Señor podrá obrar maravillas en ellos.

«María, en su pequeñez, conquista primero los cielos. El secreto de su éxito reside precisamente en reconocerse pequeña, en reconocerse necesitada. Con Dios, solo quien se reconoce como nada es capaz de recibirlo todo. Solo quien se vacía es llenado por él. Y María es la “llena de gracia” precisamente por su humildad»^[8]. Durante su vida, la Madre de Dios no consiguió ninguna gloria humana. La única aclamación pública de la que tenemos noticia fue de parte de una mujer anónima que dijo a Jesús: «Bienaventurado el vientre que te llevó y los pechos que te criaron» (Lc 11,27). Y nada más. Pero hoy, siglos más tarde, se puede comprobar el acierto de aquellas palabras de María: millones de personas a lo largo de la historia le han mostrado veneración y se han fijado en la grandeza de su vida.

La normalidad del hogar

María permaneció tres meses con su prima. El Evangelio no cuenta lo que ocurrió durante ese tiempo, pero podemos suponer que estuvo marcado por la tranquilidad. Paseos alrededor de la casa. Ratos de silencio. Conversaciones en torno a una mesa. Oración. Horas dedicadas a coser las prendas del niño. Tareas domésticas. Aquella

familia encontraría un profundo gozo en la normalidad de esos momentos, saboreando la discreta cercanía de Dios en medio de todos sus quehaceres. «El secreto de la felicidad conyugal está en lo cotidiano, no en ensueños. Está en encontrar la alegría escondida que da la llegada al hogar; en el trato cariñoso con los hijos; en el trabajo de todos los días, en el que colabora la familia entera; en el buen humor ante las dificultades, que hay que afrontar con deportividad»^[9].

Es probable que Isabel tuviera que guardar reposo en las semanas previas al parto, y María seguramente se esmeró más en cuidarla. Trataría de adivinar sus necesidades con la prontitud y la creatividad propias del cariño. Con la misma prisa con que había dejado Nazaret ahora se adelanta a las solicitudes de Isabel. Podemos imaginar a María volcada en hacer la vida agradable a su prima. Prepararía la comida que más le gustaba. Buscaría el modo de hacerla reír. Contaría historias para entretenerla. De esta manera, María ayudó a aligerar la carga emocional y física que Isabel soportaba, ofreciéndole la tranquilidad necesaria para afrontar el parto.

Cuando por fin nació Juan, todos los vecinos y parientes de Isabel «oyeron la gran misericordia que el Señor le había mostrado y se congratulaban con ella» (Lc 1,58). Todos querrían ver a aquel bebé: era evidente que se trataba de un regalo de Dios. María, después de disfrutar de la alegría de esos días y asegurarse de que todo estaba en orden, decidió volver a Nazaret. Seguramente Isabel y Zacarías habrían querido que se quedase un tiempo más, pero entendieron que había llegado la hora.

Durante el camino de regreso, María debió de considerar en su corazón todo lo que había vivido. Con su *magnificat* había puesto palabras al gozo profundo que estaba sintiendo desde el anuncio del ángel. Al cuidar a Isabel había experimentado la satisfacción de seguir los planes divinos y darse a los demás. Los primeros meses de Dios hecho hombre estuvieron marcados por la alegría y por la

atención a una persona necesitada. Si lo que come y realiza una mujer durante el embarazo se transmite al hijo, podemos decir que Jesús, desde que está en el seno de María, se *nutre* de la actitud de servicio de su madre y de su deseo por hacer la voluntad divina en cada momento. Por eso, cuando más tarde dirá que su alimento es cumplir la voluntad del Padre (cfr. *Jn* 4,34) y que ha venido a servir (cfr. *Mt* 20,28), quizá pensaría en su madre: ninguna criatura había entendido como ella la felicidad de escuchar y acoger la palabra de Dios.

José María Álvarez de Toledo

[Volver al índice](#)

[Siguiente capítulo](#)

- [1] Francisco, *Mensaje*, 15-VIII-2022.
- [2] Benedicto XVI, *Discurso*, 31-V-2010.
- [3] *Surco*, n. 566.
- [4] Benedicto XVI, *Ángelus*, 23-XII-2012.
- [5] Francisco, *Ángelus*, 19-IX-2021.
- [6] *Es Cristo que pasa*, n. 144.
- [7] *Ibíd.*, n. 172.
- [8] Francisco, *Ángelus*, 15-VIII-2021.
- [9] *Conversaciones*, n. 91.

PROTAGONISTAS POR SORPRESA

Los pastores de Belén

En muchas películas, el personaje elegido para afrontar una misión no parece el más indicado. De algún modo queda patente que el encargo asignado le viene demasiado grande, mientras otras personas se muestran sobradamente preparadas. Sin embargo, el responsable de confiar aquella tarea es capaz de ver en el protagonista una cualidad que le hace único y que pasa desapercibida para los demás, incluso para el propio interesado. Y conforme avanza la historia, el público irá descubriendo poco a poco cuál es ese talento y verá que, efectivamente, la elección fue acertada.

Algo similar hizo Dios a lo largo de la historia de la salvación. Para ser los primeros testigos del nacimiento de su Hijo, y comunicarlo a los demás, pensó en unos pastores desconocidos del pequeño pueblo de Belén. Probablemente ellos no se creerían a la altura de semejante tarea. Pero el Señor no se fijó en su posición ni en su prestigio social, sino en un don del que quizá todavía no eran conscientes.

Despreciados por la sociedad

El nacimiento de Jesús tuvo lugar en una noche como cualquier otra. La mayoría de la gente estaría retirada en sus casas, cenando o descansando. Como de costumbre, «había unos pastores por aquellos contornos, que dormían al raso y vigilaban por turno su rebaño durante la noche» (Lc 2,8). Poco sabemos de estos personajes. Desconocemos sus nombres y tampoco estamos seguros de cuántos eran, aunque no debían de ser muchos. Belén no era un pueblo muy grande y no parece que la comarca custodiara grandes rebaños. Si hoy en día un solo pastor es capaz de tener a su cuidado

más de cien ovejas, podemos pensar que se trataba de un grupo más bien pequeño.

Algunos autores señalan que en aquella época los judíos solían distinguir entre tres categorías de rebaños^[1]. Las ovejas que tenían una lana totalmente blanca normalmente pasaban el día al aire libre y, al caer la tarde, volvían a un redil que se situaba en el interior de los pueblos. Aquellas que tenían la lana de dos tonos diferentes no eran consideradas totalmente puras, por lo que el redil se encontraba en las afueras, junto a los muros exteriores. Por último, las ovejas que tenían el manto totalmente oscuro eran impuras y, por tanto, no podían pastar ni siquiera en el extrarradio de las localidades. Y sus pastores, como consecuencia, corrían la misma suerte.

Si esto fuera así, podemos suponer que fueron esos pastores, aquellos que se ocupaban de las ovejas rechazadas por la sociedad, los protagonistas inesperados a los que se les presentó de improviso un ángel (cfr. *Lc 2,9*). El Mesías había nacido precisamente para curar a los enfermos y rodearse de las *ovejas negras* del momento. Por eso quiso que le acompañaran en su nacimiento unos hombres y unos animales despreciados por los demás. «Dios no excluye a nadie, ni a pobres y ni a ricos. Dios no se deja condicionar por nuestros prejuicios humanos, sino que ve en cada uno un alma que es preciso salvar, y le atraen especialmente aquellas almas a las que se considera perdidas y que así lo piensan ellas mismas. Jesucristo, encarnación de Dios, demostró esta inmensa misericordia, que no quita nada a la gravedad del pecado, sino que busca siempre salvar al pecador, ofrecerle la posibilidad de rescatarse, de volver a comenzar, de convertirse»^[2].

El camino que conduce a Dios

En cuanto los pastores vieron el ángel «se llenaron de un gran temor» (*Lc 2,9*). Se trata de una primera reacción que se entiende. También María se había turbado ante el anuncio del ángel Gabriel.

Es un temor por saberse indignos de compartir las cosas de Dios. Si algo tenían en común la Virgen y los pastores era precisamente una sencillez que les llevaba a no darse importancia y a dejarse sorprender por los planes divinos. «Los pastores representan a los pobres de Israel, personas humildes que interiormente viven con la conciencia de la propia carencia, y precisamente por esto confían más que los otros en Dios. (...) Solo la humildad es el camino que nos conduce a Dios y, al mismo tiempo, precisamente porque nos conduce a él, nos lleva también a lo esencial de la vida, a su significado más verdadero, al motivo más fiable por el que la vida vale la pena ser vivida»^[3].

Quizá habría tenido más sentido que el ángel hubiera anunciado esta noticia en el Templo de Jerusalén. Era allí donde se hallaba la gloria del Señor donde se encontraban los sacerdotes, personas que contaban con el prestigio del pueblo para transmitir el mensaje. Pero Dios quiso manifestarse de noche, cuando solo unos pocos estaban aún despiertos, y a unos hombres que no podían presumir de nada. Así hace él las cosas. Le gusta pasar oculto. Llega de modo insospechado entre los que menos tienen y menos pueden. Porque es allí, en medio de esa nada, donde Dios despliega toda su grandeza. «Nuestra lógica humana no sirve para explicar las realidades de la gracia. Dios suele buscar instrumentos flacos, para que aparezca con clara evidencia que la obra es suya. (...) En la base de la vocación están el conocimiento de nuestra miseria, la conciencia de que las luces que iluminan el alma –la fe–, el amor con el que amamos –la caridad– y el deseo por el que nos sostenemos –la esperanza–, son dones gratuitos de Dios. Por eso, no crecer en humildad significa perder de vista el objetivo de la elección divina: *ut essemus sancti*, la santidad personal»^[4].

El ángel, conociendo lo que estarían sintiendo los pastores, les dijo: «No temáis. Mirad que vengo a anunciaros una gran alegría, que lo será para todo el pueblo: hoy os ha nacido, en la ciudad de David, el

Salvador, que es el Cristo, el Señor; y esto os servirá de señal: encontraréis a un niño envuelto en pañales y reclinado en un pesebre» (Lc 2,10-12). Al miedo inicial de los pastores, se sobrepone el anuncio de paz, alegría... y probablemente desconcierto. Quizá incluso se preguntarían si habían oído bien. *¿El Mesías naciendo en un pesebre?*

Para los pastores, el pesebre era un instrumento de trabajo muy común. De algún modo, es como si a nosotros hoy el ángel nos dijera que el niño nos espera en la mesa de la oficina, en el taller o en el coche. Por eso los pastores quedarían un poco extrañados. El mismo pesebre que ellos llenaban todos los días de alimento para las ovejas ahora serviría para recostar al Hijo de Dios. Puesto en un lugar que sirve para comer, nos adelanta que ha venido a entregarse como alimento por cada uno de nosotros: «Dios se hace pequeño para ser nuestro alimento. Nutriéndonos de él, Pan de Vida, podemos renacer en el amor y romper la espiral de la avidez y la codicia. (...) Ante el pesebre, comprendemos que lo que alimenta la vida no son los bienes, sino el amor; no es la voracidad, sino la caridad; no es la abundancia ostentosa, sino la sencillez que se ha de preservar^[5]».

Conquistar a María

Después del anuncio, los pastores «fueron presurosos y encontraron a María y a José y al niño reclinado en el pesebre» (Lc 2,16). Es lógico que en este versículo el evangelista nombre primero a María, antes que a José... ¡y antes que a Jesús! Cuando nace un niño la madre no quita los ojos de él. Si queremos acariciarlo, le pedimos permiso a ella. Los pastores tenían que conquistar la simpatía de María para acercarse al niño. Sí, habían traído lo que tenían a mano en ese momento: un poco de comida, algo de abrigo, una oveja... Pero ¿qué era todo aquello cuando delante se encuentra el Rey de Reyes? Podía parecer insignificante, pero María, como buena madre, mira sobre todo el cariño con que han ofrecido estos regalos. Y los pastores, después de haberse ganado a la Madre de Dios, se

acercarían al niño y dirían algo parecido a lo que repetía san Josemaría: «Miro a Dios reclinado en un lugar donde no viven más que las bestias, y exclamo: Jesús, ¿dónde está tu realeza? Hijo mío, ¿has visto la grandeza de Dios que se ha hecho Niño? Porque su Padre es Dios, y sus criados, las criaturas angélicas. Y está aquí, en un pesebre, en pañales...»^[6].

Los pastores no olvidarían nunca lo que vivieron en esa velada. Nada les hacía presagiar, cuando comenzaron una noche más de trabajo, las maravillas de las que iban a ser testigos. Un ángel se les había aparecido y juntos habían ido a adorar al Mesías recién nacido. Por eso, no extraña lo que se recoge al final del relato, después de haber estado con la Sagrada Familia: «Reconocieron las cosas que les habían sido anunciadas sobre este niño. Y todos los que lo oyeron se maravillaron de cuanto los pastores les habían dicho» (Lc 2,17-18).

Esos hombres sencillos, acostumbrados solamente a lidiar con los animales más despreciados, se han convertido en anunciadores de la venida del Salvador. Ver al niño ha obrado en ellos un cambio que, a primera vista, parecía imposible. Ellos no habían recibido una formación específica para proclamar la Palabra, y probablemente sus conocimientos de las Escrituras fueran bastante limitados. Pero es precisamente en la sencillez de los pastores donde se hizo viva la potencia del Señor, «porque lo necio de Dios es más sabio que los hombres, y lo débil de Dios es más fuerte que los hombres» (1Co 1,25). Los pastores no necesitaban de grandes dotes para hablar del niño: bastaba transmitir el encuentro personal que habían tenido con él.

Eusebio González

[Volver al índice](#)

[Siguiente capítulo](#)

[1] Cfr. Michele Loconsole, *Quando è nato Gesù?*, Ediciones San Pablo, 2011.

[2] Benedicto XVI, *Ángelus*, 31-X-2010.

[3] Francisco, *Audiencia*, 22-XII-2021.

[4] *Es Cristo que pasa*, n. 3.

[5] Francisco, *Homilía*, 24-XII-2018.

[6] San Josemaría, *Meditación*, 6-I-1956.

BUSCADORES DE DIOS

Los Reyes Magos

Una vistosa comitiva acaba de llegar a Jerusalén. Los forasteros recorren sus callejuelas mientras contemplan el ajetreo de la ciudad. Probablemente a sus oídos habían llegado las hazañas que el pueblo judío había realizado. Y ahora estos misteriosos personajes pueden ver con sus propios ojos los símbolos de esta localidad: la muralla y el templo. Ellos, sin embargo, no han venido hasta aquí por curiosidad. Han recorrido cientos de kilómetros porque quieren adorar al rey de los judíos que acaba de nacer. Por eso se dirigen al lugar donde creen que lo hallarán: el palacio real.

«Vimos su estrella en el Oriente y hemos venido a adorarlo» (*Mt 2,2*). Con estas palabras se presentaron en el palacio. Quizá imaginaban que su presencia ahí sería de lo más normal. Si acababa de nacer aquel al que se esperaba desde hacía tanto tiempo, era lógico que la gente viniese a conocerlo. No obstante, «al oír esto, el rey Herodes se inquietó, y con él toda Jerusalén» (*Mt 2,3*). La noticia corrió de boca en boca. La visita de estos exóticos extranjeros causó una pequeña conmoción. De ahí que Herodes decidiera reunir a los sacerdotes y escribas del pueblo para intentar entender lo que estaba sucediendo.

A Herodes no le interesaba ese supuesto rey. Él había conseguido hacerse con el poder bajo la supervisión de Octavio Augusto porque le proporcionaba seguridad e impuestos. Cualquier sobresalto podría amenazar su continuidad. Por eso su prioridad era que las cosas siguieran como estaban. Aquellas promesas de Dios recogidas por los profetas estaban bien para afianzar la identidad nacional de los judíos, siempre que se mantuvieran como lejanas o inconcretas. Pero Cristo trastocó sus planes. Y reconocerle como rey implicaba un

riesgo, dejar atrás la seguridad de los propios razonamientos y aceptar «los imprevistos que no aparecen en el mapa de una vida tranquila. Jesús se deja encontrar por quien lo busca, pero para buscarlo hay que moverse, salir. No esperar; arriesgar. No quedarse quieto; avanzar. Jesús es exigente: a quien lo busca, le propone que deje el sillón de las comodidades mundanas y el calor agradable de sus estufas»^[1]. Supone, en definitiva, ponerse en camino, como hicieron los magos.

Una visión esperanzada del mundo

Los escribas y sacerdotes no dudaron en afirmar que el Cristo nacería en Belén, pues así había dicho el profeta Miqueas: «Y tú, Belén, tierra de Judá, ciertamente no eres la menor entre las principales ciudades de Judá; pues de ti saldrá un jefe que apacentará a mi pueblo, Israel» (*Mi* 5,1). Estos hombres conocían muy bien las escrituras. Sabían con exactitud todas las referencias relacionadas con el Mesías. Probablemente en sus propias vidas habrían meditado con frecuencia sobre su llegada. Algunos, anhelando que fuese cuanto antes; otros, quizá con cierta desilusión, pues esperaban que les hubiese salvado de caer bajo la dominación romana.

Sin embargo, a pesar de tener tan cerca las profecías cumplidas, los sabios de Israel de ese momento no saben reconocerlas. Han tenido que llegar esos extranjeros para hacerles ver que el rey de los judíos ya había nacido. Acostumbrados a ser el objeto de predilección de Dios, depositario de su grandeza, han visto que ha sido un pueblo gentil quien les ha comunicado la Buena Nueva que llevaban aguardando desde hacía siglos. «Caminarán los pueblos a tu luz –había dicho Isaías–, los reyes al esplendor de tu aurora» (*Is* 60,3). Las profecías se estaban cumpliendo al pie de la letra, pero la ceguera de sus corazones les impidió acoger el anuncio de aquellos forasteros.

Estos magos no pertenecían al pueblo de Israel. Venían de Oriente, es decir, de más allá del Imperio romano. Quizá eran persas, hombres dedicados a la astronomía y a las ciencias. Aparentemente, eran las personas menos indicadas para proclamar la llegada del Mesías. Dios no se había revelado a ellos, como sí había hecho con Israel. Pero los planes del Señor eran mucho más grandes de lo que aquellos escribas podían imaginar. El nuevo pueblo de Dios no estaría circunscrito a una nación, sino que ofrecería la salvación a todas las gentes. Ya no habría ninguna barrera que separe a los hombres. «A los hijos del extranjero que se adhieran al Señor para servirlo –había profetizado Isaías– (...), les haré entrar en mi monte santo, les daré alegría en mi casa de oración» (*Is* 56,6-7).

Tener una visión esperanzada del mundo lleva a descubrir lo bueno que tiene toda sociedad; a mirar con optimismo los valores de una cultura. «Todas las cosas son vuestras –dirá san Pablo–, vosotros de Cristo y Cristo de Dios» (*1Co* 3,22-23). Ante esta realidad «nos alegramos con las alegrías de los demás, disfrutamos de todas las cosas buenas que nos rodean y nos sentimos interpelados por los desafíos de nuestro tiempo»^[2]. Y precisamente el fundamento de esa visión esperanzada es el Dios al que buscan los magos; «pero no cualquier dios, sino el Dios que tiene un rostro humano y que nos ha amado hasta el extremo, a cada uno en particular y a la humanidad en su conjunto»^[3].

Somos lo que deseamos

«Entonces, Herodes, llamando en secreto a los magos, se informó cuidadosamente por ellos del tiempo en que había aparecido la estrella; y les envió a Belén, diciéndoles: “Id e informaos bien acerca del niño; y cuando lo encontréis, avisadme para que también yo vaya a adorarlo”» (*Mt* 2,7-8). Aunque las intenciones de Herodes no fueran las más rectas, sus indicaciones encendieron nuevamente los corazones de los magos: ya sabían cómo continuar su camino.

Ellos no se habían conformado con la vida cómoda que tenían en su tierra, tal vez con muchas rentas y un alto prestigio social; eran «buscadores de Dios»^[4]. Por eso es probable que se desilusionaran cuando llegaron a Jerusalén y no sabían cómo proseguir. Pero en cuanto descubrieron la ruta que les llevaba al rey, volvieron a sentir una alegría que les confería fuerzas para reemprender el viaje.

El deseo que abrigaban de adorar a quien daba sentido a sus vidas era mayor que el de disfrutar de sus seguridades. Fue ese impulso interior lo que les llevó a recorrer cientos de kilómetros y atravesar territorios desconocidos. «Porque Dios nos ha hecho así: amasados de deseo; orientados, como los magos, hacia las estrellas. Podemos decir, sin exagerar, que nosotros somos lo que deseamos. Porque son los deseos los que ensanchan nuestra mirada e impulsan la vida a ir más allá: más allá de las barreras de la rutina, más allá de una vida embotada en el consumo, más allá de una fe repetitiva y cansada, más allá del miedo de arriesgarnos, de comprometernos por los demás y por el bien»^[5].

Los magos estaban decididos a hallar a aquel rey costara lo que costase. Tenían «la convicción de que ni el desierto, ni las tempestades, ni la tranquilidad de los oasis»^[6] les impedirían llegar a encontrar a Jesús. «No querían solamente saber. Querían reconocer la verdad sobre nosotros, y sobre Dios y el mundo. Su peregrinación exterior era expresión de su estar interiormente en camino, de la peregrinación interior de sus corazones»^[7]. Por eso, «al ver la estrella se llenaron de inmensa alegría» (*Mt 2,10*). No habían sido testigos de los portentos del Señor que se narran en el Antiguo Testamento. Tampoco habían visto los milagros que años más tarde los contemporáneos de Jesús presenciarían. Les bastó la estrella para llenarse de alegría. Amaban al Dios desconocido aun cuando no lo habían visto. Al fin y al cabo era lo que deseaban desde que habían dejado atrás sus hogares.

Un acto de justicia

«Entrando en la casa, vieron al niño con María, su madre, y postrándose le adoraron» (Mt 2,11). Aquellos hombres sabios se arrodillaron ante un recién nacido. Ahí, en el pesebre, se encontraba el rey. Ya no tenían que buscarlo entre las constelaciones del firmamento: lo tenían delante, cercano, hecho niño.

Todo lo que habían vivido las últimas semanas –la ilusión al ver la estrella, la fatiga del viaje, las dudas al llegar a Jerusalén– adquiría su sentido ante la presencia de ese rey. El deseo por conocer a Dios, que les hizo dejar su hogar, les llevó a la adoración. Experimentaron cómo Jesús había sanado sus anhelos más profundos. Quizá tiempo atrás sus vidas giraban en torno a la satisfacción de otras necesidades más inmediatas: el prestigio social, la riqueza, la comodidad... Pero en ese instante descubrieron que lo único importante es dar gloria a Dios. «Nuestro tesoro –decía san Josemaría– está aquí, reclinado en un pesebre; es Cristo y en él se han de centrar todos nuestros amores, porque donde está nuestro tesoro allí estará también nuestro corazón (cfr. Lc 12,34)»^[8].

Los magos, que ya han entrado en esa lógica vital que va más allá de las necesidades primarias, le ofrecieron sus dones: oro, incienso y mirra. Probablemente a María y José les habría resultado más útil otro tipo de presentes; algo que sirviera para combatir el frío o alimentar al niño. En aquel momento no tenían urgencia de incienso y mirra, y quizá tampoco el oro podía ayudarles inmediatamente. Sin embargo, «estos dones tienen un significado profundo: son un acto de justicia. De hecho, según la mentalidad vigente en aquel tiempo en Oriente, representan el reconocimiento de una persona como Dios y rey: es decir, son un acto de sumisión. Quieren decir que desde aquel momento los donadores pertenecen al soberano y reconocen su autoridad»^[9].

María se sorprende al ver entrar bajo su techo esa comitiva. Acostumbrada a meditar en su corazón lo que le ocurre, quizá le viene a la mente aquella profecía: «Entonces, mirarás y te pondrás radiante, palpitará y se ensanchará tu corazón, pues la abundancia del amor se volcará sobre ti, llegará a ti la riqueza de las naciones. Te cubrirá una multitud de camellos, dromedarios de Madián y Efá, todos vendrán de Sabá cargados de oro e incienso, y pregonando alabanzas al Señor» (Is 60,5-6). Ella, que en Belén no es más que una mujer nazarena, aquella que tuvo que dar a luz en un establo, ve cómo se postran esos sabios y miran a su hijo. Siente palpitar su corazón inmaculado viendo, por primera vez, a hombres paganos, venidos de lejos, adorar a su hijo como Dios verdadero.

Un silencio intenso llena la pequeña estancia. Solo, quizá, los alegres sonidos de la criatura que ella sostiene rompen ese silencio, y enamoran más profundamente el corazón de los magos. No esperaban esto, pero la luz de la fe les abre los ojos. No tienen palabras ni conceptos para explicar que ese niño que les mira, que juguetea con los dedos de su madre, es su rey, su Dios. Pero es así. Y le adoran.

Ellos, que son buscadores de Dios, acostumbrados a entreverlo en el cielo y en la creación, ahora tienen ante sí a la sabiduría divina, misteriosa, escondida. Y la tienen hecha hombre. La Sabiduría les mira, les hace pucheros y les sonrío. Tal vez, en las manos de su madre, el más atrevido de ellos, inclinándose, deja un beso. Y por vez primera un corazón reza con estas palabras: *Sedes Sapientiae!*

Miguel Forcada

[Volver al índice](#)

[Siguiete capítulo](#)

- [1] Francisco, *Homilía*, 6-I-2018.
- [2] Mons. Fernando Ocáriz, *Carta pastoral*, 19-III-2022, n. 7.
- [3] Benedicto XVI, *Spe salvi*, n. 31.
- [4] Benedicto XVI, *Homilía*, 6-I-2013.
- [5] Francisco, *Homilía*, 6-I-2022.
- [6] *Es Cristo que pasa*, n. 32.
- [7] Benedicto XVI, *Homilía*, 6-I-2013.
- [8] *Es Cristo que pasa*, n. 35.
- [9] Benedicto XVI, *Homilía*, 6-I-2010.

EL CARPINTERO DE NAZARET

Años de trabajo oculto

Ante nosotros se extiende la villa de Nazaret del primer siglo. Se trata de un pequeño pueblo situado en la ladera de una colina, donde habitan unas docenas de familias, con su pequeña sinagoga, sus campos cultivados en terrazas y sus casas construidas con la piedra local. Nos adentramos en la sinagoga. Jesús está hablando y sus paisanos le miran con la boca abierta. Han oído decir que, desde que se marchó de la aldea, ha empezado a hacer milagros y a arrastrar multitudes, a las que predica con más autoridad que los escribas y fariseos. Pero no salen de su asombro. Todo eso contrasta con su vida en Nazaret, que conocen perfectamente: ¡es el carpintero del pueblo! «¿De dónde sabe este estas cosas? –se preguntan–. ¿Y qué sabiduría es la que se le ha dado y estos milagros que se hacen por sus manos? ¿No es este el artesano, el hijo de María?» (Mc 6,2-3).

Probablemente, en el pasado, Jesús habría salido de Nazaret en contadas ocasiones: solamente para ir a Jerusalén en las fiestas a las que acudía todo judío piadoso y quizá, por motivos de trabajo, a otros pueblos vecinos. Tampoco hay constancia de que se hubiera trasladado a Jerusalén para estudiar con los maestros de Israel. Los judíos de la Ciudad Santa estaban seguros de no haberle visto por allí y se interrogaban: «¿Cómo sabe este de letras sin haber estudiado?» (Jn 7,15).

El misterio de la normalidad

El Evangelio no se detiene a narrar los años de vida oculta de la Sagrada Familia. Solamente podemos imaginar cómo trascorriría un día normal en la casa de Nazaret. José trabaja en su oficio de carpintero. María cuida del niño y se ocupa de las labores de la casa.

Jesús juega con los muchachos de su edad. Una existencia, en definitiva, que no llama la atención. «Jesús, creciendo y viviendo como uno de nosotros, nos revela que la existencia humana, el quehacer corriente y ordinario, tiene un sentido divino. Por mucho que hayamos considerado estas verdades, debemos llenarnos siempre de admiración al pensar en los treinta años de oscuridad, que constituyen la mayor parte del paso de Jesús entre sus hermanos los hombres. Años de sombra, pero para nosotros claros como la luz del sol. Mejor, resplandor que ilumina nuestros días y les da una auténtica proyección, porque somos cristianos corrientes, que llevamos una vida ordinaria, igual a la de tantos millones de personas en los más diversos lugares del mundo»^[1].

Con el paso de los años, los habitantes de Nazaret tendrían a Jesús por una persona sencilla, un trabajador como tantos otros que se había ganado el sustento con sus propias manos. A ojos del pueblo, su vida no había tenido ningún misterio. Pero esa falta de *misterio* es precisamente lo que nos ilumina: conocemos que su vida fue normal, que no se diferenció en nada de lo que un trabajador realizaba en la Galilea del primer siglo. Aquella vida es, para nosotros, una película apasionante, pues Dios nos ha llamado a vivir y a trabajar así, encontrando en el mundo, en las tareas que llevamos a cabo, el espacio en el que podemos experimentar un encuentro personal con la Santísima Trinidad: «Todos, siguiendo cada uno su propia vocación –en su hogar, en su profesión u oficio, en el cumplimiento de las obligaciones que le corresponden por su estado, en sus deberes de ciudadano, en el ejercicio de sus derechos–, estamos llamados a participar del reino de los cielos»^[2].

Toda nuestra vida cotidiana y nuestro esfuerzo por *cultivar* el mundo está llamado a convertirse en un diálogo personal con Dios. «Los campos, el mar, las fábricas siempre fueron *altares* desde los que se alzaban oraciones hermosas y puras, que Dios acogió y recogió. Oraciones dichas y rezadas por quien sabía y quería rezar, pero

también oraciones dichas con las manos, con el sudor, con la fatiga del trabajo de quien no sabía rezar con la boca»^[3].

Entre la madera, la vid y el campo

Al escuchar en la sinagoga el oficio de Jesús, nos preguntamos si todavía podríamos encontrar su taller entre las casas de Nazaret. El Evangelio nos dice que Jesús era un *tektón* (cfr. *Mt* 13,55; *Mc* 6,3), es decir, un carpintero. Según los expertos, este término designa más el carpintero de obra que el artesano de la madera, aunque quizá hacía ambas tareas. Dado el tamaño de la aldea, no debe de haber sido poco frecuente visitar una casa en la cual había una mesa realizada con sus manos.

En un pueblo tan pequeño, no había muchos encargos para un *tektón*. A unos veinte kilómetros se encuentra la ciudad de Séforis, que fue escenario de una rebelión tras la muerte de Herodes el Grande, duramente sofocada por los romanos. La ciudad fue incendiada y sus habitantes vendidos como esclavos^[4]. Más tarde, Herodes Antipas la reconstruyó y le dio el nombre de Autocratoris^[5]. Estaba cerca de Nazaret y había mucho trabajo para quien manejaba la madera, por lo que es posible que algunos artesanos y obreros nazarenos tomaran parte en la reconstrucción de esa ciudad.

Probablemente los trabajadores se emplearían en todo lo que les permitiera aumentar sus ingresos, desde construir una casa –bien cimentada sobre roca y calculada en todos sus detalles–, hasta realizar cualquier tarea propia de una sociedad agrícola. En las casas de Nazaret había graneros y bodegas, lugares para el vino y para el aceite, prueba de que la comunidad allí asentada estaba formada por pequeños propietarios.

En ese sentido, son varios los ejemplos y las parábolas de Jesús que denotan su conocimiento de las faenas agrícolas. En unas ocasiones se refiere al cultivo de la vid y a la producción del vino, comparándose a sí mismo con la cepa y a sus discípulos con los

sarmientos (cfr. *Jn* 15,1-8). Sabe bien que hay que emplear distinto tipo de odres, adecuados para cada tipo de vino (cfr. *Lc* 5,37-39), y conoce la situación de los jornaleros de temporada durante la vendimia, que no siempre encuentran quien les emplee (cfr. *Mt* 20,1-16). Otras parábolas están ambientadas entre viñas, como la de los dos hijos (cfr. *Mt* 21,28-32), la de la higuera estéril (cfr. *Lc* 13,6-9) o la de los arrendatarios homicidas (cfr. *Mc* 12,1-12).

En esta última se nos dice, entre otros detalles, que el dueño de la viña *excavó* un lagar, una cavidad donde se prensa la uva para extraer el mosto. A poca distancia de Nazaret se ha encontrado uno excavado en la roca. Es posible que sea uno de los pocos lagares –si no el único– que existen en Nazaret. Tal vez, en este mismo lugar, Jesús festejó en alguna ocasión la vendimia con sus amigos y familiares, pisando la uva, entre la música y la alegría de todos. No podemos olvidar que su primer milagro fue transformar el agua en un vino de gran calidad, hasta el punto de suscitar el asombro del maestra sala de Caná (cfr. *Jn* 2,1-12). Jesús entendía del trabajo vinícola y no se contentó con saciar la sed de los invitados a las bodas, sino que quiso darles algo verdaderamente bueno.

Volviendo a las parábolas que podrían darnos indicios sobre los trabajos que Jesús conocía, encontramos diversas referencias a las tareas de labranza. La semilla de trigo que germina sola, y la de aquella que tiene que *morir* y ser sepultada si quiere dar fruto, denotan un agudo espíritu de observación (cfr. *Jn* 12,24). Es esa misma mirada la que le llevaba a notar la desproporción entre la pequeñez de una semilla de mostaza y el árbol que se desarrollará a partir de ella (cfr. *Mt* 13,31-32). El ejemplo de la cizaña quizá se refiere a alguna venganza entre campesinos de la que Jesús podría haber tenido noticia, y podría haber visto también en su comarca cómo algunos ricos llenaban hasta el borde sus graneros en años de buenas cosechas (cfr. *Mt* 13,24-48).

Pero la parábola más conocida es la del sembrador (cfr. *Mt 13,1-23*). Levantando los ojos por encima de los tejados podemos ver los campos de cultivo, organizados en terrazas debido a lo inclinado del terreno. En aquellas pequeñas parcelas, delimitadas por muros de mampostería en seco, el subsuelo es pedregoso y las propiedades están atravesadas por senderos que comunican los terrenos entre sí. Cuando llega el verano, en los bordes crecen cardos en abundancia. No es remota la posibilidad de que una parte de la semilla caiga en terreno pedregoso, en un camino o entre espinos que la sofocarán. Y eso podría tener consecuencias significativas para la cosecha de una familia humilde.

¿Por qué trabajó Jesús?

Jesús quiso prepararse para cumplir su misión, que culminaría en el ofrecimiento de su vida por nosotros, empleándose, año tras año, en un trabajo fatigoso y muy normal. ¿Por qué? Como sucede con tantos otros interrogantes de la vida de Jesús, la respuesta última es esta: porque nos ama. Cada instante en ese trabajo tenía que ver con nuestra redención. Todos los actos de su vida fueron redentores^[6].

¿Qué pensaría Cristo mientras llevaba a cabo su labor? Todo esto tenía un motivo, una razón que se esconde en lo profundo de su corazón: trabajaba por amor al Padre y por amor a nosotros. Por eso cada jornada estaba iluminada por la alegría de saber que aquello tendría repercusiones en toda la humanidad, para siempre. Ciertamente el amor de Jesús llegaría al extremo en la cruz, pero su tarea cotidiana formaba parte del plan salvador.

También nosotros podemos «vivir cada instante con vibración de eternidad»^[7]. Incluso las tareas más pequeñas pueden realizarse con sentido sobrenatural y convertirse en ocasión de dar gloria a Dios. San Josemaría comentaba que santificar el trabajo es «trabajar día a día, sin recibir aplausos y sin buscarlos, pero con el convencimiento de que Dios Nuestro Señor nos mira, nos espera, y quiere de nosotros

un trabajo hecho por amor»^[8]. Quizá nos habremos preguntado alguna vez: ¿qué significa exactamente, en la práctica, trabajar por amor? Trabajar por amor significa «hacerlo por Dios y por los demás, lo que exige hacerlo bien»^[9]. Significa trabajar como lo hizo Jesús: desempeñar nuestra labor cotidiana compartiendo ese mismo afán redentor, ilusionándonos con aportar nuestro granito de arena a la salvación del género humano. Los años de Cristo en Nazaret nos muestran que «el trabajo, y un trabajo profesional similar al que desarrollan millones de hombres en el mundo, se convierte en tarea divina, en labor redentora, en camino de salvación»^[10].

En Jesús no encontramos un hombre que simplemente trabajaba por amor: nos hallamos ante el Amor mismo que trabajaba. Ese Amor divino que impulsó y modeló la creación del mundo y que, como escribe Dante, «mueve el sol y las demás estrellas»^[11].

Luis Cano

[Volver al índice](#)

[Siguiendo capítulo](#)

[1] *Es Cristo que pasa*, n. 14.

[2] *Es Cristo que pasa*, n. 44.

[3] Francisco, *Discurso*, 27-V-2017.

[4] Cfr. Flavio Josefo, *Antigüedades judías*, 17.289.

[5] Cfr. *Ibíd.*, 18.27.

[6] Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, nn. 517-518.

[7] *Amigos de Dios*, n. 239.

[8] San Josemaría, *Tertulia*, 18-VIII-1968.

[9] Mons. Fernando Ocariz, Congreso Interdisciplinar sobre el Trabajo, Universidad Pontificia de la Santa Cruz, 20-X-2017.

[10] *Conversaciones*, n. 55.

[11] Dante, *Divina comedia*, Paraíso, canto XXXIII, v. 145.

UN VIAJE A LA VOLUNTAD DEL PADRE

La Sagrada Familia en Jerusalén

Viajar para un niño es sinónimo de aventura. Los días anteriores a la salida están marcados por la emoción de descubrir territorios inexplorados, o bien por las ganas de volver a ver un lugar asociado a gratos recuerdos. El trayecto de ida suele hacerse más bien largo. Los minutos pasan lentamente, al ritmo de continuos «¿cuánto falta?» dirigidos a sus padres. Apenas logra dormirse un rato, hasta que finalmente oye un «¡ya estamos llegando!» que le despierta y le hace estar bien atento a todo lo que ve pasar. Después, las jornadas pasan más rápido de lo que uno desea, y casi sin darse cuenta se halla otra vez haciendo las maletas y emprendiendo el viaje de regreso a casa.

La ilusión de Jesús

Podemos suponer que el niño Jesús también experimentó esta misma sensación que tantos hemos tenido. La ley del pueblo judío establecía que todo varón del pueblo de Israel acudiese a Jerusalén tres veces al año, pero la interpretación común de los doctores permitía reducir a una las visitas anuales para quienes residiesen fuera de Judea. El precepto no obligaba a las mujeres ni a los niños menores de trece años, pero sabemos que la Sagrada Familia iba «todos los años a Jerusalén para la fiesta de la Pascua» (Lc 2,41).

Ese viaje era un acontecimiento que rompía la rutina de la vida en Nazaret. Aquellos eran días muy especiales: el viaje en caravana hacia Judea, el paso por los pueblos, el encuentro con parientes, la vista de las murallas de la Ciudad Santa a lo lejos... María y José quizá entretenían al niño explicando las tradiciones de su pueblo y contando historias de sus antepasados. Al divisar la ciudad de David los peregrinos se llenaban de emoción y surgía espontáneo el canto

del salmo: «¡Qué alegría cuando me dijeron: “Vamos a la casa del Señor”! Ya están pisando nuestros pies tus umbrales Jerusalén» (*Sal* 122,1-2). Podemos pensar que Cristo no solo participaba de esa emoción, sino que la viviría de un modo especialmente intenso.

Así fue también cuando Jesús había cumplido ya doce años. Aunque había crecido mucho y estaba llegando al final de la etapa de la infancia, todavía era un niño. En cualquier caso, por el curso que tomará el relato, es fácil pensar que Jesús había esperado con gran ilusión ese momento. Intentaría combatir la monotonía de la caravana yendo de grupo en grupo, como cualquier chico de su edad, inventándose algunos juegos con sus amigos. Al final del día se reuniría con sus padres para descansar en un ambiente de mayor intimidad. Y así hasta que finalmente llegaron a Jerusalén, que despertaría en él el deseo de descubrir nuevos rincones.

Como de costumbre, los días pasaron increíblemente rápido: llegaba el momento de volver a casa. Mientras se ultiman los preparativos se suceden las despedidas –«¡buen viaje!», «¡hasta el año que viene!»– y los peregrinos emprenden el trayecto de retorno. En alguna ocasión todos habremos vivido de primera mano el caos que puede rodear el comienzo de un viaje: prisas por salir cuanto antes, problemas para meter todo el equipaje, opiniones sobre cuál es la ruta más rápida, imprevistos de última hora... Pues un clima similar debía de reinar en aquellos instantes en muchas callejuelas de la ciudad santa. Podemos imaginarnos que Jesús, en medio de ese ambiente, se aleja tranquilamente sin que nadie lo note: desea cumplir la voluntad de su Padre.

Sufrimiento de María y José

El nerviosismo inicial de la partida da paso a la serenidad, una vez que la caravana consigue salir de Jerusalén. José y María pueden finalmente descansar un rato después de tanto ajetreo. José piensa que Jesús se encuentra con su madre, pues todavía tiene esa edad

que le permite ir con ella; María, por su parte, supone que se encuentra yendo de arriba para abajo con sus amigos, como quizá siempre había hecho. Pero al llegar la tarde se dan cuenta de que Jesús no aparece. Comienzan entonces a preguntar a los distintos grupos: «¿Habéis visto a Jesús? ¿Sabéis dónde puede estar?». Después de dirigirse a sus amigos comienzan a intuir la tragedia: nadie le ha visto en todo el día. Todo parece indicar que se ha quedado en Jerusalén.

Para unos padres perder a un niño es algo terrible. «¿Qué le habrá pasado? ¿Con quién estará?». En las almas santas de María y José entra de lleno la angustia^[1]. En ese momento quizá se sintieron negligentes en la misión recibida de Dios. La armonía que hay en ese matrimonio se manifiesta también en esta hora tan dura y quizá cada uno intenta consolar y disculpar al otro. «Llora María. (...) José, tras hacer inútiles esfuerzos por no llorar, llora también»^[2]. Tienen el alma partida de dolor, pero no se detienen en inútiles pensamientos de tristeza paralizante: toman sus cosas y deciden sobre la marcha regresar a Jerusalén para buscar a Jesús.

Dios permite la prueba y al mismo tiempo ofrece siempre su gracia. En ocasiones, de una manera o de otra, las personas pasan por momentos de dificultad en los que les parece que se están alejando de Dios. Son tiempos duros, en los que se sufre. La sospecha de no agradar al Señor hace que se padezca terriblemente. El sufrimiento de la Virgen y de José por la pérdida de Jesús es superior al que hayan podido pasar otros santos, porque... ¿quién puede medir el amor de María y de José por Jesús? ¿Puede haber en la historia padres que hayan amado a sus hijos como ellos querían a Jesús? A los dos, concretamente, les pesa además la responsabilidad recibida de Dios de ser los custodios del Salvador. Y tienen que pasar dos largas noches, en las que no consiguen descansar, y un día entero con esta angustia, sin saber cuáles serán los planes de Dios. Quizá María,

y también José, se acuerda de la profecía de Simeón: «Una espada traspasará tu alma» (*Lc 2,35*).

«Si un día nos ocurriera una cosa de este estilo, perder a Jesucristo, que tengamos la humildad de reconocer que nos hemos equivocado, y queramos volver a andar por la senda que él nos ha marcado. Eso no sucederá; pero, si alguna vez sucediere, todos te pedimos, unánimemente, el sentido de responsabilidad; y la alegría de la vuelta, de la entrega, de la lucha, de la victoria; porque Dios no pierde batallas y, si nos unimos a Dios Nuestro Señor, podemos volver al buen sendero, y seguir adelante, triunfadores»^[3].

Sufrimiento de Jesús

Mientras tanto... ¿qué ha pasado con Jesús? El niño ha tomado la resolución de quedarse en el Templo. Durante el día pregunta y habla con los maestros de Israel, hasta que se hace tarde. El Evangelio no nos dice dónde ni cómo pasó aquellas noches en las que José y María le buscaban. Quizá fue a alojarse al mismo sitio donde había estado los días precedentes, o tal vez fue invitado por algún rabí a permanecer con su familia. Muy probablemente era la primera vez que pasaba una noche fuera de la compañía de sus padres. Solo esto para un niño de doce años es ya algo relevante. Pero, en este caso, Jesús sabía además que sus padres empezarían a buscarlo sin encontrarlo.

El niño es Dios... y es también perfecto hombre. El corazón de Jesús es el corazón humano de un Dios que es Amor. Cristo, como hombre, tiene una sensibilidad humana perfecta: la sensibilidad de un niño de doce años que sabe que sus padres están angustiados buscándole. Más tarde demostrará tener un corazón que hace suyo el dolor ajeno: resucita a un muerto al ver llorar a aquella viuda que acaba de perder su hijo único (cfr. *Lc 7,11-16*); se compadece de las gentes porque las ve como ovejas sin pastor (cfr. *Mt 9,36*); se conmueve ante la generosidad de una mujer pobre que echa en el gazofilacio todo lo

que tiene (cfr. *Mt* 12,41-44); llora ante la muerte de su amigo Lázaro y el sufrimiento de sus hermanas (cfr. *Jn* 11,35).

Quien años más tarde llorará por Jerusalén y por su amigo Lázaro, ¿no habría sufrido de algún modo también con la separación que experimentaron sus padres? No ha habido ni habrá ningún niño que haya querido más a sus padres de lo que Jesús amaba a su Madre y a José. Podemos pensar que le dolería saber que sus padres estaban apenados y llorando. Con todo, no era la primera vez que el claroscuro de los planes de Dios se hacía presente en las vidas de José y de María.

Esa ocasión tampoco sería la última vez que Jesús sufriría por cumplir la voluntad de su Padre. Durante los cuarenta días en el desierto rechazó los caminos que el diablo le iba poniendo por delante, porque se alejaban de lo que el Padre había pensado para él (cfr. *Mt* 4,1-11). Más adelante volvería a experimentar la soledad cuando los discípulos le abandonaron, al no entender en qué consistía esa voluntad (cfr. *Jn* 6,60-66). Y antes de la pasión lo vemos en agonía con el rostro en tierra suplicando a su Padre que aparte de él el cáliz, pero rezando: «No se haga mi voluntad sino la tuya» (*Lc* 22,42).

«Es el alimento de Jesús, y es también el camino del cristiano. Él abrió camino para nuestra vida; y no es fácil hacer la voluntad de Dios, porque cada día se nos presentan en una bandeja muchas opciones: haz esto que está bien, no es malo»^[4]. Por eso, podríamos preguntarnos: «¿Es la voluntad de Dios? ¿Cómo hago para cumplir la voluntad de Dios? He aquí, por lo tanto, una sugerencia práctica: ante todo, rezar y pedir la gracia de querer hacer la voluntad de Dios»^[5].

¿Por qué?

Al tercer día de búsqueda, «lo encontraron en el Templo, sentado en medio de los doctores, escuchándoles y preguntándoles» (*Lc* 2,46).

Se sorprendieron al verle ahí como uno más, causando la admiración de todos. Pero por encima del asombro estaba la inmensa alegría del reencuentro. También Jesús sentiría esa misma sensación de alivio, al mismo tiempo que daría gracias internamente a su Padre, pues de algún modo cesaba el sufrimiento de la prueba para José y María.

Es fácil imaginar la emoción de ese instante, como quizá hemos vivido nosotros escenas de reencuentro familiar. La Sagrada Familia se uniría en un fuerte abrazo, y probablemente habría más de alguna lágrima. Sin embargo, el evangelista pasa rápidamente a recoger el diálogo entre María y el niño:

«Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? Mira que tu padre y yo, angustiados, te buscábamos».

La respuesta de Jesús –las primeras palabras suyas que la Escritura recoge de él– resulta desconcertante:

«¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en las cosas de mi Padre?» (*Lc 2,48-49*).

Entendemos bien que Jesús se dedicara a los asuntos de su Padre. María y José estaban en condiciones de comprender eso y, por supuesto, de secundarlo. Lo que puede que no se entienda igual de bien es por qué lo hizo de este modo. ¿Por qué quedarse sin decir nada? ¿No se podría haber obtenido el mismo resultado sin causar la pena de la pérdida? ¿No podía haberles advertido de algún modo? La falta de respuesta a estos interrogantes nos muestra que los planes divinos responden a una lógica más amplia que la de los hombres. Acoger con fe este modo de obrar del Señor significa adentrarnos en la experiencia que han recorrido los santos, que son aquellos que han permanecido más cerca de Dios, quienes se han asociado más íntimamente a su voluntad. «Fijaos: si Dios ha querido ensalzar a su Madre, es igualmente cierto que durante su vida terrena no fueron ahorrados a María ni la experiencia del dolor, ni el cansancio del trabajo, ni el claroscuro de la fe. (...) Entendemos un poco más la

lógica de Dios; nos damos cuenta de que el valor sobrenatural de nuestra vida no depende de que sean realidad las grandes hazañas que a veces forjamos con la imaginación, sino de la aceptación fiel de la voluntad divina, de la disposición generosa en el menudo sacrificio diario»^[6].

San Lucas aclara que «ellos no comprendieron lo que les dijo» (*Lc* 2,50). A la vez, también dice que María ponderaba esas cosas en su corazón (cfr. *Lc* 2,51), y es fácil imaginar que las seguiría meditando durante su vida. Con Jesús a su lado, María y José irían comprendiendo progresivamente tantos aspectos del alcance de la misión y de los movimientos de su hijo. En cualquier caso, la escena que hemos contemplado nos da cierto consuelo para cuando, en momentos determinados, nosotros no alcanzamos a vislumbrar del todo el sentido de un suceso o de una circunstancia. El modo habitual de reaccionar de la Virgen nos da la clave para poder afrontar estas situaciones cuando lleguen: «Guardaba todas estas cosas en su corazón» (*Lc* 2,51). Y más adelante esta actitud se llevaría el elogio de su Hijo: «Estos son mi madre y mis hermanos: quien hace la voluntad de Dios, ese es mi hermano y mi hermana y mi madre» (*Mc* 8,34-35).

Eduardo Baura

[Volver al índice](#)

[Siguiendo capítulo](#)

^[1] Cfr. *Santo Rosario*, quinto misterio gozoso.

^[2] *Ibíd.*

^[3] San Josemaría, *Meditación*, 2-X-1956.

^[4] Francisco, *Homilía*, 27-I-2015.

[5] *Ibíd.*

[6] *Es Cristo que pasa*, n. 172.

RETROSPECTIVA DE UNA VIDA

La muerte de san José

Podemos imaginar que José ya no puede más y que, a pesar de sus esfuerzos por continuar el trabajo en el taller, no se sostiene en pie. Jesús llama rápidamente a María, y entre los dos lo toman y lo llevan a su cama. Jesús permanece siempre a su lado. José vuelve por fin en sí y lo primero que hace es mirar a su esposa. Lamenta que se esté acercando el momento en que la tiene que dejar. Y en su cabeza quizá rememora aquel otro instante en que temía no volver a verla jamás.

Ver con los ojos de Dios

Había ocurrido poco después de los desposorios. María se disponía a visitar a su pariente Isabel, que estaba esperando un hijo. José se quedaría en Nazaret, preparando la casa en la que iban a vivir. Hasta ese momento, sabemos poco de él. Tendría una vida normal. El Evangelio nos ofrece algunos datos: era de la casa de David y estaba desposado con una virgen que se llamaba María (cfr. *Lc 1,27*). Y también nos da un detalle sobre su modo de ser: era un hombre justo (cfr. *Mt 1,19*). Esto era lo que distinguía a José. Era joven y ya era conocido como alguien justo; había descubierto el valor que tiene la ley de Dios para orientar su propia vida. Se esforzaba para que su obrar y su manera de pensar y comprender la realidad se adecuaran a lo que el Señor tenía pensado para el hombre y para el mundo. Había aprendido que fiarse de Dios es construir la vida sobre cimientos sólidos. «Su cumplimiento de la voluntad de Dios no es rutinario ni formalista, sino espontáneo y profundo. La ley que vivía todo judío practicante no fue para él un simple código ni una recopilación fría de preceptos, sino expresión de la voluntad de Dios vivo. Por eso supo reconocer la voz del Señor cuando se le manifestó inesperada, sorprendente»^[1].

Un día su vida sufrió una sacudida cuando vio llegar a María después de haber visitado a Isabel. A la alegría por volverla a encontrar después de tanto tiempo, se mezcló una inquietud no pequeña: María estaba embarazada. No se explicaba lo que veía, pero como era justo y estaba cerca de Dios podemos suponer que trataba de ver las cosas con sus ojos. De algún modo, quizá fue capaz de percibir la presencia de Dios en María. Era consciente de que esa mujer era especial.

En cualquier caso, José se encontró en una situación en la que no sabía bien qué hacer. Por un lado, la ley le prohibía asumir sin más a un hijo que no era suyo; por otro, la pureza de María –de la que no dudaba– y el amor que tenía por ella le impedían denunciarla. Quizá se pasaría horas y horas dando vueltas a una posible solución, hasta que pareció dar con una: «Pensó repudiarla en secreto» (Mt 1,19). Tal vez su idea era marcharse sin que nadie lo supiese y así sería él el que quedaba mal, y no María. Ya había tomado la decisión. Evidentemente, le costaría pensar que no volvería a ver a María, pero sabía que de este modo la dejarían tranquila. Y así fue como finalmente pudo conciliar el sueño.

Poner el nombre

Imaginando los últimos momentos de la vida del santo Patriarca, vemos nuevamente a José junto a María. A ella se dirige, y le ruega que no le abandone. También le pide perdón por las veces en las que piensa que no ha sabido servirle mejor y el dolor que le supuso no acabar de comprender desde el inicio cuando la vio embarazada. Y como si la Virgen no lo supiese ya, José cuenta lo que le ocurrió aquella noche.

Se había dormido después de haber tomado una dura decisión que, sin embargo, le había llenado de paz. Entonces, un ángel del Señor se le apareció y le dijo: «José, hijo de David, no temas recibir a María, tu esposa, porque lo que en ella ha sido concebido es obra del

Espíritu Santo» (Mt 1,20). Dios puso fin así a la prueba de José. Podía haber actuado antes y haberles ahorrado el sufrimiento a ambos. A José, la inquietud por no entender y no saber qué hacer; a María, el dolor que le produciría saber la situación que estaría atravesando su esposo. Pero en su providencia, el Señor permitió que José tuviera que pensar y rezar para ver qué podía hacer. Este es uno de sus modos de actuar, porque él no quiere sustituirnos: nos asiste con su gracia para que nuestra inteligencia sea cada vez más capaz de afrontar los problemas. «Si a veces pareciera que Dios no nos ayuda, no significa que nos haya abandonado, sino que confía en nosotros, en lo que podemos planear, inventar, encontrar»^[2].

El ángel continuó hablando: «Dará a luz un hijo y le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados» (Mt 1,21). Es en este momento cuando José recibe una misión que va a dar forma a su vida. Sus planes han cambiado por completo. Dios no quiere que se marche, sino que cuenta con él para poner el nombre al Dios hecho hombre, es decir, para que sea su padre. Y de ahora en adelante este carpintero asumirá con responsabilidad el cuidado de Jesús y de la Virgen.

Un bien inmenso

José todavía recuerda la alegría que sintió después de aquel sueño. María tampoco se olvida del momento en que él la recibió por esposa y tuvieron que afrontar ese viaje improvisado a Belén. Entre los dos se ponen a rememorar los detalles de esa travesía: cuando se quedaron sin sitio en la posada, el establo en el que pasaron la noche, los pastores y esos sabios de Oriente que vinieron a adorar al Niño... Imaginemos que, en ese momento, entra Jesús en la habitación. José y María lo miran, y no pueden evitar acordarse también de esos instantes de angustia, cuando pensaron que su vida corría serio peligro.

Había sido una noche especial. Una caravana de camellos se había presentado en el portal. Tres hombres que parecían importantes se habían postrado delante del Niño y le habían ofrecido tres valiosos presentes: oro, incienso y mirra. José estaría dando vueltas a los acontecimientos de los últimos días hasta que fue vencido por el sueño. Entonces volvió a ocurrir una escena que ya le era familiar: «Un ángel del Señor se le apareció en sueños a José y le dijo: “Levántate, toma al niño y a su madre, huye a Egipto y quédate allí hasta que yo te diga, porque Herodes va a buscar al niño para matarlo”» (*Mt 2,13*).

Las impresiones, sin embargo, eran distintas. Si después de la primera aparición del ángel José se había despertado lleno de paz, sabiendo que no tenía que dejar a María, en esta ocasión se levantó con miedo. La vida de Jesús estaba amenazada y no había tiempo que perder. Sin reparar en lo intempestivo de la hora, ni en la fatiga después de toda una jornada intensa, «se levantó, tomó de noche al niño y a su madre, y huyó a Egipto» (*Mt 2,14*).

José no se concedería ningún descanso hasta que lograra llegar a una zona segura. Sabía que lo que estaba haciendo era parte de esa misión que se le había confiado. En cierto modo, era consecuencia de su sí a Dios. Lejos de frustrarse, José sabía que el Señor no premia con una vida cómoda; lo que promete es una vida capaz de realizar un bien inmenso a los que son capaces de sufrir por un amor que vale la pena. Pero José no se limitó simplemente a resistir las contrariedades que se fueron presentando. Lo hizo con alegría, pues sabía que estaba llevando a cabo una misión buena, que Dios le había encomendado. Fue ese sentirse elegido para cuidar de la Virgen y el Niño lo que le hizo afrontar el cansancio y los imprevistos con una esperanza y una felicidad renovadas. Él mismo experimentaba que «darse sinceramente a los demás es de tal eficacia, que Dios lo premia con una humildad llena de alegría»^[3].

«Ministro de la salvación»

En esos últimos momentos de José, podemos suponer que Jesús y María están atentos a todo lo que él pueda necesitar. La Virgen le prepara algo para que recupere las fuerzas, pero es inútil: su esposo apenas puede probar bocado. Jesús, mientras, le da las gracias por lo buen padre que ha sido y por todo lo que ha aprendido de él. Juntos recuerdan aquel primer día en el taller, esas conversaciones camino a la sinagoga, los viajes a Jerusalén... José se va sintiendo más débil, pero nota que el dolor se le va pasando gracias al cuidado de Jesús y María. No puede imaginarse un final más feliz, rodeado de las dos personas que más quiere en el mundo. Por ellas se había desvivido en los momentos más difíciles y también en la normalidad de los años en Nazaret.

Después de un sinfín de idas y venidas, la Sagrada Familia se había instalado por fin en la ciudad de Nazaret. «Ahí el niño iba creciendo y fortaleciéndose lleno de sabiduría, y la gracia de Dios estaba en él» (Lc 2,40). No tenemos muchas más noticias de José en ese período. Fueron años en los que siguió cumpliendo su misión. Ya no se dedicará a proteger al niño y a María de grandes peligros; lo suyo será entonces un cuidado más corriente, como el de cualquier padre de la época. Trabajaría duro para conseguir un sustento que mantuviese el hogar, al mismo tiempo que se ocuparía de la educación de Jesús.

¿Qué podía aprender el Hijo de Dios de un carpintero? En esos años de vida oculta, José enseñó a Jesús a ser obediente a sus padres, siguiendo el mandamiento de Dios. Jesús niño aprendió de su padre en la tierra a acoger. José no fue un hombre que se resignó ante lo que ocurría, sino que acogió esa vida que Dios le había ofrecido, aunque se alejase de los planes que había previsto. «Muchas veces ocurren hechos en nuestra vida cuyo significado no entendemos. Nuestra primera reacción es a menudo de decepción y rebelión. José deja de lado sus razonamientos para dar paso a lo que acontece y,

por más misterioso que le parezca, lo acoge, asume la responsabilidad y se reconcilia con su propia historia. Si no nos reconciliamos con nuestra historia, ni siquiera podremos dar el paso siguiente, porque siempre seremos prisioneros de nuestras expectativas y de las consiguientes decepciones»[4].

Como casi cualquier hijo, Jesús aprendió lo que es el amor en su propio hogar. José no tuvo deseos de dominio, sino que le dejó libre para amar, capaz de elegir. El suyo no fue un amor que sofocara, sino que supo poner en el centro de su vida a Jesús y a María. Amaba y respetaba a los dos tal como eran.

Todo esto muestra que José «ha sido llamado por Dios para servir directamente a la persona y a la misión de Jesús mediante el ejercicio de su paternidad; de este modo él coopera en la plenitud de los tiempos en el gran misterio de la redención y es verdaderamente “ministro de la salvación”»[5].

* * *

Vuelven los dolores de José en las últimas horas antes de la muerte. Ante su inminencia, no puede evitar cierto temor, pero no tanto a morir como a tener que dejar a Jesús y a María. Y mirando a los dos, el santo Patriarca exhala su último aliento. María y Jesús amortajan el cuerpo de José y lo ungen con aromas. Acompañados por amigos y vecinos, le llevan al sepulcro. Al concluir las exequias, el cortejo fúnebre vuelve a la sencilla casa de Nazaret. Allí espera, llena de dolor, la Virgen María, que solo encuentra consuelo en los brazos de su hijo.

José María Álvarez de Toledo

[Volver al índice](#)

[Siguiendo capítulo](#)

[1] *Es Cristo que pasa*, n. 41.

[2] Francisco, *Patris corde*, n. 5.

[3] *Forja*, n. 591.

[4] Francisco, *Patris corde*, n. 4.

[5] San Juan Pablo II, *Redemptoris custos*, n. 8.

MI HIJO AMADO

El bautismo de Jesús

El pueblo de Israel se agita: hay un nuevo profeta. Siglos llevaba sin resonar la voz de Dios en la tierra de Judá con esa fuerza. Por eso la gente se estremece y se acerca a Juan, el Bautista: «Acudía a él toda la gente de Jerusalén, de Judea y de la comarca del Jordán» (*Mt 3,5*). Podemos representar ante nosotros la escena a vista de pájaro. Vemos a lo lejos la ciudad de Jericó, rodeada de palmeras. Y una cinta plateada, el río Jordán, que cruza por medio de un desierto seco y rocoso. Es fácil suponer que la gente se agolparía en su ribera, porque lejos del frescor del agua el calor se volvería insoportable. Allí aquella multitud escucha el sencillo mensaje de Juan: «Convertíos, porque está al llegar el Reino de los Cielos» (*Mt 3,2*). Sobre los corazones de aquella gente no pesa el cansancio del camino ni el ardor del sol: lo que les pesan son sus pecados.

Lágrimas amargas

La palabra de Juan atraviesa el espíritu de esas gentes que repasan en su conciencia todas aquellas faltas contra Dios. En la mente de algunos de ellos, judíos piadosos que conocían a fondo la Escritura, la voz de Juan les recordaría a las de los antiguos profetas. Como Jonás anunció en términos muy duros a los ninivitas la necesidad de arrepentirse y volverse a Dios, Juan Bautista reclamaba del mismo modo una genuina conversión. Los judíos arremolinados a la vera del Jordán pensarían, tal vez, como los antiguos habitantes de Nínive: «¿Quién sabe si Dios se dolerá y se retraerá, y retornará del ardor de su ira, y no pereceremos nosotros?» (*Jon 3,9*).

Esos hombres, que se saben pecadores, no se contentan con un arrepentimiento interno, por sincero que sea. Les quema dentro el

dolor de sus pecados, y por ello se acercan uno a uno al profeta y «confesaban sus pecados» (Mt 3,6). Lo que nunca habrían dicho a otras personas se lo confiaban a aquel desconocido, porque en él veían a un hombre de Dios. Muchos de ellos, al confesarse, llorarían con lágrimas tan ardientes y amargas como aquel desierto. Lágrimas que se mezclarían con el agua del río, en la que el profeta los sumergía por entero bautizándoles.

Juan predicaba «un bautismo de penitencia para remisión de los pecados» (Mc 1,4), pero bien sabía él que esa agua no podía llegar hasta el alma para limpiarla. Ellos solos no podían hacer más, confiaban en la promesa de Dios que decía: «Volveos a mí y yo me volveré a vosotros» (Ml 3,7). Se volvían tanto como podían, ¡y ojalá Dios se estuviera fijando en su aflicción y les trajese la salvación! Así lo deseaban ellos, y así también se lo prometía Juan, llenándoles de consuelo: «El que viene después de mí es más poderoso que yo, a quien no soy digno de llevarle las sandalias. Él os bautizará en el Espíritu Santo y en fuego» (Mt 3,11). Un Espíritu y un fuego que les permitieran empezar de nuevo. El pueblo se arrepentía, lloraba sus pecados y los confesaba, y se sumergían en el agua suplicando al Señor que hiciese el milagro de sanar sus corazones. ¿Estaría Dios escuchando su lamento?

Cumplir toda justicia

Lejos del centro de la escena se encuentra un hombre que escucha las palabras de Juan. Nos lo podemos imaginar sentado sobre una piedra, con el manto sobre la cabeza para defenderse de la fuerza del sol. Su atención se dirige también a la gente que le rodea. Se fija en sus rostros llenos de dolor y de esperanza. Y va más allá. Con su espíritu penetra también sus corazones y conoce lo que hay en ellos. Ese hombre es el Verbo eterno «por medio del cual se hizo todo, y sin el cual no se hizo nada de cuanto se ha hecho» (Jn 1,3). El Verbo que en la plenitud de los tiempos «se hizo carne y habitó entre nosotros» (Jn 1,14). Revestido de nuestra condición, igual en todo a nosotros

menos en el pecado, atiende al clamor silencioso de esos espíritus penitentes.

Jesús se levanta de la piedra y se acerca a la fila que espera su turno para hacerse bautizar. Aunque no tiene pecado, se sitúa entre los pecadores, como uno más. Se muestra así «solidario con nosotros, con nuestra dificultad para convertirnos, para dejar nuestros egoísmos, para desprendernos de nuestros pecados, para decirnos que si le aceptamos en nuestra vida, él es capaz de levantarnos de nuevo y conducirnos a la altura de Dios Padre»^[1]. Y una vez llegado a la orilla del río, se quita el manto y avanza hasta Juan, que espera en medio del agua.

Probablemente el Bautista habría soñado con el momento en que se encontraría a Jesús. Ciertamente es que de niños los dos primos –el hijo de Isabel y el hijo de María– se habrían visto en varias ocasiones, pero de eso ha pasado ya mucho tiempo. Ahora bien, lo que seguramente no se esperaba Juan era reencontrarlo en esta situación, de ahí que se sobresaltara, como ya hizo en el vientre de su madre: «Soy yo quien necesita ser bautizado por ti, ¿y vienes tú a mí?» (*Mt* 3,14). Juan ha orientado toda su vida para preparar el camino a Cristo: su oración en el desierto, su rigurosa penitencia, su ardiente predicación... ¡Es él, Juan, el que necesita recibir el bautismo de Cristo, y no al revés! Pero el Señor, mirándole a los ojos, contesta seguro: «Déjame ahora, así es como debemos cumplir nosotros toda justicia» (*Mt* 3,15). Esta frase pertenece al género de esas enigmáticas expresiones que usa el Señor y que nos dejan perplejos. ¿A qué se refiere con cumplir toda justicia?

Con frecuencia relacionamos la justicia con la severidad. Es verdad que la justicia puede ser severa cuando es necesario, pero en Dios justicia y misericordia son lo mismo. Para el Señor es de justicia atender la demanda de esos corazones afligidos que buscan el perdón de Dios. Cumplir toda justicia significa realizar la justificación de los pecadores. Que Dios es justo significa que es leal, que cumple con su

palabra y que concede el perdón al que se arrepiente: «Arrojad de vosotros todos los delitos que habéis cometido y haceos un corazón nuevo y un espíritu nuevo. ¿Por qué queréis morir, casa de Israel? Yo no quiero la muerte del que muere, oráculo del Señor Dios. Convertíos y vivid» (Ez 18,31-32). Ha llegado el momento de cumplir las antiguas profecías. Con el bautismo de Cristo acaba el tiempo de las promesas, porque comienza el tiempo de hacerlas realidad.

Juan, obediente, bautiza al Señor como a uno más. Le sumerge en las aguas, y al hacerlo «se abrieron los cielos» (Mt 3,16). El agua en la que los judíos habían dejado sus pecados tiene un profundo significado: Cristo baja a lo más hondo de la miseria humana –representada en el agua– para abrir a todos el camino al Padre. Desde ese momento el agua en la que se sumerge se mezcla con el cielo que se abre y comunicará la gracia divina. Se ha inaugurado el Bautismo cristiano, el que da la vida eterna y perdona los pecados. Toda la justicia se ha cumplido: ahora los penitentes pueden ser bautizados en Cristo y quedar libres de las culpas que les pesaban.

Una voz imperceptible

En el primer día de su ministerio, después de treinta años de vida oculta, Jesús desvela el estilo con el que ha venido a redimirnos. «Nos dice que él no nos salva desde lo alto, con una decisión soberana o un acto de fuerza, un decreto, no: él nos salva viniendo a nuestro encuentro y tomando consigo nuestros pecados. Es así como Dios vence el mal del mundo: bajando, haciéndose cargo. Es también la forma en la que nosotros podemos levantar a los otros: no juzgando, no insinuando qué hacer, sino haciéndonos cercanos, *compadeciendo*, compartiendo el amor de Dios. La cercanía es el estilo de Dios con nosotros»^[2].

Por el cielo que se ha abierto, como por una fisura, Dios entra en nuestro mundo: «El Espíritu de Dios bajaba como una paloma y se posaba sobre él. Y vino una voz de los cielos que decía: “Este es mi

Hijo amado, en quien me complazco” (Mt 3,16-17)». Dios se revela en este instante con claridad como Trinidad Santa: Padre –en la voz–, Hijo –en la carne asumida– y Espíritu –en la figura de la paloma–. Un único Dios en una trinidad de personas.

No parece que, salvo Juan, los judíos allí presentes percibieran esta manifestación de Dios, pero el milagro estaba hecho y ya actuaba entre ellos. Muy probablemente aquellos hombres penitentes no aspiraran a tanto. Ellos solo esperaban el perdón de sus pecados, pero se les brindó mucho más: Dios no solo quería perdonarlos, quería tenerlos junto a sí, introducirlos en el misterio de su Trinidad de personas, que fueran sus íntimos. «Dios Padre, llegada la plenitud de los tiempos, envió al mundo a su Hijo Unigénito, para que restableciera la paz; para que, redimiendo al hombre del pecado, *adoptionem filiorum reciperemus*, fuéramos constituidos hijos de Dios, liberados del yugo del pecado, hechos capaces de participar en la intimidad divina de la Trinidad»^[3].

A veces puede parecer que el misterio de la Trinidad es algo alejado de la vida de un cristiano. Pero volviendo a la escena del Jordán y viendo a Jesús salir de las aguas, recordamos que también nosotros salimos un día de las aguas del bautismo, hechos uno con Cristo –hijos en el Hijo–. También en ese momento descendió el Espíritu, con la promesa de la liberación definitiva, como la paloma representó para Noé la promesa de una nueva tierra. Y ese día resonó la voz del Padre sobre nosotros. Una voz que no oyeron los que asistían a nuestro bautismo. Pero una voz verdadera que dijo de nosotros, que ya estábamos unidos a Cristo, «este es mi Hijo amado, en quien me complazco». «Esta voz paterna, imperceptible al oído pero bien audible para quien cree, nos acompaña para toda la vida, sin abandonarnos nunca. Durante toda la vida el Padre nos dice: “Tú eres mi hijo amado, tú eres mi hija amada”»^[4].

Este milagro permanece en el alma de cada cristiano en gracia. En todo lo que hacemos, allá donde nos encontremos y con quien

estemos, vamos con Cristo, nos inunda su Espíritu y el Padre nos guarda. Toda la vida de piedad del cristiano está orientada a que cobremos conciencia de esto, a adquirir esa contemplación en medio de todas nuestras actividades. «El corazón necesita, entonces, distinguir y adorar a cada una de las Personas divinas. (...) Queremos beber en ese manantial de agua viva. Sin rarezas, a lo largo del día nos movemos en ese abundante y claro venero de frescas linfas que saltan hasta la vida eterna. Sobran las palabras, porque la lengua no logra expresarse; ya el entendimiento se aquieta. No se discurre, ¡se mira! Y el alma rompe otra vez a cantar con cantar nuevo, porque se siente y se sabe también mirada amorosamente por Dios, a todas horas»^[5].

Miguel Forcada

[Volver al índice](#)

[Siguiente capítulo](#)

^[1] Benedicto XVI, *Homilía*, 13-I-2013.

^[2] Francisco, *Ángelus*, 10-I-2021.

^[3] *Es Cristo que pasa*, n. 65.

^[4] Francisco, *Audiencia*, 9-V-2018.

^[5] *Amigos de Dios*, n. 306.

LA EXPERIENCIA DEL DESIERTO

Las tentaciones de Jesús

La trama de una buena película suele tener momentos de conflicto. Si el protagonista no tuviera que afrontar problemas sería quizá una historia monótona y previsible. En cambio, son esos giros los que hacen que un film sea emocionante. El espectador contempla entonces cómo el actor va atravesando los diferentes contratiempos hasta alcanzar lo que tanto deseaba. Y al acabar ese proceso, que ha tenido sus altibajos, muchas veces se sentirá transformado: el personaje que comenzó la película será distinto al del final.

En la historia de cualquier persona también se dan esas situaciones de conflicto. No existen biografías sin momentos de dolor, de duda o de cansancio. Así, junto con los momentos buenos, esas circunstancias también nos permiten crecer en los ideales que inspiran nuestra vida. El mismo Jesús quiso abrazar una experiencia similar: pasó cuarenta días de hambre y de sed en el desierto, donde sufrió las tentaciones del demonio (cfr. *Mt 4,1-11*).

Elegir quién queremos ser

Después de que Cristo recibiera en las aguas del Jordán una manifestación del Paráclito y del amor de su Padre, es llevado por ese mismo Espíritu al desierto «para ser tentado por el diablo» (*Mt 4,1*). En vez de abrazar el éxito fácil ante la muchedumbre del Jordán, prefirió preparar su vida pública con el sabor agridulce del abandono y de la prueba. «También Jesús fue tentado por el diablo, y nos acompaña a cada uno de nosotros en nuestras tentaciones. El desierto simboliza la lucha contra las seducciones del mal, para aprender a elegir la verdadera libertad. De hecho, Jesús vive la experiencia del desierto justo antes de comenzar su misión pública.

Es precisamente a través de esa lucha espiritual que afirma con decisión qué tipo de Mesías pretende ser»^[1].

Mediante las tentaciones que se puedan presentar en el día a día, también nosotros podemos *afirmar con decisión* quiénes queremos ser. Si Dios las permite es precisamente para que podamos descubrir nuestra verdad y purificar nuestro amor, de manera que nuestros deseos tiendan a él. «La guerra del cristiano es incesante, porque en la vida interior se da un perpetuo comenzar y recomenzar, que impide que, con soberbia, nos imaginemos ya perfectos. Es inevitable que haya muchas dificultades en nuestro camino; si no encontrásemos obstáculos, no seríamos criaturas de carne y hueso. Siempre tendremos pasiones que nos tiren para abajo, y siempre tendremos que defendernos contra esos delirios más o menos vehementes»^[2].

El Señor no nos deja solos. Al mismo tiempo que experimentamos la tentación, contamos con la mano tendida de Jesús para seguir adelante. A través de esas pruebas, podemos comprender quiénes queremos ser y elegir libremente los ideales que nos mueven. Cristo nos comprende mejor que nadie cuando sentimos ese dilema entre *lo que queremos ser* y el aparente bien que la prueba pone a nuestro alcance. La manera en que él vivió la experiencia del desierto nos podrá ayudar a ver las tentaciones con mayor realismo: no es cediendo o dialogando con ellas como encontraremos la paz, sino abrazando con decisión el amor que inspira nuestra vida.

Escuchar el hambre

Como verdadero hombre, después de haber pasado cuarenta días de estricto ayuno y profunda oración, Jesús siente hambre. No se trata de un apetito puntual, ni tampoco de una mera necesidad humana: es un hambre por la supervivencia. El Señor se encuentra en el límite de sus fuerzas humanas. Podemos imaginarlo extenuado, con la mirada recorriendo el árido e infinito paisaje, hasta que se posa en

unas pequeñas rocas distantes. Y la imaginación, que siempre transforma la necesidad en sueños, quizá lo llevaría por los caminos de sus entrañables recuerdos, cuando comía los platos sencillos pero sabrosos que con tanto cariño le prepararía su madre. Es precisamente en una situación como esa cuando aparece en escena el tentador: «Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en panes» (*Mt 4,3*).

Adán y Eva sucumbieron ante otra insinuación del demonio cuando se dejaron seducir por la belleza del fruto del árbol, en vez de la comunión con Dios (cfr. *Gn 3,1-6*). También el pueblo de Israel cayó en la desesperación en el desierto ante la falta de alimento, mientras recordaban con nostalgia las verduras que comían siendo esclavos en Egipto (cfr. *Nm 11,5*). Se trata de una prueba que, a fin de cuentas, lleva a meditar sobre la jerarquía de nuestro corazón y a preguntarse sobre lo que cuenta de verdad en la vida. «Superar la tentación de someter a Dios a uno mismo y a los propios intereses, o de ponerle en un rincón, y convertirse al orden justo de prioridades, dar a Dios el primer lugar, es un camino que cada cristiano debe recorrer siempre de nuevo»^[3].

Cuando la necesidad parece rebelarse en su interior y reivindicar sus propios derechos, Jesús muestra la verdadera fuente de su paz, aquello que sabe que le hace feliz: «No solo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que procede de la boca de Dios» (*Mt 4,4*). Cristo no niega que tiene hambre. Pero no quiere satisfacerla con cualquier alimento, sino con aquello que lo sacia profundamente: ser fiel a la llamada a redimir a todos los hombres. «Mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado y llevar a cabo su obra» (*Jn 4,34*), dirá en otra ocasión a los discípulos.

El Señor revela que, cuando aparece la tentación, el primer paso es reconocerla como tal. Actuar como si no pasara nada, fingiendo que en realidad no se tiene hambre, puede provocar una tensión latente que poco a poco va haciendo desear y mirar con interés aquello que

al principio se rechazaba. Por eso Dios nos invita a escuchar el hambre que tiene nuestro corazón, para no llenarlo con los primeros pedruscos que nos encontremos. A través de la experiencia de nuestra necesidad, podemos comprender un mensaje. Nos damos cuenta de que el Señor no quiere que ahogemos esa hambre con el fruto de un árbol o las verduras de Egipto, pues apenas podrán anestésicarla. Su propuesta ante esa necesidad, más bien, es que llenemos el corazón de aquello que es realmente importante en nuestra vida: el amor a Dios y a los demás.

Abrazar la voluntad divina

El demonio no se da por vencido. Jesucristo le permite tentarlo con aún más fuerza, para que experimentemos de forma más gráfica su identificación con la voluntad de su Padre y su profunda cercanía con el hombre pecador. El tentador lleva a Jesús a lo más alto del templo. El viento golpearía su rostro desnudo y fatigado; sus pies apenas sostendrían el peso de su cuerpo tambaleante por el cansancio. Sus ojos, que en unos meses llorarían amargamente por los habitantes de la Ciudad Santa, traspasarían con su amor cada uno de los tejados y recorrerían cada una de sus callejuelas. ¿No sería ese un buen momento para revelar con toda nitidez su verdadera identidad? La estridente voz del demonio quiebra de pronto el denso silencio de la altura. «Si eres Hijo de Dios, arrójate abajo. Pues escrito está: “Dará órdenes a sus ángeles sobre ti, para que te lleven en sus manos, no sea que tropiece tu pie contra alguna piedra”» (Mt 4,5).

Ante una torcida insinuación de la serpiente, Adán y Eva sospecharon de Dios. *¿Por qué no quiere que comamos de este árbol?* Durante los cuarenta años en el desierto, también los israelitas desconfiaron de la libertad que el Señor les había ofrecido. *¿No era mejor nuestro pasado como esclavos a esta libertad llena de sufrimientos?* En cada tentación se atisba la posibilidad de la ausencia de Dios, de su impotencia o de su lejanía. Quizá se recuerda como una compañía del pasado, que un tiempo estuvo cerca pero que

ya no es real. En ocasiones es fácil reconocer al Señor cuando las cosas van bien, disfrutando las maravillas del Edén o contemplando los prodigios que realizó para liberar a Israel de la esclavitud. Pero cuando surgen los conflictos parece como si esos signos se desvanecieran: deseamos entonces una manifestación extraordinaria, más clara, de la cercanía de Dios. Podemos pensar entonces que, si no nos salva inmediatamente, en realidad no es tan buen Padre como imaginábamos.

Jesús volvería a experimentar una tentación similar poco antes de morir, cuando uno de los ladrones le dijo: «¿No eres tú el Cristo? Sálvate a ti mismo y a nosotros» (Lc 23,39). Se trata de un razonamiento que sigue una lógica aplastante: si realmente lo puedes todo, libérate de esta situación y sálvanos. En cambio, la actitud del otro ladrón es diferente: «Nosotros estamos aquí justamente, porque recibimos lo merecido por lo que hemos hecho» (Lc 23,40). No se rebela ante el destino que le espera, sino que acepta su condición. Por eso, no suplica al Señor que cambie la realidad ni que solucione ahora mismo todos sus problemas, sino que reconoce su realeza y le pide que no se olvide de él: «Acuérdate de mí cuando llegues a tu Reino» (Lc 23,42). Su oración no fue una exigencia –*demuéstrame que eres el Salvador*–, sino un acto de abandono en las manos del Mesías –«¿Lo quieres, Señor?... ¡Yo también lo quiero!»^[4]–.

«Escrito está también: “No tentarás al Señor tu Dios”» (Mt 4,7). Cristo rechazó la segunda tentación en el desierto –y también la que le dirigieron en la cruz– abrazando con aún más fuerza la voluntad de su Padre: acepta que la salvación se haga como él quiere. No quiso ponerle a prueba ni buscar atajos que aliviaran su dolor, pues sabía que él solo buscaba su bien, aunque a veces pudiera ser difícil descubrirlo. «Cuando te abandones de verdad en el Señor, aprenderás a contentarte con lo que venga, y a no perder la serenidad, si las tareas –a pesar de haber puesto todo tu empeño y

los medios oportunos— no salen a tu gusto... Porque habrán “salido” como le conviene a Dios que salgan»^[5].

Liberarse de los ídolos

Hay una última prueba que espera a Jesús. El demonio, astuto y perseverante, lo lleva a un monte altísimo desde el cual pueden divisarse los numerosos reinos del mundo, toda la gloria y el poder de los hombres. ¿Acaso no era el Rey del universo? ¿No había venido para aunar todos los pueblos y naciones en el reino de los hijos de Dios? Bastaría un solo gesto para que el tentador le ayudara a cumplir definitivamente su misión. «Todas estas cosas te daré si postrándote me adoras» (Mt 4,9). Pero las rodillas de Jesús no se doblan.

Adán y Eva, al desconfiar de Dios, prefirieron erigirse ellos mismos como dioses. También los israelitas, en su deambular por el desierto, decidieron a veces construir sus propias divinidades, a la medida de sus ilusiones y reflejo de sus propios rostros. Cada vez que el hombre desconfía de su Padre, termina adorándose a sí mismo. Y, en vez de poner su esperanza en el misterioso pero eterno poder divino, decide contentarse con su propia gloria pasajera, aunque sea menuda y se desvanezca con facilidad. Quizá el demonio no nos ofrezca hoy «todos los reinos del mundo» (Mt 4,8), pero sí pequeños reinos que tal vez deseamos secretamente en nuestro corazón, y nos convence de que eso nos hará suficientemente felices para seguir caminando. Divinizamos así realidades que no son Dios, sino cadenas que esclavizan.

El Señor nos ha creado para que nuestros anhelos se dirijan hacia él. Estamos hechos para compartir su naturaleza divina —como pretendían Adán y Eva— y para ser felices —como buscaban los israelitas en el desierto—. Y esto implica aprender a liberarse de los ídolos que desvirtúan la senda hacia la plenitud. «El dinamismo del deseo está siempre abierto a la redención. También cuando este se

adentra por caminos desviados, cuando sigue paraísos artificiales y parece perder la capacidad de anhelar el verdadero bien. Incluso en el abismo del pecado no se apaga en el hombre esa chispa que le permite reconocer el verdadero bien, saborear y emprender así la remontada, a la que Dios, con el don de su gracia, jamás priva de su ayuda. Por lo demás, todos necesitamos recorrer un camino de purificación y de sanación del deseo. Somos peregrinos hacia la patria celestial, hacia el bien pleno, eterno, que nada nos podrá ya arrancar. No se trata de sofocar el deseo que existe en el corazón del hombre, sino de liberarlo, para que pueda alcanzar su verdadera altura»^[6].

La soberbia nos insinúa que no necesitamos al Señor. Pero Jesús no se deja engañar por el espejismo que le presenta el demonio. Sabe que a las afueras de Jerusalén, en el Calvario, se abrirán definitivamente las puertas del paraíso. Desde la cruz nos enseñará en qué consiste la verdadera felicidad: dar la vida por amor. «Apártate, Satanás, pues escrito está: “Al Señor tu Dios adorarás y solamente a él darás culto» (*Mt 4,10*).

* * *

San Mateo finaliza el relato de las tentaciones señalando que el diablo se marchó y vinieron los ángeles a servir a Jesús (cfr. *Mt 4,11*). A veces las fuerzas del demonio parecen invencibles. Las tensiones a las que somete puede parecer que no se acaban nunca. Esto es precisamente lo que él busca: robarnos la esperanza y hacernos creer que la única salida factible es ceder a lo que él propone. En cambio, la manera en que Jesús vive las tentaciones nos muestra que ese planteamiento es equivocado y que la victoria sí es posible. Al fin y al cabo, «el diablo es el gran mentiroso, el padre de la mentira. Sabe hablar bien, es capaz hasta de cantar para engañarnos. Es un derrotado, pero se mueve como un vencedor. Su luz es brillante

como los fuegos artificiales, pero no dura, se apaga, mientras que la del Señor es mansa pero permanente»^[7].

Cristo puede ayudarnos a aceptar las tentaciones con serenidad y a vencer el miedo en momentos de duda y debilidad, pues sabe que ninguna acción del demonio será superior a las fuerzas humanas asistidas por la gracia (cfr. *1Co* 10,13). Jesús no dialoga en ningún momento con el tentador, imaginando qué ocurriría si aceptara alguna de sus propuestas. En cambio, corta con decisión, tomando una resolución firme. Así es como responde a las invitaciones del demonio: eligiendo el bien que pretende esconderle. No quiere alimentarse de pan, sino de la palabra divina. No quiere poner a prueba a Dios, sino que se fía de él. No quiere los reinos del mundo, sino servir solo a su Padre.

De esta manera, el Evangelio nos muestra al Señor como «el nuevo Adán que permaneció fiel allí donde el primero sucumbió a la tentación. Jesús cumplió perfectamente la vocación de Israel: al contrario de los que anteriormente provocaron a Dios durante cuarenta años por el desierto (cfr. *Sal* 95,10), Cristo se revela como el Siervo de Dios totalmente obediente a la voluntad divina»^[8]. La victoria del Señor sobre el tentador redunda también en nuestro beneficio: «Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino que, de manera semejante a nosotros, ha sido probado en todo, excepto en el pecado» (*Hb* 4,15). Cristo «no solo conoce en cuanto Dios la debilidad de nuestra naturaleza, sino que también en cuanto hombre experimentó nuestros sufrimientos, aunque estaba exento de pecado. Por conocer bien nuestra debilidad, puede concedernos la ayuda que necesitamos, y al juzgarnos dictará su sentencia teniendo en cuenta esa debilidad»^[9].

Después de este episodio, Jesús comenzará su vida pública. En aquellos cuarenta días en el desierto quiso fortalecer su espíritu para su misión redentora, que iba a ser dura y exigente. También los

desiertos que podamos atravesar en nuestra vida –tentaciones, crisis, contrariedades– nos pueden servir de impulso para madurar nuestra vocación cristiana y pueden ser un momento de gracia. Cristo nos ayudará a recorrerlos de su mano, sabiendo que en cada desierto se esconde Dios.

Gaspar Brahm

José María Álvarez de Toledo

[Volver al índice](#)

[Siguiete capítulo](#)

[1] Francisco, *Ángelus*, 6-III-2022.

[2] *Es Cristo que pasa*, n. 75.

[3] Benedicto XVI, *Audiencia*, 13-II-2013.

[4] *Camino*, n. 762.

[5] *Surco*, n. 860.

[6] Benedicto XVI, *Audiencia*, 7-XI-2012.

[7] Francisco, *Homilía*, 8-V-2018.

[8] *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 539.

[9] Teodoreto de Ciro, *Interpretatio ad Hebraeos*, *ad loc.*

COMIENZA LA CUENTA ATRÁS

Las bodas de Caná

Generalmente, el guion de una película se construye con gran precisión. Los acontecimientos no se suceden de forma improvisada, sino que siguen una lógica bien pensada. Todo está dirigido hacia el clímax de la historia, donde el espectador encuentra el significado de lo que ha presenciado hasta entonces o contempla el profundo cambio que experimentan los personajes.

La muerte de Jesús y su resurrección fueron la cumbre de nuestra redención. Este momento fue cuidadosamente preparado durante años. Así lo vemos ya con claridad en el inicio de la vida pública del Señor. En las bodas de Caná, Cristo comenzó la cuenta atrás para su *hora*, que sería también la hora de su madre.

La bebida que alegra los corazones

El pueblo judío solía festejar las bodas por todo lo alto. Sus celebraciones podían durar alrededor de una semana. Si la familia y los amigos habían venido de lejos para la ocasión, la duración del festín tenía que compensar el cansancio del viaje. San Juan habla de un casamiento que tuvo lugar en Caná de Galilea (cfr. *Jn 2,1-12*), situada a pocos kilómetros de Nazaret. Entre los invitados se menciona a María, y también a Jesús con sus discípulos.

La boda debió de suceder como muchas otras de la época. El cortejo nupcial hace su entrada en Caná con la esposa coronada de flores y rodeada de sus amigas con lámparas en las manos. El esposo y sus amigos la han traído de casa de sus padres y el banquete acaba de dar comienzo. Como es el día más importante de sus vidas, los nuevos esposos han previsto víveres en abundancia. Pero, de repente, alguien se da cuenta de un problema: el vino empieza a escasear.

No se trata de un elemento cualquiera: es la bebida que alegra los corazones humanos. Lo confirmó el rey David en los salmos (cfr. *Sal* 104,15) y, sobre todo, lo demostró Jesucristo eligiéndolo, entre todos los elementos de la tierra, como aquel que sería transustanciado en su propia sangre. En el caso de una boda de entonces, además, su importancia era decisiva. No ya solo porque ayudara al entretenimiento, sino porque era uno de los símbolos más profundos del gozo que producía a la pareja unirse para siempre. De hecho, forma parte del rito del matrimonio judío actual. En una primera instancia, se dispone una copa de la que el hombre y la mujer beben todavía como novios. Después, el rabino, u otra persona honorable, recita las siete bendiciones de compromiso. Al terminar, los novios beben de nuevo. En ese momento, comparten la misma copa ya como esposos.

Era, en definitiva, un problema no pequeño. Continuar la celebración solamente con agua habría sido una tragedia, y seguramente la reputación de los novios se habría visto afectada. Sin embargo, no sabemos si los invitados han percibido todavía la escasez del vino. El Evangelio solo subraya que es María quien se dio cuenta (cfr. *Jn* 2,3). Probablemente lo descubrió gracias a su mirada materna. Ella no se quedaba en la superficie de las cosas, sabía percibir los problemas de los demás. Su mirada de madre la lleva a reconocer inmediatamente que hay algo que no funciona y que causará una profunda infelicidad a sus amigos. Y, al mismo tiempo, sabe cómo ayudar a recuperar esa alegría perdida. «La grandeza de Dios convive con lo ordinario, con lo corriente. Es propio de una mujer, y de un ama de casa atenta, advertir un descuido, estar en esos detalles pequeños que hacen agradable la existencia humana: y así actuó María»^[1].

Pasar a un segundo plano

María interviene con decisión. No duda. «Lo que hay que hacer, se hace... Sin vacilar... Sin miramientos...»^[2]. Se acerca rápidamente a su hijo, a quien expone sin más rodeos la situación:

«No tienen vino» (*Jn 2,3*).

Quizá el espectador que contempla por primera vez esta escena espera que Jesús actúe con prontitud para solucionar el problema. Al fin y al cabo, se trataba de ayudar a unos amigos y, además, era su misma madre quien se lo había pedido. En cambio, el Señor responde:

«Mujer, ¿qué nos va a ti y a mí? Todavía no ha llegado mi hora» (*Jn 2,4*).

Lo que Jesús parece pedir a su madre es que se mantuviera en un segundo plano, para que fueran los discípulos quienes entraran en escena. Cristo no quiere que María intervenga entre aquellos que le traen enfermos para sanar o que le piden que explique una parábola. Ese será el papel de los discípulos.

«No ha llegado mi hora» parece indicar el límite temporal de esta petición de pasar desapercibida: cuando llegue el momento, el lugar de María volverá a estar junto a Jesús. Se ve que ella lo entiende y lo acepta, porque no se la vuelve a ver hasta la crucifixión del Señor. Entonces la encontramos al pie del madero, junto a Juan, y Jesús vuelve a dirigirse a María como hizo en Caná: «“Mujer, aquí tienes a tu hijo”. Después le dice al discípulo: “Aquí tienes a tu madre”. Y desde aquella hora el discípulo la acogió en su casa» (*Jn 19,26-27*). Con estas palabras, Jesús establece la maternidad espiritual de María. Así, la introduce de una manera nueva en la obra de la salvación, que, en ese momento, queda ya culminada.

De este modo, se ve que la comunión entre Jesús y su madre nunca se ha roto, y que el papel de María vuelve a ser primordial. En esta ocasión, no le pide que dé un paso a un lado, sino todo lo contrario: le confía el cuidado de todos los cristianos. Al mismo tiempo, nos invita a nosotros a que «pongamos también a María en nuestras vidas. En cierto sentido, resulta casi superflua esa aclaración. María quiere ciertamente que la invoquemos, que nos acerquemos a ella

con confianza, que apelemos a su maternidad, pidiéndole que se manifieste como nuestra Madre»^[3].

Recibir el buen vino

María comprendió el significado de las palabras de Jesús. Sin embargo, su corazón materno no está dispuesto a permanecer indiferente ante la urgencia de sus amigos. No podía esperar a que fueran los discípulos quienes actuaran de mediadores. Ellos llevaban poco tiempo con el Maestro, y probablemente no entenderían cómo Jesús podría resolver ese problema, pues todavía no había hecho ningún prodigio. María, en cambio, sabía de lo que era capaz. Por eso fue directamente a los sirvientes encargados de servir el vino y comentó:

«Haced lo que él os diga» (Jn 2,5)

Estas son las últimas palabras que el Evangelio recoge de la Virgen María. De algún modo es como si se tratara de la *herencia* que deja a sus hijos, porque fue lo que resumió su vida entera: cumplir la voluntad divina. Era lo que ella había realizado siempre y lo que le había hecho profundamente feliz, sobre todo desde el anuncio del ángel. En Caná tomó una decisión, pero no pretendió imponer al Señor lo que tenía que hacer, pues al mismo tiempo sabía cuál era su papel. «María lo deja todo al juicio de Dios. En Nazaret, entregó su voluntad, sumergiéndola en la de Dios: “He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra” (Lc 1,38). Esta sigue siendo su actitud fundamental. Así nos enseña a rezar: no querer afirmar ante Dios nuestra voluntad y nuestros deseos, por muy importantes o razonables que nos parezcan, sino presentárselos a él y dejar que él decida lo que quiera hacer»^[4].

Los sirvientes se pusieron a disposición de Jesús. Y él, señalando las vasijas de piedra preparadas para las purificaciones, les dijo: «Llenad de agua las tinajas» (Jn 2,7). Probablemente los sirvientes no le vieron mucho sentido a las palabras del Señor. Si lo que faltaba era

vino, no tenía mucha lógica llenar aquellos recipientes con agua. Además, dada la capacidad de cada tinaja –unos cincuenta litros–, la operación se antojaba más bien complicada. Un dilema parecido se presenta en cada hombre cuando experimenta que le falta algo. El corazón reclama un vino que sacie sus anhelos más profundos, y la propuesta de Cristo de llenarlo con su amor puede resultar costoso o, incluso, aparentemente insatisfactorio. *Lo que quiero es vino, no agua. Si eso es lo que me ofreces, buscaré en otro lugar.*

Sin embargo, los criados quizá recordaron lo que les había dicho María: «Haced lo que él os diga». Y, acaso por la confianza que le tenían a ella, se dispusieron a llenar las tinajas hasta el borde. Cuando acabaron, Jesús señaló: «Sacadlo ahora y llevadlo al maestresala». Y cuando él «probó el agua convertida en vino, sin saber de dónde provenía –aunque los sirvientes que sacaron el agua lo sabían–, llamó al esposo y le dijo: “Todos sirven primero el mejor vino, y cuando ya han bebido bien, el peor; tú, al contrario, has reservado el vino bueno hasta ahora”» (*Jn 2,8-10*).

Dios, normalmente, suele dejar el vino bueno para después. Las personas, por lo general, actuamos al contrario: empezamos con ilusión cualquier proyecto, dando lo mejor de nosotros mismos, pero al final, cuando asoma el cansancio y quizá la impaciencia, ofrecemos lo *menos bueno*. Esta dinámica también se refleja incluso en el pecado. Primero presenta un vino en apariencia bueno –éxito, riqueza, placer–. Y solo después, cuando se ha bebido, el corazón sufre sus consecuencias: se da cuenta de que no valía la pena. El vino de Dios, en cambio, puede parecer costoso, pues implica esforzarse por llenar la propia vida *solo* con el agua del amor divino, rechazando otras posibles bebidas más *fáciles*. Pero así es cómo el Señor nos tiene reservado un vino como ningún otro haya existido. El agua convertida en vino también puede evocar que el camino habitual donde encontraremos ese amor es el agua de la vida ordinaria, no el licor de grandes hechos extraordinarios. El corazón

disfruta entonces de la alegría de la victoria, aprende a no conformarse con cualquier vino y comprende la sabiduría de aquellas palabras de María: «Haced lo que él os diga».

Jesús no crea el vino de la nada, sino que se sirve del esfuerzo de los siervos y del agua presente en las tinajas destinadas para la purificación. Las mismas vasijas que iban a *contener las miserias* de los invitados reciben ahora el vino transformado por Dios. Este milagro también se repite hoy en día. El Señor puede convertir el agua de nuestra debilidad, aquello que quizá nos avergüenza, en el camino que nos conduce a la santidad, donde Dios nos espera en el mejor de los banquetes. «No ha de asustarte que vean tus defectos personales, los tuyos y los míos –predicaba san Josemaría–; yo tengo el prurito de publicarlos, contando mi lucha personal, mi afán de rectificar en este o en aquel punto de mi pelea para ser leal al Señor. El esfuerzo para desterrar y vencer esas miserias será ya un modo de indicar los senderos divinos»^[5].

* * *

San Juan concluye así el relato de las bodas: «En Caná de Galilea hizo Jesús el primero de los signos con el que manifestó su gloria, y sus discípulos creyeron en él» (*Jn* 2,11). El inicio del ministerio público de Cristo no fue especialmente llamativo. Quizá podría haber realizado su primer milagro en Jerusalén, a la vista de muchos, obrando una gran curación. Sin embargo, decidió optar por la discreción de un pequeño pueblo y una necesidad simple y doméstica que afectaba a unos amigos. Y este signo fue precisamente lo que despertó la fe de los discípulos, pues, además de revelar su poder, demostraba su preocupación por los asuntos de las personas a las que amaba.

«Os sugiero un ejercicio que puede hacernos mucho bien. Probemos hoy a buscar entre nuestros recuerdos los signos que el Señor ha realizado en nuestra vida. Que cada uno diga: en mi vida, (...) ¿qué

indicios veo de su presencia? Son signos que ha llevado a cabo para mostrarnos que nos ama; pensemos en ese momento difícil en el que Dios me hizo experimentar su amor... Y preguntémosnos: ¿con qué signos, discretos y premurosos, me ha hecho sentir su ternura? ¿Cuándo he sentido más cercano al Señor, cuándo he sentido su ternura, su compasión?»^[6]. Reconocer todos esos signos –grandes y pequeños– que Jesús ha obrado en nosotros nos podrá ayudar a descubrir, como sus discípulos, que «Dios se interesa hasta de las pequeñas cosas de sus criaturas: de las vuestras y de las mías, y nos llama uno a uno por nuestro propio nombre. Esa certeza que nos da la fe hace que miremos lo que nos rodea con una luz nueva, y que, permaneciendo todo igual, advirtamos que todo es distinto, porque todo es expresión del amor de Dios»^[7].

Esta escena también pone de relieve que María no es indiferente ante nuestras necesidades. Ella misma se da cuenta de lo que carecemos y, como buena madre, está dispuesta a lo que haga falta para vernos disfrutar del mejor vino. «El corazón de María, que no puede menos de compadecer a los desgraciados (...), la impulsó a encargarse por sí misma del oficio de intercesora y pedir al Hijo el milagro, a pesar de que nadie se lo pidiera (...). Si esta buena Señora obró así sin que se lo pidieran, ¿qué hubiera sido si le rogaran?»^[8].

Luis Miguel Bravo Álvarez

[Volver al índice](#)

[Siguiete capítulo](#)

^[1] *Es Cristo que pasa*, n. 141.

^[2] *Camino*, n. 11.

^[3] *Es Cristo que pasa*, n. 140.

[4] Benedicto XVI, *Homilía*, 11-IX-2006.

[5] *Amigos de Dios*, n. 163.

[6] Francisco, *Ángelus*, 16-I-2022.

[7] *Es Cristo que pasa*, n. 144.

[8] San Alfonso M. de Liguorio, *Sermones abreviados* 48,2,1

CONFIAR EN LA PALABRA QUE SALVA

La pesca milagrosa

Entre los apóstoles reina un frío silencio. ¿También vosotros queréis marcharos?» (Jn 6,67). La pregunta les llega quizá como un flechazo imprevisto y la mirada de Jesús, siempre exigente y cariñosa, les golpea esta vez con especial fuerza. De fondo pueden oírse vagamente los pasos de una gran multitud de personas que se alejan con rostros desconcertados. Los ecos de alguna risa irónica quizá todavía vuelan por el ambiente.

Hace mucho tiempo que Pedro sigue a Jesús. No se pierde ninguna de sus palabras. Cada uno de sus gestos es para él una nueva invitación a adentrarse en el misterio de Dios. Pero nunca antes le había escuchado pronunciar un discurso así; jamás había dicho palabras tan incomprensibles. ¿Cómo podía dar a comer su cuerpo, entregarnos su sangre como bebida? Pero estaba claro que lo decía en serio; que solo aquellos que estuvieran dispuestos a aceptar de todo corazón esas verdades podrían seguirlo. O comían su carne y bebían su sangre, o no gozarían de la vida eterna. No se trataba ni de una metáfora ni de una parábola. No había confusión posible.

¿Qué le respondería a Jesús? Estaba viendo a muchas personas que lo habían seguido durante semanas y que ahora se retiraban decepcionadas. Familias que habían experimentado un gran milagro entre los suyos tomaban distancias del Maestro. Y Pedro, ¿qué partido iba a tomar? ¿Cómo reaccionarían los demás apóstoles? Entonces, en un instante que pareció eterno, el pescador de Galilea vuelve quizá a recrear en su corazón una escena que había cambiado su vida por completo: el día en que conoció al Señor.

Un púlpito improvisado

Por fin brillaba el sol, que venía a sellar con su luz una jornada de fracaso. Habían pasado toda la noche trabajando, pero en vano. Ahora solo les quedaba el cansancio del cuerpo y la preocupación cada vez más acuciante por el sustento de sus familias. Ni siquiera la belleza natural del lago, que cada día se presentaba ante sus ojos con un nuevo color, podía consolarlos.

Pedro se puso a lavar sus redes, mientras por su corazón viajarían muchos recuerdos y preocupaciones. No sería la primera vez que volvería a su casa con las manos vacías. ¿Cómo podría ingeniárselas para ganar un mínimo de dinero esa semana? ¿Qué podría ofrecerle a los compradores de la feria de Cafarnaún? Tan absorto estaba en sus amargas reflexiones, que casi no se había dado cuenta de la gran afluencia de personas en la orilla del lago. Entre el movimiento de sus redes que limpiaba con esmero y las ondas que salían desde sus manos hacia la infinitud del lago, comenzaba a reflejarse una multitud de personas que aparentemente se habían congregado con un mismo fin. Le pareció oír un discurso, quizá de algún maestro religioso que había cautivado a las masas. ¿Pero qué podía interesarle unas palabras que no lo consolaban en su desdicha, ni le solucionaban su inquietud por la falta de alimento?

Sin embargo, podemos imaginar a Pedro justo en el momento en que luchaba interiormente por masticar su fracaso y se le hacía cada vez más insoportable la presencia de tanta gente en su apacible lago. Entonces, ocurrió el hecho que cambiaría por completo su vida: Jesús se subió a su barca. El bote de Pedro era más que unas maderas algo desteñidas que surcaban el agua; materializaban sus anhelos y sus preocupaciones, sus alegrías y el deseo de sacar adelante a su familia. Y de pronto, ese maestro se había fijado en quizá la única persona del entorno que no estaba interesada en sus palabras. Posó su mirada en el derrotado pescador y, lleno de una audacia divina, tomó posesión de su barca. Y si el pescador de Galilea ya estaba desconcertado por la actitud del predicador de Nazaret,

cuán mayor fue su sorpresa cuando «le rogó que la apartase un poco de tierra» (Lc 5,3) para que su voz pudiera viajar a través de la brisa marina y llegar más fácilmente hasta los oídos atentos de la muchedumbre.

Todavía no sabía que Jesús había querido compartir su vida con él, para convertir su fracaso humano en éxito divino. Pero algún gesto de su rostro o un mínimo detalle de su voz habrán convencido a Pedro a acceder a su petición. Así pudo experimentar cómo «esa barca vacía símbolo de nuestra incapacidad se convierte en la “cátedra” de Jesús, en el púlpito desde el que proclama la Palabra. Esto es lo que le gusta hacer al Señor: subir a la barca de nuestra vida cuando no tenemos nada que ofrecerle; entrar en nuestros vacíos y llenarlos con su presencia; servirse de nuestra pobreza para proclamar su riqueza, de nuestras miserias para proclamar su misericordia»^[1].

El triunfo de un fracaso

«Guía mar adentro, y echad vuestras redes para la pesca» (Lc 5,4). Seguramente en un principio Pedro habrá escuchado las palabras de Jesús con cierto escepticismo. Todavía no había terminado de limpiar las redes, tenía que encontrar una solución a su quizá precaria situación económica y sus ojos se le cerraban por el cansancio. Además, sus compañeros le hacían señas desde la orilla, un tanto sorprendidos de que haya permitido convertir su herramienta de trabajo en el escenario desde el que predicar un sermón. Sin embargo, alguna palabra debió de cautivar al curtido pescador. Esto podría explicar su respuesta: «Maestro, hemos estado bregando toda la noche y no hemos pescado nada; pero sobre tu palabra echaré las redes» (Lc 5,5).

Pedro estaba agotado. Todo el trabajo de una noche había sido en vano. Pero después de haber oído hablar del amor de Dios y de su Reino, ¿por qué no iba a intentar lo que parecía imposible?

Probablemente él mismo sería el primer sorprendido al pronunciar esta respuesta que surgía de lo más profundo de su corazón. «Jesús era carpintero, no experto en pesca, y a pesar de ello Simón el pescador se fía de este Rabino, que no le da respuestas sino que lo invita a fiarse de él»^[2]. Hasta entonces siempre había surcado las aguas basándose en su propia experiencia. Ahora había decidido remar por las corrientes del mundo sostenido por una palabra divina. Y no quedaría decepcionado.

Fue tal la cantidad de peces que capturaron «que las redes se rompían» (Lc 5,6). La jornada, que hace un momento parecía llegar a su fin sin más frutos que unas redes vacías y el sabor amargo de un trabajo estéril, se transformó de pronto en una aventura llena de vida. Pedro y sus compañeros se vieron obligados a pedir ayuda urgente a los pescadores de la otra barca, que contemplaban atónitos cómo la sola presencia del maestro de Nazaret había cambiado radicalmente el desenlace de la pesca. No se lo hubieran imaginado. Pero la necesidad del momento no les permitía perderse en largas disquisiciones, porque tenían que salvar como fuera posible tan valioso botín. «Y llenaron las dos barcas, de modo que casi se hundían» (Lc 5,7). Si pocos segundos antes habían temido naufragar en la oscura frustración del fracaso, ahora les parecía casi imposible no sucumbir ante el peso de un triunfo tan arrollador debido a la pesca obtenida. Aunque, sobre todo, sentían el poder de Dios. Estaban convencidos de haber sido testigos de un gran milagro. El asombro se dibujaba en sus rostros y posiblemente paralizaba los miembros de su cuerpo. De pronto se habían dado cuenta de que «es Cristo el amo de la barca; es él el que prepara la faena: para eso ha venido al mundo, para ocuparse de que sus hermanos encuentren el camino de la gloria y del amor al Padre»^[3].

Una aventura divina

Sin pensarlo, «Pedro se arrojó a los pies de Jesús» (Lc 5,8). En un instante se le habían pasado por la cabeza tantos momentos de su

vida que hasta entonces eran como las piezas de un puzle, que parecen no encajar pero que, de pronto, cuajan en perfecta armonía, consiguiendo formar un dibujo que supera con creces cualquier imaginación. Y haciendo acopio de la poca fuerza que le quedaba después de un día tan extraño, exclamó lleno de admiración: «Apártate de mí, Señor, que soy un hombre pecador» (*Lc 5,8*). No sabía con certeza quién era aquel hombre, pero sus palabras y su poder sobre las aguas solo podían proceder de Dios. Daría lo que fuera por seguirle porque su presencia le había cambiado la vida.

Con cuánto amor miraría entonces Jesús al futuro apóstol arrojado a sus pies. Sabía que postrado en tierra se encontraba uno de los que serían fundamento de la Iglesia, el futuro custodio de las llaves del Reino de los Cielos. Es precisamente esa humildad de Pedro la que le convierte en una barca dócil, en la que su mensaje de redención podría navegar en todas las direcciones de este mundo. Ninguna tormenta lo detendría. Pero quizá también era consciente de que sus palabras iban más allá de lo que después era capaz de realizar. Sabemos de hecho que Pedro negaría a Jesús en el momento más duro de su vida, aunque volvería compungido, como cada madrugadora tornaba a su casa después de una ardua noche de trabajo. Por esto Jesús le dice: «No temas; desde ahora serán hombres los que pescarás» (*Lc 5,10*). «Si me seguís, os haré pescadores de hombres; seréis eficaces, y atraeréis las almas hacia Dios. Debemos confiar, por tanto, en esas palabras del Señor: meterse en la barca, empuñar los remos, izar las velas, y lanzarse a ese mar del mundo que Cristo nos entrega como heredad»^[4].

«Y ellos, sacando las barcas a tierra, dejadas todas las cosas, le siguieron» (*Lc 5,11*). Aquellos que pensaban que su querido mar de Galilea no podía ser superado en belleza ni en extensión, de pronto habían divisado un océano infinito que podrían navegar durante toda la eternidad; aquellos que temían que su ancla no fuera lo suficientemente fuerte para aguantar las recias marejadas del lago ni

las olas de las tormentas, por fin habían encontrado un ancla que podía sostener toda su vida. ¿Y no era más importante luchar por el alimento que no perece antes que satisfacer las necesidades terrenales? Ni Pedro ni sus compañeros podían ya imaginarse una vida sin la palabra de Cristo, sin su cercanía. Ni siquiera les hizo falta conversar sobre la decisión. «Y ellos, sacando las barcas a tierra, dejadas todas las cosas, le siguieron» (Lc 5,11). Fue así como comenzó para ellos una aventura divina.

* * *

«¿También vosotros queréis marcharos?» (*Jn 6,67*).

Podemos imaginar que de pronto Pedro vuelve de su navegación por el pasado. No sabe cuánto tiempo ha permanecido absorto en sus recuerdos, pero percibe que los demás apóstoles se encuentran desconcertados, inseguros. Nadie se atreve a dar una respuesta. Todos tienen puesta su mirada fija en él. En otro momento de su vida le había dicho a Jesús: «Apártate de mí» (*Lc 5,8*). De algún modo, esas palabras quizá lo habían pillado desprevenido y le habían mostrado en un solo golpe toda su pequeñez. Pero tantos meses de asidua convivencia con el Maestro le han enseñado que es precisamente su miseria la que puede ser transformada en una barca divina. No necesita ser perfecto para sentirse amado por el Señor. Bastaba confiar en su palabra, también cuando parece más oscura y desconcertante. Y, mientras abre su corazón a la mirada de Jesús, exclama con una convicción que hasta el día de hoy sostiene los vaivenes de la Iglesia: «Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna; nosotros hemos creído y conocido que tú eres el Santo de Dios» (*Jn 6,68*).

Gaspar Brahm

[Volver al índice](#)

Siguiente capítulo

[1] Francisco, *Ángelus*, 6-II-2022.

[2] Benedicto XVI, *Audiencia*, 17-V-2006.

[3] *Amigos de Dios*, n. 260.

[4] *Es Cristo que pasa*, n. 159.

LA FELICIDAD QUE NADA PUEDE QUITAR

El sermón de la montaña

A todos nos suele gustar que las películas tengan un final feliz. Sin embargo, a veces esa conclusión no es la que se podía intuir al principio del film. Quizá el protagonista comenzó aspirando a cierto tipo de éxito: el trabajo de sus sueños, fama, una casa lujosa... Pero conforme avanza la historia, descubre que hay cosas más relevantes en la vida que le llevan a una felicidad más profunda de la que hasta entonces podía sospechar.

Dios no solo tiene previsto para nosotros un final feliz: quiere que además seamos felices durante todo el camino. El Señor desea que con su gracia escojamos un estilo de vida que se centre en lo verdaderamente importante: la presencia de Cristo en cada uno de nosotros. Esto es lo que Jesús nos invitó a valorar en el sermón de la montaña (cfr. *Mt* 5,1-12).

Unos espectadores boquiabiertos

Jesús se sentó en la ladera de un monte, donde lo podían ver y oír mejor todos los que le seguían. Se había corrido la voz de que un hombre joven removía los corazones y muchos no quisieron perder la ocasión de escucharle. Algunos tuvieron la suerte de situarse a pocos metros de él. Otros, en cambio, se tuvieron que conformar con verle más de lejos. Todos se mantenían expectantes por oír las primeras palabras del Maestro. «¿No os conmueve contemplar a Jesús, rodeado siempre por las gentes, que se precipitaban para tocar sus vestidos, que le seguían oprimiéndole sin cesar, hasta el punto de no dejarle ni siquiera tiempo de comer?»^[1].

Consciente de toda esa atención, el Señor comenzó a decir: «Bienaventurados los pobres de espíritu, porque suyo es el Reino de

los Cielos. Bienaventurados los que lloran, porque serán consolados. Bienaventurados los mansos, porque heredarán la tierra» (Mt 5,3-5). Y así continuó, refiriéndose a los que tienen hambre y sed de justicia, a los misericordiosos, a los limpios de corazón, a los perseguidos...

La cara de sorpresa de todos los presentes debió de ser notable. Acostumbrados a entender la prosperidad humana como signo del amor de Dios, se quedan perplejos ante la afirmación de que quien sufre la pobreza o la injusticia debe ser considerado bienaventurado. Los esquemas con los que juzgaban lo que sucedía en sus propias vidas quedan rotos, y en cambio la propuesta del Señor les abre un panorama que no hubieran podido imaginar y que todavía no alcanzan a comprender.

Pero... ¿son los contemporáneos de Jesús los únicos que ven alterados sus criterios de valoración de lo que debería ser deseable? Quizá nos parece que nosotros no identificamos la prosperidad con el favor de Dios, pero algo de esa mentalidad pervive todavía. Cuando algo nos va mal podemos pensar que el Señor nos ha abandonado, o que nos ha castigado. Otras veces tal vez nos sentimos amados por Dios porque las cosas nos van bien. Al leer las bienaventuranzas, podemos hacer nuestra la sorpresa de los oyentes y quedarnos boquiabiertos ante lo que Jesús nos propone. «Detrás de los grandes interrogantes, Dios quiere abrirnos un panorama de grandeza y de belleza, que se oculta quizás a nuestros ojos. Es necesario confiar en él y dar un paso hacia su encuentro, y quitarnos el miedo de pensar que, si lo hacemos, perderemos muchas cosas buenas de la vida. La capacidad que tiene de sorprendernos es mucho mayor que cualquiera de nuestras expectativas»^[2].

Preparación para lo eterno

El Señor conoce bien la novedad de lo que está diciendo. Sabe que sus declaraciones van a remover hondamente los fundamentos de quienes le siguen e incluso escandalizarán a algunos. Pero quiere

hacerles –y hacernos– pensar. «Yo quiero entender lo que dice el Evangelio. Y me parece que, a menudo, en lugar de largas reflexiones, sería mejor decir (...): este Evangelio no nos gusta, somos contrarios a lo que dice el Señor. ¿Pero qué quiere decir? Si yo digo sinceramente que a primera vista no estoy de acuerdo, ya he puesto atención: se ve que yo quisiera, como hombre de hoy, entender lo que dice el Señor. Así podemos entrar de lleno en el núcleo de la Palabra»^[3]. Si deseamos profundizar en lo que el Señor nos quiere decir, hemos de permitir que su mensaje cuestione nuestra vida y nos sorprenda.

Jesús ve las caras de asombro, oye los murmullos de quienes se preguntan si lo que acaban de oír puede ser verdad... Ciertamente, sus palabras suenan muy bonitas, pero quizá parecen excesivamente idealistas. *¿Cómo pueden ser deseables la pobreza, la calumnia o la persecución? Lo que está diciendo no va conmigo, es más bien para personas especiales, no para mí. Es una simple declaración de ideales nobles, pero con poca aplicación práctica.* El Señor experimenta una vez más nuestra resistencia a elevar la mirada y a recibir lo grandioso, la tendencia a reducir todo a lo meramente práctico y controlable.

Las bienaventuranzas pueden iluminar la vida de todo cristiano, porque son un reflejo del caminar terreno del Señor. Él desea vivir en nosotros, inspirar todas nuestras acciones, quiere que seamos «otro Cristo»^[4]. Para entenderlo y aceptarlo necesitamos fiarnos de Jesucristo.

Naturalmente, lo que está diciendo el Señor es toda una novedad. Quienes le escuchan advierten que él no es como los fariseos, que se limitan a dictar lo que está permitido o prohibido en día de sábado o en otras circunstancias. Lo que están oyendo es todo un programa sobre una vida nueva, sobre la felicidad; un programa sorprendente, que parece contradecir toda idea previa sobre aquello que nos la puede proporcionar.

Quizá, meditando más tarde sobre esto, los apóstoles y otros de los discípulos del Señor se fueron dando cuenta de que las palabras de Jesús desvelaban una idea de felicidad más profunda de la que ellos tenían hasta entonces. Con sus afirmaciones paradójicas, Jesús les proponía una felicidad contra la que nada pueden la pobreza, la injusticia, la persecución... Una felicidad que no depende del poder, de los placeres o de los honores. ¿Quién no desearía una felicidad así?

Nosotros, como ellos, tenemos la experiencia de que algunas de estas cosas –carencias, dolores, calumnias, injusticias– nos hacen sentirnos mal, incluso quizá tienden a quitarnos las ganas de ser buenos; y otras –mansedumbre, paz, misericordia, limpieza de corazón–, aunque resulten atractivas, puede requerir un esfuerzo notable que nos asusta. Pero no se nos escapa que el poder, el dominio sobre los demás, los placeres, las riquezas o los honores aportan una complacencia muy pasajera y siempre insuficiente: si confundiéramos la felicidad con la satisfacción inmediata que aportan, acabaríamos encontrándonos más bien vacíos, incluso aunque alcanzásemos nuestros objetivos.

Por supuesto, la propuesta de Jesús no es que acumulemos todo el sufrimiento posible en esta tierra, como si el dolor por sí mismo fuera un pasaporte para gozar después en el cielo. Él nos quiere felices también aquí abajo. Simplemente desea que no esperemos la felicidad de lo efímero, de lo que pasa, sino que nos preparemos para encontrarla en lo verdaderamente sólido, en lo que es eterno, en lo único capaz de satisfacer la sed de infinito que hay en nosotros. En definitiva, nos invita a fomentar la actitud de quien confía en él, de quien vive con la convicción de que es mucho más valioso estar con Dios que experimentar ciertas satisfacciones fugaces. Desea, en última instancia, que aquí abajo aprendamos a vivir de lo que por su misericordia esperamos gozar por toda la eternidad. Si, con la gracia de Dios, somos capaces de ver su amor en toda situación: en la

pobreza y en la riqueza, en el honor y en la calumnia, en la salud y en la enfermedad, en la paz y en la persecución, nos estamos preparando para el cielo (cfr. *Flp* 4,11-13).

«La alegría no es la emoción de un momento: ¡es otra cosa! La verdadera alegría no viene de las cosas, de tener, ¡no! Nace del encuentro, de la relación con los demás, nace del sentirse aceptados, comprendidos, amados y del aceptar, del comprender y del amar»^[5].

La felicidad indestructible

Estas enseñanzas quedaron muy grabadas en las mentes de los apóstoles y de los discípulos más cercanos. Por eso, años después, inspirados por el Espíritu Santo, las consignaron en los Evangelios. También ellos se sorprenderían al escucharlas, pero ya entonces tenían confianza en Jesucristo; una confianza que quizá era solo incipiente y se fue desarrollando más adelante. Cuando tenemos esa actitud, cuando verdaderamente creemos que Dios quiere que seamos felices y sabe qué es lo que nos ayudará a conseguirlo, ya no despreciamos estos consejos como incomprensibles, sorprendentes o difíciles. Más bien pedimos ayuda al Señor para entender mejor lo que significan y lo que me sugieren para mi vida de hoy.

Jesús nos está diciendo: «Tendencialmente, vas a buscar la felicidad en las riquezas, en la posesión, en los placeres, en los honores, en las alabanzas, en el dominio sobre los demás... Pero todo eso, incluso si lo alcanzas, te dejará vacío».

«Bienaventurados los pobres de espíritu, porque suyo es el Reino de los Cielos» (*Mt* 5,3). El Señor sabe lo fácil que es dejarse llevar por la impresión de que cuanto más tenemos más felices somos. Él conoce que necesitamos bienes materiales, pero quiere que nuestra felicidad no dependa de eso. Desea que tomemos distancia de las cosas, para que no nos descentren de lo importante: la presencia de Dios y su amor en nuestra vida.

También cuando afirma: «Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios» (Mt 5,8) nos invita a identificar nuestra mirada con la suya y a formar una interioridad que nos ayude a dirigir nuestros pensamientos y afectos al Señor. Si, en cambio, pensásemos en esa limpieza como un peso, nos limitaríamos a combatir tentaciones e impulsos desordenados; pero una lucha así acaba haciendo sufrir. Por eso, nos ilumina el consejo del Señor: *¡Deja que transforme tu mirada! ¡Apunta a lo más alto, a lo grandioso! Es ahí donde descubrirás una felicidad más sólida y duradera.*

«Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque quedarán saciados» (Mt 5,6). Jesús nos impulsa a desear la santidad, pero también a que aprovechemos las ocasiones en que la justicia parece faltar, para apoyarnos en Dios y no en la seguridad de que las cosas sean como deberían ser.

A simple vista, puede parecer que el hambre de justicia tiene poca relación con la vida de la mayoría de los oyentes, o con la nuestra, que tal vez no sufrimos grandes injusticias. Pero quizá podemos pensar que Jesús también se refiere aquí a esas injusticias *de andar por casa*. A todo aquello que, cuando sucede, nos hace pensar: esto no debería ser así. El mal tiempo que arruina un plan que nos ilusionaba, un dolor de cabeza, una avería inoportuna, un cambio de planes, una corrección que recibimos en un momento que nos parece menos favorable, un trabajo que por la negligencia de un colega nos toca a nosotros enfrentar, la actitud de alguien que parece no tenernos en cuenta...

Esa hambre de justicia, esa experiencia de que la vida no nos trata como pensamos merecer, es una ocasión para anclarnos en lo realmente importante. Por supuesto, las contrariedades nos afectarán siempre, pero si nos fiamos de esta enseñanza de Jesucristo, llegará el momento en que no tendrán fuerza para quitarnos la alegría, porque habremos aprendido a estar centrados

en él y a comprender que esas dificultades no nos roban necesariamente los dones más importantes que tenemos, habremos aprendido a vivir en el amor de Dios, que nunca nos va a faltar. «Refúgiate en la filiación divina: Dios es tu Padre amantísimo. Esta es tu seguridad, el fondeadero donde echar el ancla, pase lo que pase en la superficie de este mar de la vida. Y encontrarás alegría, reciedumbre, optimismo, ¡victoria!»^[6].

La sorpresa de los oyentes –la nuestra– se cambia entonces en alegría y en el deseo de aprovechar toda circunstancia para permanecer cada vez más en el amor de Dios y a verle en lo que la vida nos ofrece: «El hombre ha sido creado para la felicidad. Vuestra sed de felicidad, por tanto, es legítima. Cristo tiene la respuesta a vuestro deseo. Pero os pide que confiéis en él»^[7].

Julio Diéguez

[Volver al índice](#)

[Siguiente capítulo](#)

^[1] San Josemaría, *Carta 6-V-1945*, n. 42.

^[2] Mons. Fernando Ocáriz, “Dejarse sorprender por un Padre bueno”, *La Estrella*, 25-I-2019.

^[3] Benedicto XVI, *Encuentro con los sacerdotes de la diócesis de Roma*, 26-II-2009.

^[4] *Amigos de Dios*, n. 6.

^[5] Francisco, *Discurso*, 6-VII-2013.

^[6] *Via Crucis*, VII Estación, n. 2.

^[7] San Juan Pablo II, *Discurso*, 25-VII-2002.

VIVIR DE FE

La multiplicación de los panes y de los peces

La noticia de la muerte de Juan el Bautista había afectado al Señor. Él había venido a liberarnos del pecado, que había marcado profundamente la naturaleza humana que él quiso hacer propia. Pero precisamente porque, excepto en el pecado, asumió esa naturaleza hasta sus últimas consecuencias, no le dejó indiferente esta nueva experiencia de la maldad que cabe en el corazón humano. Experimentó el impulso de retirarse a un lugar tranquilo, donde pudiera rezar y meditar con paz (cfr. *Mt 14,13*).

Sin embargo, «al desembarcar vio una gran muchedumbre y se llenó de compasión por ella» (*Mt 14,14*). Pasó el resto de la jornada ocupándose de aquellas gentes, de sus almas y de sus cuerpos: les enseñó muchas cosas y curó a los enfermos. El Señor no provocó esa situación, su intención era simplemente meditar y descansar. Pero su corazón sacerdotal no dejó escapar una oportunidad inesperada de atender a los demás.

Desproporción

La gente llevaba varias horas escuchando las enseñanzas del Maestro. Los discípulos comenzaron a inquietarse: ¿qué sucedería cuando esta multitud se diera cuenta de que no tenía tiempo de alcanzar un lugar en donde proveerse de alimentos? Quizá el entusiasmo de ahora se transformaría en desánimo o incluso en enfado. Por eso, se acercaron discretamente a Jesús y le advirtieron: «Este es un lugar apartado y ya ha pasado la hora; despide a la gente para que vayan a las aldeas a comprarse alimentos» (*Mt 14, 15*). La actitud de los apóstoles está llena de sentido común: «Estas personas tienen una necesidad y hay que darles la oportunidad de satisfacerla

antes de que sea demasiado tarde». Seguramente no se esperaban la respuesta del Señor: «No hace falta que se vayan, dadles vosotros de comer» (*Mt 14,16*). «Su problema es también vuestro problema, afrontadlo vosotros».

Los apóstoles no habían acudido a Jesús huyendo de su responsabilidad. No estaban intentando quitarse de encima una dificultad. Era, sencillamente, una tarea que les superaba de tal manera que ni se les había pasado por la cabeza que tuviera que ver con ellos. Por supuesto, se compadecían de aquellas gentes, pero ¿qué más podían hacer? Por eso, las palabras del Señor les dejarían desconcertados: «¿Nosotros? ¿Les tenemos que dar de comer nosotros? ¡Pero si incluso el jornal de doscientos días de trabajo resultaría una cantidad de pan irrisoria para tal multitud!». ¿Qué podemos hacer nosotros?

El Maestro, sin embargo, no cedió. Quiso que cargasen este problema sobre sus hombros:

–¿Cuántos panes tenéis? Id a verlo.

Los apóstoles reconocieron la insuficiencia de sus medios:

–Tenemos cinco y dos peces.

–Traédmelos aquí.

Quizá los apóstoles se acordarían de esta conversación años más tarde, cuando se encontraban inmersos en la tarea de evangelización. También esa misión sobrepasaba sus cualidades humanas. Pero del Señor habían aprendido a no dejarse vencer por la falta de medios: si solo tenían cinco panes y dos peces, con esto tendrían que afrontar el reto. Lo que Jesús quiere es que dejemos a sus pies lo que tenemos, lo que podemos hacer, sin dejarnos abrumar por lo que no tenemos, por lo que supera nuestra capacidad.

Jesús «tomó los cinco panes y los dos peces, levantó los ojos al cielo, pronunció la bendición, partió los panes y los dio a los discípulos y

los discípulos a la gente» (Mt 14,19). Alcanzó para todos e incluso sobró tanto que se necesitaron doce cestos para contener los restos. «El milagro no se produce de la nada, sino de la modesta aportación de un muchacho sencillo que comparte lo que tenía consigo. Jesús no nos pide lo que no tenemos, sino que nos hace ver que si cada uno ofrece lo poco que tiene, puede realizarse un milagro: Dios es capaz de multiplicar nuestro pequeño gesto de amor y hacernos partícipes de su don»^[1].

Vértigo

No es fácil hacerse cargo de cómo se produjo el milagro. Probablemente nos resulta chocante pensar que el montón de trozos en los que Jesús había dividido los panes y los peces aumentase repentinamente, ante la admiración de todos. Otra posibilidad, menos espectacular, ayuda a percibir con mayor claridad una enseñanza que probablemente Cristo quería transmitir.

Pudo suceder que el Señor entregase a varios de los apóstoles una parte de los trozos de pan para que los repartieran entre la muchedumbre. Es fácil imaginarlos –quizá llenos de vergüenza– empezando a dar a las personas cercanas unos pedacitos minúsculos de pan y de pez con la intención de que alcanzase para el mayor número posible de personas. Es posible que el Señor tuviera que animar a alguno a ser magnánimo y dar a cada uno todo lo que necesitase.

Comenzaron, pues, a distribuir con generosidad aquellos panes y poco a poco se fueron dando cuenta del prodigio. En su cesta nunca aumentó considerablemente la cantidad de pan; siempre fue escaso, siempre daba la impresión de que alcanzaría para pocos más. Pero llegó para todos e incluso sobró. También el maná era imposible de acumular (cfr. Ex 16,17-20): Dios quería que quienes recibían aquel alimento no perdiesen la conciencia de que era un don divino y se abandonasen en él, en lugar de buscar una seguridad meramente

humana. Quizá el Señor quiso que los apóstoles tuvieran una experiencia similar. «Jesús manifiesta su poder, pero no de forma espectacular, sino como señal de la caridad, de la generosidad de Dios Padre hacia sus hijos cansados y necesitados»^[2].

Para aquellos de los presentes que fueron conscientes de lo sucedido, fue un motivo de sorpresa y de admiración. Para los apóstoles fue una clara lección de fe. Unos meses después, el Señor les iba a pedir que echaran sobre sus hombros la tarea de anunciar la buena nueva a millones de almas: «Id al mundo entero y predicad el evangelio a toda criatura» (Mc 16,15). Sin duda, iban a sentir que claramente les superaba: ¿quiénes eran ellos? ¿Qué podían hacer? ¿No sería más razonable proponerse metas que estuvieran a su alcance? Podrían entonces traer a su memoria lo que habían vivido. Podrían recordar que el Señor les pidió que hiciesen un recuento de sus medios; para él era lo mismo dar de comer a aquella multitud con cinco panes que con ninguno, pero quiso enseñarles a poner todo de su parte. Podrían meditar que Jesús no permitió que la escasez de medios rebajase el objetivo que les había propuesto; que no se conformó con prestar una ayuda simbólica, que no resolviese el problema. Podrían recordar también que sus medios fueron siempre escasos... pero terminaron siendo suficientes. En definitiva, habrían aprendido que a la hora de difundir el Evangelio lo determinante no debían ser sus condiciones –que de todos modos debían examinar– sino las necesidades de las almas.

Los apóstoles se sintieron interpelados por la sed que Dios tiene de almas en todos los ambientes y ocupaciones. No dilataron el inicio de esta tarea hasta que dispusieran de todos los *panes* necesarios. Seguramente sintieron fuertemente la desproporción entre sus capacidades y lo que pensaron que el Señor les pedía. También nosotros podemos sentir un cierto vértigo, una sensación de impotencia o de inseguridad que no hemos de entender como una prueba de que nos falta fe. Al contrario, es quizá una demostración

de que el amor de Dios nos impulsa más allá de lo que podemos imaginar. Ese sentimiento de inquietud no contradice la magnanimidad; por el contrario, da sentido a la esperanza, porque donde hay absoluta certeza la esperanza no puede existir (cfr. *Rm* 8,24).

Optimismo

La fe con la que el Señor espera que actuemos no consiste, pues, en la seguridad de que nuestras cualidades se multiplicarán. Consiste más bien en poner nuestros cinco panes al servicio de Dios, en actuar como si esos panes fueran suficientes, incluso si mientras lo hacemos seguimos sintiendo nuestra limitación. La vida de fe no se demuestra en los sentimientos, sino en las obras, también cuando aquellos parecen contradecir esas certezas fundamentales en las que se apoya todo nuestro actuar. «El optimismo cristiano no es un optimismo dulzón, ni tampoco una confianza humana en que todo saldrá bien. Es un optimismo que hunde sus raíces en la conciencia de la libertad y en la seguridad del poder de la gracia; un optimismo que lleva a exigirnos a nosotros mismos, a esforzarnos por corresponder en cada instante a las llamadas de Dios»^[3].

La fe del cristiano no es la ingenuidad de quien no se hace cargo de las dificultades y confía, por eso, en que todo saldrá bien. La fe genera un optimismo «que hunde sus raíces en la conciencia de la libertad», es decir, que se sostiene y se alimenta de la conciencia de que las cosas pueden ir mal y de hecho a veces irán mal, porque la libertad humana –la nuestra y la de los demás– no siempre querrá lo que Dios quiera. Es por eso «un optimismo que lleva (...) a esforzarnos por corresponder en cada instante a las llamadas de Dios», aun sabiendo que ni siquiera así tendremos certeza de que todo será favorable.

La fe no consiste en un sentimiento de confianza en la buena marcha de las cosas. Es más bien la seguridad de que, vayan como vayan,

Dios está a mi lado y se servirá de ellas en mi favor, en favor de quienes me rodean y de la Iglesia entera. Dicho de otro modo: Dios no espera de mí que todo me salga bien, ni tampoco yo espero de Dios que si hago lo que debo todo evolucionará favorablemente. Dios espera que yo confíe en que él nunca me abandona y por eso desea que yo ponga lo que está de mi parte para que las cosas vayan bien. Y yo tengo la certeza de que, haciendo lo que él quiere, estoy logrando el objetivo que realmente importa en mi vida, aunque aquello no siempre produzca un estado de cosas positivo. Habrá cosas que irán mal, pero seguiré el consejo de san Pablo: «No te dejes vencer por el mal; al contrario, vence el mal con el bien» (*Rm 12, 21*) y, por eso, a pesar de todo, el bien estará venciendo: *omnia in bonum!*

El Señor ha encomendado una gran misión a la Iglesia y a cada cristiano. Es lógico que sintamos que excede nuestras capacidades e incluso que, al pensar en ella, en ocasiones nos sintamos abrumados. La meditación de esta escena evangélica nos hará de nuevo conscientes de que el Señor espera que –como los apóstoles– nos impliquemos en la misión apostólica con todas nuestras capacidades. Y espera también que comencemos a hacer lo que podamos sin dejarnos dominar por la preocupación de si conseguiremos culminar la labor. La escasez de nuestros panes y peces no ha de impedir que hagamos lo que en cada momento esté en nuestras manos: Dios proveerá a lo que venga después. Así, aunque no nos sintamos seguros, estaremos de hecho viviendo de fe.

Julio Diéguez

[Volver al índice](#)

[Siguiendo capítulo](#)

[1] Benedicto XVI, *Ángelus*, 29-VII-2012.

[2] Francisco, *Ángelus*, 2-VIII-2020.

[3] *Forja*, n. 659.

¿TODAVÍA NO COMPRENDÉIS?

Una discusión en la barca

Una buena película no es una mera sucesión de escenas sin vínculo entre sí, sino que se desarrolla siguiendo un guion preestablecido. Técnicamente, es lo que se conoce como trama, que suele tener tres partes: la introducción, en la que se presentan los personajes y se plantea un problema; el desarrollo, que es la parte más larga; y el final, donde se resuelve el problema inicial.

Con los Evangelios pasa algo parecido. No se trata de una serie inconexa de episodios, sino que siguen también una trama. Esto nos permite apreciar el carácter progresivo de la revelación de Jesús. Él no se manifestó a todos como Hijo de Dios y Mesías de Israel desde el primer momento, sino que fue siguiendo un plan para que la muchedumbre y quienes lo seguían más de cerca pudieran comprender quién era él. Leer el Evangelio de esta manera, intentando ubicar cada pasaje dentro de la trama y preguntándose por qué es así, puede resultar de gran ayuda para profundizar en nuestro conocimiento personal de Jesucristo.

Con la cabeza en otra cosa

Hay un pasaje del evangelio de san Marcos en el que resulta fácil identificar sus relaciones con otros momentos de la vida del Señor. Se trata del diálogo entre Jesús y sus discípulos mientras atraviesan el mar de Galilea después de la segunda multiplicación de los panes y de los peces (cfr. *Mc* 8,14-20). Los apóstoles habían cometido un error que le podía suceder a cualquiera de nosotros: «Se olvidaron de llevar panes y no tenían consigo en la barca más que un pan» (*Mc* 8,14). Es fácil imaginar el revuelo que habría ocasionado semejante despiste. Tal vez estarían echándose la culpa los unos a los otros:

«¿No te dije que te encargaras tú? ¿Ahora cómo nos las arreglamos?». En medio de la agitación Jesús tomó la palabra y les dijo: «Estad alerta y guardaos de la levadura de los fariseos y de la levadura de Herodes» (*Mc 8,15*).

¿A qué se refería el Señor exactamente? ¿Qué tenía que ver ese aviso con la falta de pan en la barca? Para entender bien el significado de estas palabras, es necesario echar la vista atrás (cfr. *Mc 8,11-13*). Resulta que antes los fariseos se habían acercado a Jesús para pedirle un signo del cielo, pero él los había rechazado sin explicar por qué. Es más, el evangelista nos detalla un cierto tono de cansancio en la voz del Maestro: «Suspirando desde lo más íntimo, dijo: “¿Por qué esta generación pide una señal? En verdad os digo que a esta generación no se le dará ninguna señal» (*Mc 8,12*). Y es que Jesús acababa de realizar un gran signo: había dado de comer a miles de personas en un lugar desierto. ¿Para qué añadir otro signo si los fariseos no están dispuestos a aceptarlo? Como había explicado en la parábola del sembrador, la semilla de la palabra de Dios lleva en sí misma una enorme potencialidad, pero no puede desarrollarla si la tierra donde cae no es buena, si las disposiciones del que escucha no son las adecuadas (cfr. *Mc 4,3-20*).

Los apóstoles conocían bien los desencuentros entre Jesús y los fariseos. Por ejemplo, habían visto cómo se escandalizaban al ver al Señor comiendo con publicanos y pecadores o realizando en sábado lo que, en su interpretación de la ley, no estaba permitido. Probablemente sabían que los fariseos se habían puesto de acuerdo con los herodianos para ver cómo acabar con él (cfr. *Mc 3,6*). La situación con Herodes era parecida, pues fue el que mandó decapitar a Juan Bautista (cfr. *Mc 6,14-29*). Por eso, cuando Jesús dice «estad alerta y guardaos de la levadura de fariseos y Herodes», los discípulos ya tenían elementos para entender a qué se refería, o al menos intuirlo. Sin embargo, a pesar de tener algunos elementos que podían orientarlos, los discípulos no acaban de captar lo que les dice

Jesús. La reacción que recoge el evangelista nos muestra en qué tenían la cabeza: «Y ellos comentaban unos con otros que no tenían pan» (Mc 8,16). «No eran cultos, ni siquiera muy inteligentes, al menos en lo que se refiere a las realidades sobrenaturales. Incluso los ejemplos y las comparaciones más sencillas les resultaban incomprensibles (...). Cuando Jesús, con una imagen, alude al fermento de los fariseos, entienden que les está recriminando por no haber comprado pan»^[1].

A la advertencia del Maestro a no dejarse influenciar por el estilo de vida de los fariseos y del tetrarca Herodes Antipas ellos responden con la preocupación de que no tenían con qué comer, «estaban tan cerrados culpándose que no tenían ya espacio para otra cosa, no tenían más luz para la Palabra de Dios»^[2].

La memoria, medicina para el corazón

La reacción de Jesús no se hace esperar: «¿Por qué vais comentando que no tenéis pan? ¿Todavía no entendéis ni comprendéis? ¿Tenéis endurecido el corazón?» (Mc 8,17). Para entender qué significa ese *todavía*, otra vez hace falta dar un salto atrás en el Evangelio, a modo de *flashback*, y recordar el momento en el que los discípulos se encuentran en la barca después de la primera multiplicación de los panes y los peces (cfr. Mc 6,33-52). En esa ocasión, ellos se habían puesto a gritar de miedo al ver a Jesús caminando sobre el mar. El evangelista explica entonces que los discípulos «se quedaron mucho más asombrados; porque no habían entendido lo de los panes, ya que su corazón estaba endurecido» (Mc 6,51-52). Implícitamente, viene a decir que, si hubieran entendido el verdadero significado de la multiplicación, no se habrían asustado al ver al Maestro andando sobre el agua, ni se habrían sorprendido de que se hubiese calmado el viento al subir él a la barca. ¡Les habría parecido lo más normal del mundo!

Volviendo a la escena principal, vemos que esta vez Jesús no solo reprocha a los discípulos su dureza de corazón, sino que además los llama ciegos y sordos:

¿Tenéis ojos y no veis; tenéis oídos y no oís? ¿No os acordáis de cuántos cestos llenos de trozos recogisteis, cuando partí los cinco panes para cinco mil?

–Doce –le respondieron.

–Y cuando los siete panes para los cuatro mil, ¿cuántas espuertas llenas de trozos recogisteis?

–Siete –le contestaron.

Y les decía:

–¿Todavía no comprendéis?» (Mc 8,18-21).

El ánimo con el que Jesús entabla este diálogo recuerda la reprensión que hizo a los fariseos anteriormente –«¿Por qué esta generación pide una señal?». Incluso podemos notar una mayor fuerza en estas palabras, pues no se las está dirigiendo a cualquiera, sino a sus amigos más íntimos. Y dejan entrever también un atisbo de sorpresa: a pesar de haber presenciado tantos milagros y oído tantas enseñanzas de Jesús, los discípulos todavía no han entendido.

Pero el Señor busca el modo de avivar los corazones de los apóstoles. Y lo hace invitándoles a recordar los prodigios que él mismo ha obrado en sus vidas. «Existe una *medicina* contra la dureza del corazón, y es la memoria. Por eso, en el Evangelio de hoy, y en tantos pasajes de la Biblia, se escucha la llamada al poder salvífico de la memoria, una gracia que debemos pedir porque mantiene el corazón abierto y fiel. Cuando el corazón se endurece, cuando el corazón se embota, se olvida (...) la gracia de la salvación, se olvida la gratuidad»^[3]. Y es que recordar la presencia del Señor en la vida de cada uno nos lleva a entusiasrnos con el presente y a mirar con

esperanza el futuro: no habrá obstáculo ni *falta de pan* que pueda quitarnos la alegría de estar en la misma barca que Jesús.

Un final abierto

El episodio acaba con un interrogante: «¿Todavía no entendéis?» (Mc 8,21). El Señor no dice exactamente qué es lo que los discípulos aún no han entendido. Como en otras ocasiones, el Evangelio no nos da todas las explicaciones que quizá nos gustaría recibir, como si nos dejara la tarea de descubrirlo por nosotros mismos. Es lo que ocurre con muchas buenas películas, que no acaban cerrando del todo. Son aquellos finales que en parte se dejan a libre interpretación del espectador, de modo que permiten reflexionar sobre el sentido que el director ha querido dar al film.

En este caso, del reproche de Jesús podríamos deducir que para él las dos multiplicaciones no se encuentran al mismo nivel que los demás signos que ha llevado a cabo, como las curaciones de enfermos o las expulsiones de espíritus inmundos, sino que encierran una revelación distinta. Parece que hay algo en estos dos milagros que los vuelve particularmente importantes, algo que se les escapa a los discípulos y tal vez también a nosotros. Ahora se vuelve más acuciante preguntarnos de nuevo si hemos entendido *lo de los panes* o si, en cambio, somos ciegos y sordos, como los discípulos.

Para entender más lo que enseñan las dos multiplicaciones de los panes y de los peces sobre la identidad de Jesucristo, puede ser útil volver nuestra mirada al inicio de la película de la historia de la salvación. El pueblo de Israel había huido de Egipto y, tras pasar en medio de las aguas del mar, comenzaba una peregrinación por el desierto de cuarenta años. El Señor, a través de la intercesión de Moisés, mandó a su pueblo el alimento para afrontar la travesía: el maná y las codornices (cfr. Ex 16,13-36). Ahora, al multiplicar los panes y los peces, Jesús muestra que es él mismo quien alimenta a la muchedumbre. Por eso, quien comprende bien *lo de los panes*, no

debería extrañarse de que Jesús controle el mar y el viento ni de verlo caminar sobre las aguas, pues el Dios de Israel había mostrado su poder precisamente sobre las aguas del mar.

* * *

Decíamos al inicio que el pasaje que estamos comentando era un buen punto de partida para acercarse a la trama del Evangelio. En efecto, en el Evangelio de san Marcos, la progresiva revelación de quién es Jesús está acompañada por la insistencia en la incompreensión de los discípulos, que aparece con claridad en los tres episodios en la barca (cfr. *Mc* 4,36-41; *Mc* 6,45-52; y *Mc* 8,14-20). Sin embargo, más adelante los discípulos parecen seguir sin dar señales de mejoría. Pedro confiesa a Jesús como el Mesías, pero rechaza que tenga que sufrir y morir (cfr. *Mc* 8,27-33). Santiago y Juan le piden los primeros puestos y los otros diez se indignan (cfr. *Mc* 10,32-45) porque tenían las mismas ambiciones humanas. Antes habían discutido entre ellos quién sería el mayor (cfr. *Mc* 9,33-37) y habían rechazado a los niños que se acercaban a Jesús (cfr. *Mc* 10,13). Y tras el prendimiento de Jesús, todos lo abandonan (cfr. *Mc* 14,50) y Pedro lo niega (cfr. *Mc* 14,66-72).

Los discípulos no consiguen entender con profundidad quién es Jesús y, en el momento decisivo, lo dejan solo. No obstante, el mismo Evangelio nos muestra que su situación no es desesperada. Es verdad que *tienen oídos y no oyen*, como les dice el Señor en la barca, pero poco antes él había demostrado que puede curar a un sordo. No son capaces de ver, pero lo primero que hará Jesús después de atravesar el lago es devolver la vista a un ciego (cfr. *Mc* 8,22-26) y lo repetirá al salir de Jericó (cfr. *Mc* 10,46-52). Al final del Evangelio, cuando las mujeres acuden al sepulcro en la mañana del domingo, se les aparece un joven de vestiduras blancas que les anuncia que Jesús ha resucitado. Y añade: «Decid a sus discípulos y a Pedro que él va delante de vosotros a Galilea: allí le veréis». (*Mc*

16,8). Verán a Jesús, porque se les aparecerá resucitado. Pero lo *verán* también en el sentido de que finalmente sus ojos y sus oídos se abrirán y su corazón será capaz de comprender y de confesarlo como «Cristo e Hijo de Dios» (Mc 1,1).

Juan Carlos Ossandón

[Volver al índice](#)

[Siguiete capítulo](#)

[1] *Es Cristo que pasa*, n. 2.

[2] Francisco, *Homilía*, 18-II-2014.

[3] *Ibíd.*

LUZ QUE NUNCA SE APAGA

La confesión en Cesarea y la Transfiguración

Probablemente Pedro se sentía fuera de lugar. Mientras subía el monte Tabor con el Señor, en su interior se debatía y sufría al no entender. Sin duda, Jesús quería tener una manifestación especial de aprecio al llamarle junto a Santiago y a Juan para acompañarlo. Desde aquel episodio en Cesarea de Filipo, llevaría algunos días incómodo. ¿Por qué había anunciado Jesús que tendría que ser llevado a la muerte? ¿Por qué le había dirigido ese reproche tan duro?

Una alabanza

Acababan de llegar a la región de Cesarea de Filipo. Jesús, reuniendo a sus discípulos, les preguntó: «¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre?». Todos comenzaron a expresar lo que habían oído, quizá con una sonrisa en la boca: «Unos que Juan el Bautista, otros que Elías, y otros que Jeremías o alguno de los profetas». El Señor entonces les sorprendió con otra pregunta, esta vez más personal: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?» (*Mt 16,13-15*).

Entonces se hizo el silencio. Nadie se atrevía a responder. Pedro, sin embargo, tomó la palabra: «Tú eres el Cristo, el hijo de Dios vivo» (*Mt 16,16*). Quizá pensaría que no había hecho nada especial: simplemente había dicho en alto lo que todos pensarían por dentro. Seguramente lo habrían hablado muchas veces, pero siempre en corrillo, en ese clima de confianza que se crearía cuando empezaban a hablar entre sí por la noche, intentando explicarse unos a otros lo que el Maestro había predicado.

«Bienaventurado eres, Simón, hijo de Juan –respondió Jesús–, porque no te ha revelado eso ni la carne ni la sangre, sino mi Padre

que está en los cielos. Y yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella» (Mt 16,17-18). Tal vez el apóstol no lograra entender el significado de esta declaración del Señor. Una cosa sí que le habría quedado clara: él, Pedro, iba a ser un apoyo sólido para el Mesías. Jesús quería contar con él para hacer algo grande, algo que desafiaría al mismo infierno.

También hoy Cristo continúa llamando a los hombres a colaborar con él en la obra de la redención: «Hijos de Dios. –Portadores de la única llama capaz de iluminar los caminos terrenos de las almas, del único fulgor, en el que nunca podrán darse oscuridades, penumbras ni sombras. El Señor se sirve de nosotros como antorchas, para que esa luz ilumine... De nosotros depende que muchos no permanezcan en tinieblas, sino que anden por senderos que llevan hasta la vida eterna»^[1].

Sentir las cosas de Dios

Pedro se llenaría de cierto orgullo al escuchar aquella alabanza. No obstante, se inquietaría cuando el Señor «comenzó a enseñarles que el Hijo del Hombre debía padecer mucho, ser rechazado por los ancianos, por los príncipes de los sacerdotes y por los escribas, y ser llevado a la muerte y resucitar después de tres días» (Mc 8,31). Eso no podía ocurrir. Si él era el Mesías, como acababa de confirmarles, tendría que liberar a Israel y expulsar a los romanos para restaurar el reino de David. ¿Cómo sería posible si su propio pueblo le iba a condenar? No tenía sentido. Y Pedro, que se sentiría legitimado por el reciente elogio, se lo tenía que hacer saber.

En cierto modo, la manera de pensar del apóstol pervive también hoy. Se asocia el sufrimiento con el fracaso. De manera que, si uno emprende un camino y encuentra obstáculos, pensará que quizá se haya equivocado, o bien se desanimará porque no todo se desarrolla según sus planes. Por eso, cuando Pedro reprende a Jesús por lo que

acaba de decir, el Señor le responde: «¡Apártate de mí, Satanás!, porque no sientes las cosas de Dios, sino las de los hombres» (Mc 8,33).

El miedo, la desesperación o la desconfianza surgen también como consecuencia de la acción del demonio en el mundo y en cada uno de nosotros. A veces, es él quien nos lleva a rendirnos o nos hace perder la paz cuando algo en nuestra vida no se ajusta a nuestras expectativas. Sentir las cosas como Dios implica, en cambio, descubrir el rostro de Cristo en cada situación, tanto en las alegrías como en las penas. «El camino del cristiano, el de cualquier hombre, no es fácil. Ciertamente, en determinadas épocas, parece que todo se cumple según nuestras previsiones; pero esto habitualmente dura poco. Vivir es enfrentarse con dificultades, sentir en el corazón alegrías y sinsabores; y en esta fragua el hombre puede adquirir fortaleza, paciencia, magnanimidad, serenidad»^[2].

Así, cuando se acercan los momentos dolorosos, podemos renovar nuestro compromiso de *ser piedra*: no son circunstancias que nos indican que hemos fracasado en nuestra misión, sino oportunidad para madurar la vocación, abandonarnos en las manos de Dios y poner en él nuestra esperanza. «A veces pasamos por momentos de oscuridad en nuestra vida personal, familiar o social, y tememos que no haya salida. Nos sentimos asustados ante grandes enigmas como la enfermedad, el dolor inocente o el misterio de la muerte. En el mismo camino de la fe, a menudo tropezamos cuando nos encontramos con el escándalo de la cruz y las exigencias del Evangelio, que nos pide que gastemos nuestra vida en el servicio y la perdamos en el amor, en lugar de conservarla para nosotros y defenderla. Necesitamos, entonces, otra mirada, una luz que ilumine en profundidad el misterio de la vida y nos ayude a ir más allá de nuestros esquemas y más allá de los criterios de este mundo»^[3]. Pedro todavía tardaría un tiempo en adquirir esa sensibilidad divina.

Para ello, Jesús le pediría días más tarde que le acompañara al monte Tabor.

La última palabra

Pedro jamás había escuchado un reproche semejante. Ni siquiera a los fariseos Jesús les había dirigido una acusación tan fuerte. En los días que siguieron no dejaría de dar vueltas a esta conversación. De *pedra* que resistiría al infierno había pasado a ser *Satanás*. Cuanto más se regocijaba en la alabanza, tanto más le dolía el reproche. Buscaría entender el porqué de la reacción del Señor, pero no lo conseguiría. Y como él, también los otros apóstoles tratarían de asimilar aquel episodio. «Podemos imaginar lo que debió ocurrir en el corazón de sus amigos, de sus amigos íntimos, sus discípulos: la imagen de un Mesías fuerte y triunfante entra en crisis, sus sueños se hacen añicos, y la angustia los asalta al pensar que el Maestro en el que habían creído sería ejecutado como el peor de los malhechores»^[4].

El apóstol sabía que Jesús lo amaba. Además, el hecho de que le pidiera que le acompañara a la cima de la montaña, junto a Santiago y Juan, manifestaba que confiaba plenamente en él. Le había llamado Satanás, sí, pero no se había alejado de él, ni tampoco le había dicho que ya no sería su *pedra*. Y tiempo después –todavía él no lo sabía– el Señor le confirmaría como cabeza de la Iglesia a pesar de haberlo negado tres veces durante la pasión. «La experiencia del pecado no nos debe, pues, hacer dudar de nuestra misión. Ciertamente nuestros pecados pueden hacer difícil reconocer a Cristo. Por tanto, hemos de enfrentarnos con nuestras propias miserias personales, buscar la purificación. Pero sabiendo que Dios no nos ha prometido la victoria absoluta sobre el mal durante esta vida, sino que nos pide lucha»^[5].

Cuando llegaron a la cima de Tabor, Pedro se detendría a contemplar el panorama. Quizá le vinieron a la cabeza aquellos momentos en los

que los profetas de antaño habían encontrado a Dios en lo alto de un monte. Un lugar como aquel, desde donde se podía ver la vastedad de la creación, de un mundo que se pierde más allá del horizonte de la propia vista, lleva inevitablemente a pensar en la grandeza de Dios.

De repente, Pedro se dio cuenta de que algo pasaba con Jesús. «Mientras él oraba, cambió el aspecto de su rostro» (Lc 9,29), «se puso resplandeciente como el sol» (Mt 17,2). También «sus vestidos se volvieron deslumbrantes y muy blancos; tanto, que ningún batanero en la tierra puede dejarlos así de blancos» (Mc 9,3). Los tres apóstoles vieron aparecer a dos hombres junto a Jesús que comenzaron a hablar con él. Se dieron cuenta de que «eran Moisés y Elías que, aparecidos en forma gloriosa, hablaban de la salida de Jesús que iba a cumplirse en Jerusalén» (Lc 9,30-31).

Mientras los escuchaba hablar, Pedro tal vez recordó que las Escrituras ya habían anunciado que el Mesías iba a sufrir. «Fue maltratado, y él se dejó humillar, y no abrió su boca; como cordero llevado al matadero» (Is 53,7). «Han taladrado mis manos y mis pies. Puedo contar todos mis huesos. Ellos miran, me observan, se reparten mis ropas y echan a suertes mi túnica» (Sal 22,18-19). Ahora todo cuadraba. Por fin comenzaría a intuir el significado de aquellas misteriosas palabras que le habían llevado a reprender a Jesús. El Mesías sería un rey, pero no a la manera humana, sino un rey crucificado. «Su rostro radiante y sus vestidos resplandecientes, que anticipan la imagen de resucitado, ofrecen a estos hombres asustados *la luz*, la luz de la esperanza, la luz *para atravesar las tinieblas*: la muerte no será el fin de todo, porque se abrirá a la gloria de la resurrección. Jesús, pues, anuncia su muerte, los lleva al monte y les muestra lo que sucederá después, la resurrección»^[6]. La temida cruz, por tanto, no tendrá la última palabra. El Señor se refería a eso cuando le echó en cara que no sentía las cosas de Dios. Para Pedro la

crucifixión era signo de muerte y de fracaso, pero para Jesús lo será de vida y de salvación.

En la noche más oscura

Cuando Moisés y Elías dejaron de hablar, Pedro no pudo contenerse: «Señor, qué bien estamos aquí; si quieres haré aquí tres tiendas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías» (Mt 17,4). Cualquiera de nosotros habría dicho lo mismo. Cuando percibimos de manera clara la cercanía de Dios, experimentamos una alegría que nos gustaría que se prolongase indefinidamente. Algo similar ocurre también cuando vivimos un momento especialmente agradable: unos días de descanso, una reunión familiar, un plan con amigos... Pero todo eso, como el episodio del Tabor, tiene un inicio y un fin. Pretender eternizarlos, además de ser imposible, llevaría a alejarnos de la realidad y nos impediría acoger con serenidad y paz los momentos en los que la realeza de Dios parece oculta.

El Señor permitió que Pedro, Santiago y Juan pudieran contemplar su gloria como anticipo de la pasión, para que pudieran vivirla con fe y esperanza en la resurrección. «Jesús quiere que esta luz ilumine sus corazones cuando pasen por la densa oscuridad de su pasión y muerte, cuando el escándalo de la cruz sea insoportable para ellos. Dios es luz, y Jesús quiere dar a sus amigos más íntimos la experiencia de esta luz, que habita en él. Así, después de este episodio, él será en ellos una luz interior, capaz de protegerlos de los asaltos de las tinieblas. Incluso en la noche más oscura, Jesús es la luz que nunca se apaga»^[7].

Cuando en nuestra vida se presente la cruz, podemos hacer memoria de todos esos *encuentros* que hemos tenido con Cristo en el Tabor, en los que hemos notado de manera particular la felicidad de caminar junto a él. Y también entonces, aunque quizá tengamos la impresión de que esos recuerdos forman parte de un pasado que no volverá, sabemos que Dios no nos suelta de su mano. «A veces,

cuando todo nos sale al revés de como imaginábamos, nos viene espontáneamente a la boca: ¡Señor, que se me hunde todo, todo, todo...! Ha llegado la hora de rectificar: yo, contigo, avanzaré seguro, porque tú eres la misma fortaleza: “*Quia tu es, Deus, fortitudo mea*” (*Sal 42,2*).

»Te he rogado que, en medio de las ocupaciones, procures alzar tus ojos al cielo perseverantemente, porque la esperanza nos impulsa a agarrarnos a esa mano fuerte que Dios nos tiende sin cesar, con el fin de que no perdamos el punto de mira sobrenatural; también cuando las pasiones se levantan y nos acometen para aherrojarnos en el reducto mezquino de nuestro yo, o cuando –con vanidad pueril– nos sentimos el centro del universo. Yo vivo persuadido de que, sin mirar hacia arriba, sin Jesús, jamás lograré nada; y sé que mi fortaleza, para vencerme y para vencer, nace de repetir aquel grito: “todo lo puedo en aquel que me conforta” (*Flp 4,13*), que recoge la promesa segura de Dios de no abandonar a sus hijos, si sus hijos no le abandonan»^[8].

* * *

Pedro «todavía estaba hablando, cuando una nube de luz los cubrió y una voz desde la nube dijo: “Este es mi Hijo, el Amado, en quien me he complacido: escuchadle”» (*Mt 17,5*). Los tres discípulos, asustados por lo que acababan de oír, cayeron de bruces. Jesús se acercó a ellos y, tocándolos, dijo: «Levantaos y no tengáis miedo» (*Mt 17,7*).

Mientras bajaban la montaña, Pedro iría meditando sobre todo lo que había presenciado en los últimos días. Comenzaría a entender que «los padecimientos del tiempo presente no son comparables con la gloria futura» (*Rm 8,18*): por mucho que el Mesías tenga que sufrir, su victoria será mucho más grande. Sin embargo, todavía tendría un largo camino que recorrer para comprender plenamente el significado de estos episodios.

Muchos años después, en un clima de continua amenaza para la Iglesia naciente, Pedro escribirá una carta a los primeros cristianos en la que les animará a no perder la esperanza en medio de las dificultades:

«Os hemos dado a conocer el poder y la venida futura de Nuestro Señor Jesucristo, no siguiendo fábulas ingeniosas, sino porque hemos sido testigos oculares de su majestad. En efecto, él fue honrado y glorificado por Dios Padre, cuando la suprema gloria le dirigió esta voz: “Este es mi Hijo, el Amado, en quien tengo mis complacencias”. Y esta voz venida del cielo la oímos nosotros estando con él en el monte santo. Y tenemos así mejor confirmada la palabra de los profetas, a la que hacéis bien en prestar atención como a una lámpara que alumbra en la oscuridad, hasta que alboree el día y el lucero de la mañana amanezca en vuestros corazones» (2P 1,16-19).

Jaime Moya

[Volver al índice](#)

[Siguiente capítulo](#)

[1] *Forja*, n. 1.

[2] *Amigos de Dios*, n. 77.

[3] Francisco, *Ángelus*, 28-II-2021.

[4] *Ibíd.*

[5] *Es Cristo que pasa*, n. 114.

[6] Francisco, *Ángelus*, 28-II-2021.

[7] Benedicto XVI, *Ángelus*, 4-III-2012.

[8] *Amigos de Dios*, n. 213.

HACER DEL MUNDO UN HOGAR

La parábola del buen samaritano

Pocos edificios expresan de forma más certera la globalización de la sociedad contemporánea como un hotel. Si se reduce a sus componentes fundamentales, se trata de un techo y unos servicios para acoger a los clientes. Ahí estriba también su condición paradójica, ya que es un sitio anónimo y en cierto sentido despersonalizado que intenta suplir aquellos elementos que nos resultan más íntimos y necesarios; en definitiva, el propio hogar.

Por eso no puede dejar de llamar la atención que una parábola que pretende dar una respuesta a la pregunta «¿quién es mi prójimo?» (Lc 10,29) tenga como escenario una posada, un modesto hotel de pueblo. Parecería más lógico hablar de una familia o de la relación entre amigos para ejemplificar el amor genuino. Sin embargo, el Señor prefiere describir la relación entre tres desconocidos: un posadero, un samaritano y un herido. Aunque el relato de Cristo no ofrece todos los detalles del suceso, algo como lo que sigue quizá podría haber sucedido.

La mirada del posadero

Podemos imaginar que para el posadero el día está transcurriendo con la normalidad de siempre. Clientes que se marchan y clientes que llegan. Preparar la comida y ordenar las habitaciones. No es muy dado a preguntar a los forasteros sobre sus vidas. Si algo ha aprendido en estos años ha sido que no hay nada como la discreción. Lo considera parte de su oficio, como dar de comer, ofrecer un techo bajo el que dormir y un fuego en el que calentarse.

Pero esa aparente normalidad se desvanece cuando ve llegar a un samaritano acompañado de un judío malherido. Y no solo eso: le

sorprende la delicadeza extrema con que trata al enfermo. Sus heridas están vendadas y curadas; el jumento, preparado para un viaje rutinario, ha terminado portando el peso inerte de una persona casi muerta. El posadero entiende de primeras lo que ha ocurrido: «El milagro de una persona amable, que deja a un lado sus ansiedades y urgencias para prestar atención, para regalar una sonrisa»^[1].

Entre los dos llevan al judío a una habitación. Quizá el dueño del albergue se acerca a su pecho y comprueba que, efectivamente, sigue respirando. No puede evitar soltar un suspiro de alivio. Después de dejar al herido en la cama, baja las escaleras y se encuentra al samaritano contemplando, cansado, las llamas del fuego. Siente necesidad de acercarse a él para preguntarle por lo que había ocurrido. Es extraño, porque si algo respeta en su oficio es la discreción. Pero es tanto el cariño que ha visto en este extranjero que no se contiene. Se sienta a su lado y, mientras mira el mismo fuego, escucha con atención el relato del samaritano.

La emoción del samaritano

Imaginamos al forastero contando sus vivencias del día embargado por la emoción, pero con toda sencillez. Mientras el viento golpea ligeramente las débiles paredes del hostel, acepta el brebaje caliente que le ha ofrecido el posadero para reponer fuerzas. Las necesita, porque desde que había visto al herido tendido sin fuerzas en la vera del camino hacia Jericó no ha parado. No podía negar que, cuando lo vio, «se llenó de compasión» (Lc 10,33) y que sintió como «un rayo de compasión que le llegó al alma»^[2].

Había decidido entonces detenerse sin importarle demasiado sus negocios pendientes. Convirtió el alimento de su viaje, un poco de aceite y de vino, en el unguento con el que curó las heridas aún sangrantes. Después, con un jirón de su manto, improvisó un vendaje y montó al desdichado sobre su cabalgadura. De las palabras

entrecortadas del herido le había parecido entender que, poco antes de su llegada, un sacerdote que «bajaba por el mismo camino, lo vio, dio un rodeo y pasó de largo» (Lc 10,31), y que igual hizo un levita. Cuando el samaritano acaba el relato se percata de la cara de admiración de su anfitrión. Pero los dos se dan cuenta de que se ha hecho tarde. Se desean un feliz descanso y se dirigen a sus respectivas habitaciones.

Los recuerdos del judío

En medio del silencio de la noche, el pobre judío parece despertarse. No sabe dónde se encuentra. Lo único que puede afirmar con certeza es que todo el cuerpo le duele y, al mismo tiempo, siente en su alma un dolor más profundo que el de sus heridas y magulladuras. Tal vez la cabeza se va rápidamente a sus seres queridos, preocupados al no tener noticias de él. Por eso intenta levantarse para volver a casa, pero comprueba que es imposible.

Quizá el judío empieza a repasar mentalmente todo lo que había sucedido en esa jornada. Recuerda bien «los salteadores que, después de haberlo despojado, le cubrieron de heridas y se marcharon, dejándolo medio muerto» (Lc 10,30). Lo que ocurrió después no lo tiene claro. En su cabeza tiene aquellas personas que lo vieron y pasaron de largo mientras él, como podía, suplicaba una ayuda.

Una imagen, la del samaritano, le asalta, y entiende que ha sido él quien le ha curado y llevado a este lugar. No sabe cómo expresar su agradecimiento a este extranjero. Nadie le había llamado a complicarse la vida de esta manera. En cambio, ahí estaba. «Cuando se hace justicia a secas, no os extrañéis si la gente se queda herida: pide mucho más la dignidad del hombre, que es hijo de Dios. La caridad ha de ir dentro y al lado, porque lo dulcifica todo, lo deifica: Dios es amor. Hemos de movernos siempre por amor de Dios, que

torna más fácil querer al prójimo, y purifica y eleva los amores terrenos»^[3].

* * *

A la mañana siguiente, el samaritano, «sacando dos denarios, se los dio al posadero y le dijo: “Cuida de él, y lo que gastes de más te lo daré a mi vuelta”» (Lc 10,35). No se trataba de una petición corriente. Aunque el samaritano lo estaba invitando a realizar una tarea que estaba relacionada con su trabajo profesional, claramente iba más allá de lo que se le podía exigir. ¿Desde cuándo una posada era un sitio para cuidar a los heridos? Además, el posadero tendría otros trabajos, su propia familia, planes pendientes. Pero entre ellos ya se había despertado la confianza que surge del verdadero cariño hacia los más necesitados. El día anterior, el posadero había descubierto que todos los hombres «estamos invitados a convocar y encontrarnos en un ‘nosotros’ que sea más fuerte que la suma de pequeñas individualidades»^[4]. El amor desinteresado del extranjero le había abierto los ojos para percibir la caridad y el servicio que se esconde en cualquier trabajo bien hecho, también en el suyo, porque «cada uno en su tarea, en el lugar que ocupa en la sociedad ha de sentir la obligación de hacer un trabajo de Dios, que siembre en todas partes la paz y la alegría del Señor»^[5]. El techo de su posada era ahora más que un mero techo, porque había cobijado a un herido; el sudor de su frente con el que luchaba por conseguir el sustento necesario para su familia había confortado también a un necesitado.

En este sentido, Jesús nos invita a través de la parábola sobre el buen samaritano a transformar el hotel de este mundo globalizado en un verdadero hogar para todos los hombres y mujeres; en un sitio en el que «se universaliza el concepto de prójimo, pero permaneciendo concreto»^[6], siguiendo el ejemplo de Cristo que, siendo Dios, ha querido hacerse hombre para estar muy cerca de cada uno de

nosotros. Él mismo nos dirige las palabras con las que concluye la explicación de esta parábola: «Pues anda, y haz tú lo mismo» (Lc 10,37).

Gaspar Brahm

[Volver al índice](#)

[Siguiete capítulo](#)

- [1] Francisco, *Fratelli tutti*, n. 224.
- [2] Joseph Ratzinger, *Jesús de Nazaret I*, p. 238.
- [3] *Amigos de Dios*, n. 172.
- [4] Francisco, *Fratelli tutti*, n. 78.
- [5] *Amigos de Dios*, n. 70.
- [6] Benedicto XVI, *Deus caritas est*, n. 15.

EN EL COBIJO DE JESÚS

Un día en Betania

En toda película hay momentos en los que la trama da un respiro al espectador. De este modo, le da tiempo para que pueda entender el argumento, maravillarse con la banda sonora, contemplar la fotografía... Puede que no sean partes tan importantes como otras para el desarrollo de la historia, pero ayudan a disfrutar aún más de la película en todo su conjunto.

Algo similar ocurre con ciertos episodios del Evangelio. Jesús no se encuentra siempre pronunciando discursos a las multitudes u obrando grandes milagros. Algunas veces los evangelistas se detienen a mostrar cómo descansaba con los apóstoles o en uno de sus lugares preferidos: Betania. Ahí podía reposar porque en ese hogar se sentía especialmente querido y quizá podía descansar de las conversaciones que tenía con quienes se dedicaban a retorcer sus palabras para acusarle. «Nos metemos en aquella casa de Betania, cobijo abierto continuamente a Jesús; ahí, el Señor tiene un hogar, como os he repetido en tantas ocasiones; un hogar como el que debe encontrar en nuestros corazones (...). Me conmueve Betania; siempre me ha conmovido»^[1].

Un ataque de nervios

Los evangelios nos cuentan que aquel lugar tuvo el privilegio de ver uno de los mayores milagros de Nuestro Señor: la resurrección de su amigo Lázaro después de cuatro días de su defunción. Es también donde Jesús nuevamente fue recibido cuando se hospedó en casa de Simón el leproso, seis días antes de su pasión. Pero, sobre todo, muy cerca de Betania es donde Jesucristo ascendió a los cielos.

San Lucas nos habla de cómo transcurrió una de esas estancias del Señor en Betania, con la normalidad que caracteriza un encuentro entre amigos (cfr. *Lc 10,38-41*). Jesús se dirigía a Jerusalén, pero cuando faltaban solo tres kilómetros decidió hacer un alto en el camino: «Entró en cierta aldea, y una mujer que se llamaba Marta le recibió en su casa» (*Lc 10,38*).

Es fácil imaginarse la emoción que debió de invadir a Marta cuando Jesús aceptó su invitación. Pero a esa alegría le acompañaría también cierto nerviosismo. Como buena dueña del hogar, quería que la estancia del Maestro fuese lo más agradable posible, así que rápidamente se puso con los preparativos. Mientras, los invitados iban entrando. Jesús y sus acompañantes saludaron a María y a Lázaro y rápidamente se acomodaron. Llevaban unos cuantos kilómetros a sus espaldas y no veían el momento de tomar un respiro antes de llegar al ajetreo de Jerusalén. Sin duda Betania era el lugar más indicado.

Pronto Jesús comienza a hablar. Desconocemos el tema de la conversación, pero sí sabemos que María está sentada a sus pies, escuchando sus palabras (cfr. *Lc 10,39*). Se queda embelesada oyendo su voz amable. Entretanto, Marta sigue ocupada en el afán de agasajar al Señor como se merece. Siguiendo las costumbres, quiere dar a Jesús lo mejor: agua para los pies, aceite para ungir su cabeza... Se esmera para que lleguen los distintos platos, para que todo esté en orden, a la temperatura justa, para que no falte nada. Es el modo que tiene de expresar su amor al Señor. Pero el tiempo que tiene no le basta. Ve que no consigue llegar a todo, que las vasijas se acumulan y que quedan muchas cosas por preparar. Corre de un lugar a otro, pero experimenta la impotencia de no llegar a todo lo que ve que es necesario. Su estado de ánimo se angustia cada vez más. Mientras sigue realizando los servicios, continúa razonando para sus adentros. Se agobia y, en un fácil cálculo, llega a la conclusión de que, si su hermana la ayudase, todo cambiaría. Marta tiene en su mente lo que

queda por hacer; María, en cambio, está ajena a esa labor. A la preocupación, Marta añade la indignación de ver la pasividad de su hermana. Cada vez ve más claro que la solución de sus problemas está en la ayuda de María.

Llega un momento en que Marta no puede más e irrumpe en medio de la conversación, dirigiéndose directamente al Maestro: «Señor, ¿no te importa que mi hermana me deje sola en las tareas de servir? Dile entonces que me ayude» (Lc 10,40). Marta es una mujer de carácter decidido y noble. Manifiesta claramente sus sentimientos, sin rodeos. En otra ocasión no tendrá ningún reparo en reprochar al Señor su ausencia: «Si hubieras estado aquí, no habría muerto mi hermano» (Jn 11,21). Y ahora no le importa interrumpir y expresar a Jesús su enojo delante de todos.

Marta podría haber disimulado su apuro, su desasosiego; podría haberse acercado discretamente a su hermana, procurando que nadie lo notase, y requerir su ayuda. En cambio, ha optado por dirigirse al Maestro y se siente «incluso con el derecho de criticar a Jesús»^[2]. En cualquier caso, su petición parece de lo más razonable. Cualquiera de nosotros la habría hecho. Quizá a los circunstantes les pudo parecer una intromisión inoportuna, un reclamo hacia cosas de menor importancia cuando se estaban tratando cuestiones mucho más elevadas. Pero a todos les parecería muy justa la reivindicación de Marta y posiblemente más de uno se preguntara qué hacía María ahí quieta sin ayudar a su hermana.

Un reproche lleno de cariño

A la petición inquieta de Marta respondió la voz sosegada de Jesucristo: «Marta, Marta, tú te preocupas y te inquietas por muchas cosas. Pero una sola cosa es necesaria: María ha escogido la mejor parte, que no le será arrebatada» (Lc 10,41-42). El Evangelio ha recogido este modo tan amable de responder del Señor. Cuando alguien pronuncia en una conversación el nombre de su interlocutor,

está dando un acento de especial confidencia. En este caso Jesús lo hizo dos veces, lo que hace indicar el afecto que le tenía. El tono de su voz era de un cariñoso reproche, de una llamada a que se diese cuenta de algo que había pasado por alto.

¿Por qué Marta se lleva esta reprensión, si era la que estaba sirviendo a sus invitados? «Porque consideró esencial solo lo que estaba haciendo, es decir, estaba demasiado absorbida y preocupada por las cosas que había que hacer. En un cristiano, las obras de servicio y de caridad nunca están separadas de la fuente principal de cada acción nuestra: es decir, la escucha de la Palabra del Señor, el estar –como María– a los pies de Jesús, con la actitud del discípulo»^[3].

En cierto sentido, se podría decir también que Marta envidiaba a su hermana. Tal vez su queja iría precedida de una sucesión de lamentos internos: «¿Por qué tengo que hacer yo todo? Siempre es la misma historia: yo trabajando y ella como si nada». Aunque es verdad que esos razonamientos podían estar fundados, su planteamiento le impide *disfrutar* del privilegio de servir; es decir, en el fondo piensa que la afortunada es María, pero no cae en la cuenta de que también ella lo es por poder hacer la vida agradable a Cristo y a sus discípulos. Así es como actúa el vicio de la envidia: nos hace despreciar lo que tenemos entre manos y nos entristece ante las cosas buenas que tienen los demás.

Jesús entendía el problema de Marta. Por eso no le pidió que cambiase *externamente*, que dejase todo lo que tenía entre manos y se sentase a escuchar. ¿Cómo habrían podido comer y descansar del viaje el resto de acompañantes? El cambio que le pidió era principalmente *interno*: le invitaba a vivir sus quehaceres con otra actitud. Marta estaba haciendo muchas cosas, pero se había olvidado de lo más importante: Jesús estaba en su casa y ella... ¡no escuchaba sus palabras!

La narración del evangelista termina aquí. Pero nosotros podemos imaginar cómo prosiguió la escena. Es posible que María se hubiese levantado apenas oyó la voz de su hermana; pero tal vez, al sentirse avalada por lo que había dicho Jesús, siguió sentada a sus pies. Lo más seguro es que Marta continuara sirviendo, pero de una manera distinta, mucho más serena. Trabajaría sin perderse ni una sola palabra que salía de los labios de su Maestro. Valoraría el bien que estaba haciendo a los demás, sin caer en comparaciones. No olvidaría a quién tenía a su lado ni para quién estaba trabajando. En definitiva, había aprendido cuál era el verdadero sentido de sus quehaceres: «La persona humana debe trabajar, sí; empeñarse en las ocupaciones domésticas y profesionales; pero ante todo tiene necesidad de Dios, que es luz interior de amor y de verdad. Sin amor, hasta las actividades más importantes pierden valor y no dan alegría. Sin un significado profundo, toda nuestra acción se reduce a activismo estéril y desordenado. Y ¿quién nos da el amor y la verdad sino Jesucristo?»^[4].

Ese cambio de actitud que Jesús pidió a Marta –y a cada uno de nosotros– solo es posible a través del amor. No es un simple esforzarse por poner más atención o esmero en las tareas de cada día: se trata de trabajar sintiéndonos mirados por el Señor. De este modo, el trabajo se convierte en un acto de amor constante, un *te quiero* continuo, que va más allá de lo que podemos repetir con nuestros labios o nuestros pensamientos. «Sobran las palabras, porque la lengua no logra expresarse; ya el entendimiento se aquieta. No se discurre, ¡se mira! Y el alma rompe otra vez a cantar con cantar nuevo, porque se siente y se sabe también mirada amorosamente por Dios, a todas horas»^[5].

Eduardo Baura

[Volver al índice](#)

Siguiente capítulo

- [1] San Josemaría, *Meditación*, 22-VII-1964.
- [2] Benedicto XVI, *Audiencia*, 18-VII-2010.
- [3] Francisco, *Audiencia*, 21-VII-2013.
- [4] Benedicto XVI, *Audiencia*, 18-VII-2010.
- [5] *Amigos de Dios*, n. 307.

ABRAZAR LA CONDICIÓN DE HIJOS

La parábola del hijo pródigo

Los fariseos y escribas estaban murmurando entre sí. Empezaron a hacerlo cuando Jesús había aceptado a un publicano que quería hablar con él. La primera vez que vieron algo así debieron de pensar que, como Jesús no era de esa zona, podía no saber con quién se estaba encontrando; pero cuando, después de habérselo hecho notar, fue a comer a casa de otro pecador público, es fácil concluir que ya no les quedó ninguna duda: «Este no puede ser un profeta, por mucho que diga la gente». Por eso lo criticaban por lo bajo: no entendían que pasara tiempo con esas personas. Como respuesta, Jesús les contó tres parábolas para que comprendieran cómo es verdaderamente el amor de Dios.

Primero relató la del pastor que abandona todo su rebaño para recuperar su oveja perdida (cfr. *Lc 15,4-7*). A continuación, la de aquella mujer que revuelve y barre toda la casa hasta encontrar la dracma desaparecida (cfr. *Lc 15,8-10*). Y, por último, se detiene en un relato más largo y detallado: la historia de un padre que es rechazado por sus hijos (cfr. *Lc 15,11-32*).

Una vida que no es vida

«Un hombre tenía dos hijos. El más joven de ellos le dijo a su padre: “Padre, dame la parte de la hacienda que me corresponde”. Y les repartió los bienes» (*Lc 15,11-12*). El hijo menor reclama como un derecho algo que todavía no le pertenece. No desea esperar a recibir lo que en el futuro será suyo, y exige ahora mismo la herencia. Sin poner ninguna objeción, su padre «repartió los bienes» (*Lc 15,12*), todo el fruto de su trabajo. Y quizá lo hace porque sus hijos han sido el motivo de sus esfuerzos, la razón por la que ha forjado una

hacienda lo suficientemente grande como para tener criados y campos en abundancia.

«No muchos días después, el hijo más joven lo recogió todo y se fue a un país lejano» (Lc 15,13). «Probablemente lejano desde un punto de vista geográfico, porque quiere un cambio, pero también desde un punto de vista interior, porque quiere una vida totalmente diversa. Ahora su idea es: libertad, hacer lo que me agrada, no reconocer estas normas de un Dios que es lejano, no estar en la cárcel de esta disciplina de la casa, hacer lo que me guste, lo que me agrada, vivir la vida con toda su belleza y su plenitud»^[1].

Lejos de su hogar, durante un periodo se sentiría *feliz* malgastando «su fortuna viviendo lujurosamente» (Lc 15,13). Finalmente tenía aquello que llevaba anhelando desde hacía tiempo. Pero, después, volvió a experimentar una sensación de soledad y aburrimiento como la que le había llevado a dejar la casa de su padre, pero esta vez mucho mayor. «Percibe cada vez con mayor intensidad que esa vida no es aún la vida; más aún, se da cuenta de que, continuando de esa forma, la vida se aleja cada vez más. Todo resulta vacío: también ahora aparece de nuevo la esclavitud de hacer las mismas cosas»^[2].

Aquel hijo había fundado toda su felicidad sobre la arena del dinero y de los placeres. Por eso, en cuanto se le acabó su patrimonio y llegó una gran hambre a aquella región, «empezó a pasar necesidad» (Lc 15,14). Así de rápida fue la transición de la euforia a la amargura. Tan desesperado estaba, que se puso a cuidar cerdos y «le entraban ganas de saciarse con las algarrobas que comían» (Lc 15,16). Había soñado con una existencia llena de emociones intensas y sin ningún tipo de ataduras, y ahora se conformaba con tomar el alimento de los cerdos. Fue en ese instante cuando se dio cuenta de que su nivel de vida estaba incluso por debajo del de aquellos animales. «Recapacitando, se dijo: “¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen pan abundante mientras yo aquí me muero de hambre!”» (Lc 15,17).

Como se observa, al hijo menor le mueve el estómago. No se detiene a pensar en la afrenta que ha hecho a su padre al reclamar la herencia antes de su muerte. Tampoco considera las consecuencias que ha tenido su pecado para otros –el dolor causado a su familia, la indignación suscitada en tantos conocidos, el mal ejemplo que ha dado y el escándalo que ha provocado– o para sí mismo –cómo ha llegado a estar en la situación en que se encuentra, cuáles han sido sus errores–. Sencillamente se acuerda del pan que tomaba en casa. Y probablemente le vendrían a la memoria tantos recuerdos de su hogar: momentos de infancia, el cariño de su padre, las conversaciones con su hermano, la satisfacción por el deber cumplido después de un día de trabajo... Por eso toma una resolución: «Me levantaré e iré a mi padre y le diré: “Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo; trátame como a uno de tus jornaleros”» (Lc 15,18-19).

El anhelo del padre

Su padre no había vuelto a ser el que era. Desde que su hijo menor había abandonado el hogar, seguramente aparecía triste y dolido; quién sabe qué pasaría por su cabeza y su corazón. Es muy probable que se preguntara con frecuencia: «¿Qué habrá sido de él? ¿Dónde se encontrará ahora? ¿Estará bien?». No le preocupaba tanto la afrenta que le había dirigido y que hubiese incumplido uno de los mandamientos de la ley: «Honra a tu padre y a tu madre» (Ex 20,12). Le provocaría dolor pensar en el daño que se había causado y estaría sufriendo su hijo, las consecuencias que tendrían las acciones del muchacho en su propia vida. Porque este, al fin y al cabo, era el verdadero drama de esa situación: el mal que se estaba haciendo a sí mismo.

Todos los días subía a la terraza con la esperanza de ver a su hijo regresando por el camino. Así transcurrieron los meses hasta que, en una ocasión, vio a lo lejos una persona que se acercaba a su hacienda. Aunque por la distancia parecía imposible reconocer quién era, el

padre lo tenía claro: era él. «Y corriendo a su encuentro, se le echó al cuello y le cubrió de besos» (*Lc 15,20*).

Lo más profundo del corazón del padre estaba anhelando este momento. Por eso es incapaz de contenerse. Cuando el hijo empieza su discurso preparado para obtener su perdón –«Padre, he pecado contra el cielo y contra ti»–, parece que él ni siquiera le escucha. No le interesan las palabras calculadas. Lo único que desea es festejar este momento por todo lo alto: «Pronto, sacad el mejor traje y vestidle; ponedle un anillo en la mano y sandalias en los pies; traed el ternero cebado y matadlo, y vamos a celebrarlo con un banquete» (*Lc 15,22-23*). No quiere que su hijo viva reprendido al recordar sus pecados pasados. De ahí que le ofrezca una acogida cálida, cómoda. «El padre podría decir: está bien hijo, vuelve a casa, vuelve a trabajar, vete a tu habitación, prepárate y ¡al trabajo! Y este habría sido un buen perdón. ¡Pero no! ¡Dios no sabe perdonar sin hacer fiesta! Y el padre hace fiesta, por la alegría que tiene porque ha vuelto el hijo»^[3].

El hijo se siente sobrecogido ante semejante manifestación de amor. A pesar de saberse indigno de ser considerado y tratado como hijo, nunca había dejado de reconocer a su padre como tal. Al empezar su preparado discurso –«no soy digno de ser llamado hijo tuyo; trátame como a uno de tus jornaleros»–, no pudo evitar empezar llamando a aquel que tenía delante como quien realmente es: «¡Padre!». En ese momento, se dio cuenta de que, aunque el hambre le había puesto en movimiento, era otro el motivo profundo que le había llevado a volver a casa: su padre siempre es padre, por mucho que él no sea digno de ser llamado hijo.

Ante el abrazo paterno, se empieza a deshacer la máscara de autosuficiencia e independencia que se había puesto al dejar el hogar. Reconoce que la felicidad de estar junto a su padre es mucho más profunda que la que pudo obtener de otros placeres. Y es también más segura, porque ni siquiera sus pecados le han impedido

reconquistarla: «Sí, tienes razón: ¡qué hondura, la de tu miseria! Por ti, ¿dónde estarías ahora, hasta dónde habrías llegado?... “Solamente un Amor lleno de misericordia puede seguir amándome”, reconocías. –Consuélate: él no te negará ni su amor ni su misericordia, si le buscas»^[4].

Con el corazón en el premio

Ajeno a este encuentro, el hijo mayor ha pasado, como siempre, el día en el campo. Desde que se fue su hermano menor, él ha tenido que arrimar más el hombro, y ha cargado sobre sí más responsabilidades de las que solía llevar. Sus días se pasan entre los trabajos en la finca y las responsabilidades de la casa. Con frecuencia, especialmente cuando las jornadas son más intensas y absorbentes, no puede evitar que su imaginación vuele a donde quiera que esté su hermano menor.

Quizá hace ya tiempo que decidió olvidarlo y es posible que incluso se enfade cuando su padre hace la más mínima alusión a ese hijo suyo, reprochándole que se atreva a seguir recordando a semejante desagradecido. Ve la tristeza en los ojos de su padre, pero no está dispuesto a dedicarle ni un segundo al que, según él, es la fuente de los disgustos en el hogar. Quién sabe si, a pesar de sus esfuerzos por no pensar en él, se encuentra frecuentemente fantaseando con cómo sería su vida si él hubiera tomado la decisión de marcharse. A veces, se siente culpable por desear abandonar la casa paterna porque no debería hacerlo: tiene que cumplir las expectativas que ahora recaen solo sobre él, el único hijo. Podemos imaginar que andaba inmerso en esos pensamientos en su regreso a casa cuando, al acercarse, oyó la música y los cantos. Se sorprendió y llamó a uno de los siervos para averiguar qué pasaba. «Ha llegado tu hermano, y tu padre ha matado el ternero cebado por haberle recobrado sano» (*Lc 15,27*).

No daba crédito a lo que estaba sucediendo. ¿Cómo podía volver aquel que había causado tanto dolor a su familia? ¡Y encima le

organizan una fiesta! Se negaba a participar en semejante locura. Y cuando su padre intentó convencerle para que entrara, el hijo estalló: «Mira cuántos años hace que te sirvo sin desobedecer ninguna orden tuya» (Lc 15,29). Todo lo que durante largo tiempo había callado salió a borbotones de su alma. No puede llamar a aquel hombre padre porque no lo reconoce como tal. Él, que ha obedecido siempre para poder ser digno de ser llamado hijo de su padre, para poder vivir en la hacienda familiar como hijo del dueño, no ha recibido nada a cambio de su obediencia: «Nunca me has dado ni un cabrito para divertirme con mis amigos» (Lc 15,29).

El hijo mayor vivía en una lógica distinta a la de su padre. Se había comportado bien y, por tanto, merecía un premio; en cambio, su hermano, que había actuado mal –«devoró tu fortuna con meretrices» (Lc 15,30)–, merecía un castigo, y no una fiesta. En el fondo su corazón no disfrutaba del hogar paterno: su única esperanza estaba puesta en la recompensa que obtendría. Por pensar en sí mismo, tampoco fue capaz de valorar el arrepentimiento profundo que subyacía en la actitud de su hermano.

La libertad del hogar

El padre escucha con creciente tristeza las amargas protestas de su hijo mayor. Presta atención a cada una de sus recriminaciones. Le duele que su hijo amado entienda su relación con él solo en términos legales de estricta obediencia y retribución; que no haya visto el tiempo pasado en casa como una fuente de alegría. Este «puede ser también nuestro problema, nuestro problema entre nosotros y con Dios: perder de vista que es Padre y vivir una religión distante, hecha de prohibiciones y deberes»^[5].

En cualquier caso, el padre decide no recriminarle su perspectiva, ni criticar su visión legalista. Tampoco minusvalora su dedicación y entrega, su fidelidad innegable y constante. No le dice: «No esperaba menos de ti», ni «Es lo que tenías que hacer». En cambio, lo que le

propone es un nuevo modo de mirar su presencia en la casa paterna y de entender lo que realmente vale la pena: «Hijo, tú siempre estás conmigo, y todo lo mío es tuyo» (Lc 15,31). Vivir con libertad en el hogar de su padre, disfrutar de su condición de hijo, es mucho más grande que cualquier ternero cebado.

«No es emancipándonos de la casa del Padre como somos libres, sino abrazando nuestra condición de hijos»^[6]. El hijo mayor, al añorar la vida de su hermano y menospreciar su propia fidelidad, está rechazando su verdad más íntima^[7]. Se encuentra, en definitiva, en conflicto consigo mismo. «Por eso, qué liberador es saber que Dios nos ama; qué liberador es el perdón de Dios, que nos permite volver a nosotros mismos, y a nuestra verdadera casa. Al perdonar a los demás, en fin, experimentamos también esa liberación»^[8].

* * *

Jesús concluye la parábola abruptamente. Los fariseos y los escribas le miran intrigados, expectantes por saber cómo terminará esta historia. Muchos se han percatado de las coincidencias entre las tres parábolas: mientras la oveja y el hijo menor se pierden lejos del rebaño y del hogar, la dracma y el hijo mayor, aun estando en casa, están también perdidos. Y Dios actúa como el pastor, como la mujer, como el padre.

Algunos oyentes entienden por qué el Señor no cuenta las reacciones de los hijos. ¿Qué hizo el hijo menor al verse sobrepasado por la bondad del Padre? ¿Entraría el hijo mayor en la fiesta o se alejaría de la casa? Los publicanos y pecadores ya han respondido. Ahora les toca a los fariseos y escribas aceptar o rechazar la invitación de Jesús.

Jaime Moya

[Volver al índice](#)

Siguiente capítulo

[1] Benedicto XVI, *Homilía*, 18-III-2007.

[2] *Ibíd.*

[3] Francisco, *Ángelus*, 27-III-2022.

[4] *Forja*, n. 897.

[5] Francisco, *Homilía*, 27-III-2022.

[6] Mons. Fernando Ocáriz, *Carta pastoral*, 9-I-2018.

[7] Cfr. *Amigos de Dios*, n. 26.

[8] Mons. Fernando Ocáriz, *Carta pastoral*, 9-I-2018.

MÁS ALLÁ DE LA TRAMA

La parábola del fariseo y el publicano

Como en el buen cine, la riqueza de los pasajes evangélicos va más allá de la *trama principal*. Existen otras *subtramas*, con significados profundos, que responden a una gran variedad de circunstancias y lectores. Y muchas veces el guion presentará un desenlace que dejará desconcertados a los *espectadores*.

La parábola del fariseo y el publicano (cfr. *Lc 18,9-14*) tiene una trama bien definida. San Lucas expone su interpretación por anticipado: se refiere «a algunos que confiaban en sí mismos teniéndose por justos y despreciaban a los demás» (*Lc 18,9*). De primeras, uno quizá puede pensar: «Este episodio no va conmigo porque mis problemas son ahora otros». Pero ¿el texto no ofrece otros sentidos? ¿Qué sorpresas deparará el relato? Solo si buceamos en las palabras de Jesús descubriremos esas *subtramas* que ayudarán a orientar nuestra vida.

Las sorpresas del Evangelio

Las parábolas de Jesús son muy dadas a las sorpresas. En las historias que cuenta siempre hay algo de inusual. Muchas veces sus protagonistas y sus acciones nos desconciertan: un patrón que determina el salario sin proporción al trabajo realizado, un servidor que arrastra una deuda propia de una multinacional, un padre que organiza una fiesta para acoger a un hijo sin exigir la justa reparación, un juez y un administrador corruptos... Pero este no es el caso de la parábola del fariseo y el publicano. En ella sus protagonistas son más bien *normalitos*, conocidos por los oyentes de la época y por nosotros: uno vive dedicado a la causa de Dios y el otro es considerado un traidor por recaudar impuestos para el

pueblo extranjero. La trama, por tanto, no presenta muchas sorpresas en un primer vistazo.

Pero donde sí encontramos un elemento que rompe los esquemas es en la perspectiva. Jesús nos da un enfoque insólito: nos hace testigos del diálogo de dos personas con Dios, nos permite entrar allí donde solo el Señor mismo y el interesado tienen acceso. En una situación normal podríamos juzgar las acciones visibles, pero no las intenciones, ya que no están a nuestro alcance. Por eso podemos siempre salvar la intención del que actúa, pues para nosotros normalmente permanecerá oculta: «Mientras interpretes con mala fe las intenciones ajenas, no tienes derecho a exigir comprensión para ti mismo»^[1].

En cambio, en esta parábola que Jesús construye se nos permite nada más y nada menos que contemplar la competencia divina para juzgar. Nuestra mirada no es solo externa, sino que escuchamos la oración de uno y de otro.

La oración del fariseo es de acción de gracias. De entrada, no presume ante Dios, sino que le agradece, dando por supuesto que es el apoyo divino el que le ha permitido comportarse como se ha comportado: «Oh Dios, te doy gracias porque no soy como los demás hombres» (*Lc 18,11*). Si atribuye al Señor el no haber cometido robos, injusticias o adulterios de los que sea consciente, está también dando a entender que sin el auxilio divino podría haber caído en todo eso. Y ciertamente no es como un publicano, ni en su trabajo, ni a la luz de sus conciudadanos, ni en su compromiso religioso. Respecto a esto último, incluso se excede, pues describe unas prácticas religiosas que van más allá de lo prescrito al piadoso israelita: ayuna dos veces por semana y paga el diezmo de sus posesiones.

El publicano, por su parte, tiene poco por lo que dar gracias y se limita a refugiarse en la misericordia divina: «Oh Dios, ten compasión de mí, que soy un pecador» (*Lc 18,13*). Es como un

resumen que representa un arrepentimiento real. La descripción de sus gestos corporales –«se golpeaba el pecho» (Lc 18,13)– expresa que está sinceramente dolido de lo que no ha hecho bien.

Una no justificación insólita

Ahora que hemos sido testigos de una y otra oración, estamos en condiciones de emitir nuestro juicio. Pero, antes de poder hacerlo, Jesús se adelanta y nos muestra la segunda sorpresa.

Primero, afirma que el publicano «bajó justificado a su casa» (Lc 18,14). Nos parece bien y lógico. Bien, porque queremos apoyar el deseo divino: «¿Acaso me agrada la muerte del impío, oráculo del Señor Dios, y no que se convierta de sus caminos y viva?» (Ez 18,23). Lógico, porque la infinita misericordia de Dios no espera más que el arrepentimiento sincero para obrar esa maravilla de la justificación.

Ahora bien, lo que rompería los moldes de los oyentes de la época sería el «aquel no» (Lc 18,14), es decir, la afirmación contundente de que el fariseo no bajó justificado a su casa. La muchedumbre, desconcertada, se comenzaría a preguntar: «¿Nada cuenta el empeño del fariseo por cumplir con exceso sus deberes hacia Dios? ¿Vamos a entender que lo que une a Dios es el pecado? El fariseo no puede ser perdonado de robos que no cometió. ¿Qué debería haber dicho? ¿Cuál es el problema?».

Una posible respuesta a esta pregunta nos la puede dar la introducción de san Lucas a esta parábola: es una historia sobre personas que desprecian a otros teniéndose por justos. Despreciar a los otros está evidentemente mal. Y fácilmente se llega a esa situación por comparación. Podría parecer lógico que el fariseo se sintiera aventajado al compararse con un pecador público. El problema no está en ese sentimiento, sino en la comparación misma. El fariseo define su vida por comparación con los «demás hombres» y, aprovechando las circunstancias, con el publicano que tiene al lado. En ese proceso hay un error de fundamento. El valor de una

vida es el que tiene a los ojos de Dios y todas las comparaciones del mundo no son capaces de emular ni de lejos el alcance de la mirada divina. En el fondo, quien se compara, no es del todo feliz, porque valora constantemente las acciones de los demás y necesita que la gente admire las propias obras.

Al despreciar al publicano que tiene delante, el fariseo está descuidando el mandamiento más importante: amar a Dios y al prójimo. En el primer caso, porque se pone en su lugar y cree que puede juzgar a los hombres; en el segundo, porque en lugar de dirigir al publicano una mirada de misericordia se fija solamente en su pecado. «Podemos mirarnos dentro y ver si también nosotros consideramos a alguien inferior, descartable, aunque solo sea con palabras. Recemos para pedir la gracia de no considerarnos superiores, de creer que tenemos todo en orden, de no convertirnos en cínicos y burlones»^[2].

La comparación sirve como recurso para aquietar la conciencia. No porque revele motivos para estar serenos, sino porque esconde la luz que revelaría lo que necesita ser redimido. «El pecado de los fariseos no consistía en no ver en Cristo a Dios, sino en encerrarse voluntariamente en sí mismos; en no tolerar que Jesús, que es la luz, les abriera los ojos. Esta cerrazón tiene resultados inmediatos en la vida de relación con nuestros semejantes. El fariseo que, creyéndose luz, no deja que Dios le abra los ojos, es el mismo que tratará soberbia e injustamente al prójimo»^[3].

De este modo, el fariseo es incapaz de definir por qué va a tener necesidad de la misericordia de Dios. Y no es pequeño el problema, porque solo la misericordia divina nos puede llevar a la meta –nos puede salvar– y no nuestras solas fuerzas.

El interrogante que suscita el rechazo de la oración del fariseo lo producen también otras palabras de Jesús: «No he venido a llamar a los justos sino a los pecadores» (*Mt 9,13*). Pero uno podría

preguntarse: «¿Y los justos? ¿Tiene uno que buscar positivamente el pecado para que Jesús lo llame?». De alguna manera, san Pablo sale al paso de esta cuestión: «¿Tendremos que permanecer en el pecado para que la gracia se multiplique? ¡De ninguna manera! Los que hemos muerto al pecado ¿cómo vamos a vivir todavía en él?» (Rm 6,1-2). Se trataría, por tanto, de un planteamiento que pervierte la lógica de lo que el Señor pretende. El pecado nunca es deseable, pero «si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros» (1Jn 1,8). Y lo crucial no es el pecado en abstracto, sino el mío en concreto. Es decir, o descubro *mi indigencia*, o no me abriré a la misericordia de Dios, que es la única que me puede salvar.

Desde este punto de vista, la ventaja que tiene el publicano no es el pecado, sino el clamor general de su entorno que le recuerda que es un pecador. Su indigencia es palmaria, pública, proclamada. Su único recurso es: «Oh, Dios, ten compasión de mí». El publicano nos presenta así cuál es el camino a seguir: «Actúa como un humilde, seguro solo de ser un pecador necesitado de piedad. Si el fariseo no pedía nada porque tenía ya todo, el publicano puede solo mendigar la misericordia de Dios. Y esto es bello. Mendigar la misericordia de Dios. Presentándose *con las manos vacías*, con el corazón desnudo y reconociéndose pecador, el publicano muestra a todos nosotros la condición necesaria para recibir el perdón del Señor. Al final justamente él, despreciado así, se convierte en icono del verdadero creyente»^[4].

El inesperado desenlace

Y finalmente, cuando uno quiere sacar consecuencias de todo esto, llega el *giro de guion*, la sorpresa final. El fariseo mira al publicano, lo desprecia... ¡y yo me doy cuenta de que estoy despreciando al fariseo por despreciar al publicano! Descubro con sorpresa que la referencia a esos «que confiaban en sí mismos teniéndose por justos y despreciaban a los demás» no tiene como destinatarios solo a unos

personajes de otra época, sino que su función es poner en guardia ante una amenaza concreta y continua para aquel que quiere ponerse de parte de Dios.

Uno que lee habitualmente el Evangelio en principio está vitalmente más cerca del fariseo que del publicano. Lo más probable es que no sea un delincuente, que no cometa tropelías clamorosas, que no lleve un estilo de vida deshonesto o contrapuesto al ideal cristiano. Por eso interesa mucho recordar que Jesús no se enfrenta a los fariseos porque los odia, sino porque los ama. El amor infinito y concreto de Dios manifestado en Jesucristo no ha venido a la tierra para denunciar por despecho a los malhechores. Ha venido a revelarnos la altura y la profundidad de un Amor del que tenemos necesidad imperiosa. Y a veces una reprensión puede ser un buen instrumento para que se abran nuestros ojos, para que reconozcamos que somos menesterosos ante Dios.

No hay por qué pensar que el fariseo sea malo, perverso y negador de sus miserias. Es que ¡simplemente no las ve! Y al contemplar esta historia que Jesús nos cuenta, surge urgente la necesidad de pedir al Señor que nos haga ver nuestras fragilidades. «Si Dios prefiere la humildad no es para degradarnos: la humildad es más bien la condición necesaria para ser levantados de nuevo por él, y experimentar así la misericordia que viene a colmar nuestros vacíos. Si la oración del soberbio no llega al corazón de Dios, la humildad del mísero lo abre de par en par. Dios tiene una debilidad: la debilidad por los humildes. Ante un corazón humilde, Dios abre totalmente su corazón»^[5].

Carlos Jódar

[Volver al índice](#)

[Siguiente capítulo](#)

[1] *Surco* n. 635.

[2] Francisco, *Homilía*, 27-X-2019.

[3] *Es Cristo que pasa*, n. 71.

[4] Francisco, *Audiencia*, 1-VI-2016.

[5] *Ibíd.*

ENTRAR EN LA VIDA

El joven rico

La vida no es una película. No hay un director que se ocupe de decir a los actores lo que tienen que hacer, o que gira la trama para ajustarla al final que desea. Dios quiere que nosotros seamos protagonistas de nuestra película. Por eso en el Evangelio tienen lugar sucesos que desconciertan. Aparecen personajes con historias que no son precisamente redondas, sino que acaban con un poso de amargura. Uno de ellos es el joven rico (cfr. *Mc 10,17-31*). Sin embargo, a través de la tristeza del relato Dios nos ofrece también motivos para la esperanza.

En busca de una respuesta

Seguramente venía siguiéndolo desde días atrás, observando en silencio. Pero esta vez ya no aguantó. Tuvo que ver tantas cosas en tan poco tiempo, que su corazón no pudo reprimir más el deseo de acercarse, de terminar de comprobar lo que desde hacía tiempo comenzaba a intuir.

Jesús se había vuelto a desplazar desde Galilea hacia Judea, al otro lado del Jordán. Y tal como era su costumbre, se puso a enseñar a la muchedumbre y a sanar a los enfermos que se acercaban. También muchas personas comenzaron a traerle unos niños para que los bendijera.

Quizá fue este derroche de cariño la gota que colmó el vaso de nuestro personaje. Nunca había visto tanta coherencia entre palabras y obras, tanto amor predicado y practicado. Tenía que hablar con él, pero se le acababan las oportunidades, porque no sabía si alguna otra vez lo tendría tan cerca. Así que, cuando vio que Jesús «salía para

ponerse en camino, vino corriendo y se arrodilló delante de él» (*Mc 10,17*).

Se trataba de un joven distinguido, que era rico. Por sus palabras y actitudes podemos intuir, además, que estaba a la búsqueda del amor que diera sentido a todo lo que hacía. No es usual que alguien rico y distinguido se postre delante de otra persona. Pero la sed existencial que le consumía era tan abrasadora, que le importaban muy poco las formas o lo que otros pudieran pensar de él. Necesitaba una respuesta satisfactoria a la pregunta de su vida: «Maestro bueno, ¿qué puedo hacer para heredar la vida eterna?» (*Lc 18,18*). Ardía en deseos de encontrar lo verdaderamente bueno. Supo dar el primer paso: ponerse de rodillas delante de Dios. «Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien tú has enviado» (*Jn 17,3*).

Es probable que la multitud allí presente se sorprendiera al contemplar la escena. Estarían expectantes por ver la reacción de Jesús ante semejante gesto de humildad. La primera réplica del Señor no pone el énfasis en lo que hace el hombre, sino en lo que hace su Padre: «¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno sino uno solo: Dios» (*Lc 18,19*). Es precisamente la bondad de Dios, no la del ser humano, la que abre las puertas. Es la gracia divina la que transforma y permite habitar en su casa. Pero vivir en la casa del Padre requiere, lógicamente, abrazar las reglas del hogar: «Si quieres entrar en la Vida, guarda los mandamientos» (*Mt 19,17*).

La respuesta de Jesús no fue un descubrimiento, sino un recordatorio: «Ya conoces los mandamientos» (*Lc 18,20*). A nuestro afán por buscar respuestas originales, contesta señalándonos el camino que ya sabemos. Es como si el Señor nos indicara: «Lo que dije antes es lo que digo ahora». Jesucristo es el mismo ayer, hoy y siempre (cfr. *Hb 13,8*). A veces, podemos pensar que hace falta realizar algo extraordinario para dar con la felicidad. Sin embargo, el Señor nos muestra que la plenitud se encuentra de una manera más

sencilla de lo que creemos. «Y tú estabas dentro de mí y yo afuera, y así por fuera te buscaba (...). Tú estabas conmigo, mas yo no estaba contigo»^[1].

Pero el joven no se sintió satisfecho. Jesús le había dicho algo que ya sabía, pero él necesitaba más: «Todo esto lo he guardado desde mi adolescencia» (*Lc 18,21*). Tenía una fuerte familiaridad con las cosas de Dios, pero seguía inquieto. Quizá fue esa cercanía lo que le hacía buscar la respuesta definitiva, pues quien bebe de la verdadera fuente siempre querrá más. «Eres como un mar profundo en el que cuanto más busco, más encuentro, y cuanto más encuentro, más te busco»^[2].

Y entonces «Jesús fijó en él su mirada y quedó prendado de él» (*Mc 10,21*). Su corazón ardía por hacer suya esa alma. Reconoció su deseo de plenitud y la inquietud que le había llevado a postrarse delante de él. No era una mirada cualquiera: era la del enamorado dispuesto a dar la propia vida por la otra persona. Por eso los ojos de Jesús cambiarían la existencia de ese joven para siempre, pues se supo amado infinitamente.

Por fin el Señor se decide a ofrecer al muchacho la respuesta que podría satisfacer sus deseos de eternidad. «Una cosa te falta: anda, vende todo lo que tienes y dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo. Luego, ven y sígueme» (*Mc 10,21*). Se trata de un cambio radical de perspectiva. No es cuestión de pensar en cómo merecer la eternidad, sino de imitar al Señor viviendo sin ataduras en la tierra. «Es la llamada a una mayor madurez, a pasar de los preceptos observados para obtener recompensas al amor gratuito y total. Jesús le pide que deje todo lo que lastra el corazón y obstaculiza el amor. Lo que Jesús propone no es tanto un hombre despojado de todo sino un hombre libre y rico en relaciones. Si el corazón está abarrotado de posesiones, el Señor y el prójimo se convierten solo en una cosa entre otras. Nuestro tener demasiado y querer demasiado sofocan nuestro corazón y nos hacen infelices e incapaces de amar»^[3].

El vértigo de volar

Las palabras de Jesús resonaron como un trueno en el centro del corazón del joven. Parecía como si en su interior se estuviera asomando el sol y, de repente, se hiciera la más oscura de las noches. Su voluntad y su inteligencia, anhelantes de encontrar el sentido de la existencia, se habían quedado aturdidadas. Su espíritu, noqueado.

Hasta ese momento todo iba bien. Pero en cuanto Dios le pidió el corazón y, con él, todo lo que llevaba dentro, no supo qué decir. Se hizo el silencio. Jesús lo seguiría mirando con cariño, esperando una respuesta. El joven miró dentro de esos ojos y vio allí todo lo que anhelaba: un futuro lleno de paz, de felicidad, de eternidad. Dentro de esa mirada se dio cuenta de lo lejos que podía volar, pero también sintió con toda la fuerza el vértigo de quien se eleva: adiós al suelo firme, a las seguridades. En definitiva, todo aquello que le daba cierto bienestar, pero que al mismo tiempo le encadenaba. Al fin y al cabo, todo eso no podía satisfacer sus deseos de plenitud. Por eso Jesús lo invitó a soltar esas cadenas, pero él prefirió la seguridad de la celda.

Los ojos empezaron a llenarse de lágrimas. El Maestro no añadió nada más: simplemente le tendió la mano para que se levantara y se fuera con él. No le explicó a dónde, ni por cuánto tiempo. Solo le dijo «sígueme». Le pidió que confiara en él, que entendiera que es eso lo único que cuenta.

Al joven no le había importado que los demás lo vieran de rodillas, porque antes solo tenía ojos para Jesús. Pero ahora se estaba comenzando a llenar de vergüenza. Bajó la cabeza, porque no quería asumir lo que aquella mirada amorosa le proponía, y se levantó del suelo con pesadumbre. No quiso tomar la mano de Jesús, pues temía que eso lo instara a soltar otras cosas. Miró de reojo por última vez al maestro y, en ese último cruce de miradas, notó, por parte de Jesús, una confianza en él todavía incondicional; él, por su parte, había

tomado ya una decisión. Se dio la vuelta y «se marchó triste, porque tenía muchas posesiones» (Mc 10,22).

No quiso girar la cabeza. Si lo hubiera hecho, se habría dado cuenta de que Jesús lo miraba hasta el último instante, hasta el momento en que el camino viraba y se perdía de su vista. Como pasa en muchas películas, el espectador conserva la esperanza de que volverá corriendo, de que abrazará a Jesús, de que se dará cuenta de que «lo que se necesita para conseguir la felicidad, no es una vida cómoda, sino un corazón enamorado»^[4]. Pero no, no vuelve.

La promesa del Señor

Mientras Jesús lo veía marcharse, los que presenciaron la escena se quedaron en silencio. Los apóstoles, que habían escuchado ese mismo «sígueme», notaron con particular fuerza el dolor que traslucía el rostro del Maestro. Entonces se alegraron de haber dejado entrar a Jesús en sus vidas, de haberle dicho que sí. Y también eran testigos del gozo que le embargaba por la presencia continua de los Doce y de las santas mujeres.

Finalmente, cuando la figura del joven rico, cabizbajo y con paso doloroso, se perdió en lontananza, Jesús suspiró y dijo: «¡Qué difícilmente entrarán en el Reino de Dios los que tienen riquezas!» (Lc 18,24). El Señor no tiene nada contra los ricos; su lamento se dirige más bien a aquellos que creen que solo la abundancia de bienes puede dar la auténtica felicidad. «No consiste la verdadera pobreza en no tener, sino en estar desprendido: en renunciar voluntariamente al dominio sobre las cosas. Por eso hay pobres que realmente son ricos. Y al revés»^[5].

Pedro no pudo evitar intervenir. Ciertamente, los apóstoles no habían presenciado hasta ese momento un no tan rotundo a la llamada de Jesús. De hecho, habían visto lo contrario: personas que le habían manifestado su deseo de seguirlo a las que el Señor había invitado más bien a permanecer en su casa (cfr. Mc 5,19). Por eso,

notando el contraste entre lo que el joven había hecho y lo que ellos mismos habían decidido, Pedro quiso saber cuál era la diferencia entre decir que sí y decir que no: «Ya ves que nosotros hemos dejado nuestras cosas y te hemos seguido. ¿Qué recompensa tendremos?» (*Mt 19,27*).

Entonces, Jesús dio una respuesta que ha movido corazones a lo largo de todos los siglos. Unas palabras que han consolado a los discípulos, que han sido el motor de las locuras de amor de los santos. Una promesa como la que el Señor hizo a Abraham, a quien pidió también abandonarlo todo, incluso a su propio hijo: «Todo el que haya dejado casa, hermanos o hermanas, padre o madre, o hijos, o campos, por causa de mi nombre, recibirá el ciento por uno y heredará la vida eterna» (*Mt 19,29*).

La vida eterna. Justo lo que el joven rico buscaba. Al fin y al cabo, es a lo que aspiramos todos. Pero Jesús va más allá: nunca nadie podrá tener sueños más grandes que los de Dios. Nuestras más altas aspiraciones y anhelos se quedan muy cortos respecto a lo que el Señor nos quiere dar. Así como Salomón pidió sabiduría y se le concedió eso y también todo aquello a lo que renunció (cfr. *1R 3,1-15*), los que siguen a Jesús reciben todo a lo que aspiran y mucho más que eso. «Quien deja entrar a Cristo no pierde nada, nada –absolutamente nada– de lo que hace la vida libre, bella y grande. ¡No! Solo con esta amistad se abren las puertas de la vida. Solo con esta amistad se abren realmente las grandes potencialidades de la condición humana. Solo con esta amistad experimentamos lo que es bello y lo que nos libera. (...) Abrid de par en par las puertas a Cristo, y encontraréis la verdadera vida»^[6].

Luis Miguel Bravo Álvarez

[Volver al índice](#)

Siguiente capítulo

[1] San Agustín, *Confesiones*, Libro 7, 10. 18, 27.

[2] Del Diálogo de santa Catalina de Siena sobre la divina Providencia, Cap. 167.

[3] Francisco, *Mensaje*, 29-VI-2021.

[4] *Surco*, n. 795.

[5] *Camino*, n. 632.

[6] Benedicto XVI, *Homilía*, 24-IV-2005.

DESEAR VER A DIOS

El encuentro con Zaqueo

Jesús acaba de llegar a la ciudad de Jericó (cfr. *Lc 19,1-9*). Entre los habitantes se corre la voz apenas cruza la puerta de ingreso: «¡Es el Maestro! ¡Ya ha llegado!». Todos desean verle y oírle. Entre esas personas se encuentra Zaqueo. Se trata de un hombre importante, rico y jefe de publicanos. Por eso, no goza de mucha estima, pues se dedica a colaborar con las autoridades invasoras con el cobro de impuestos. Sin embargo, ahí está él, como uno más, tratando de hacerse un hueco en la muchedumbre para tratar de ver a Jesús. Pero tiene un problema: es pequeño de estatura. Por mucho que avance siempre tendrá a una persona más alta que él que le quita toda visibilidad.

Impotente, a Zaqueo se le ocurre un plan B. Más adelante, al lado del camino, se encuentra un árbol. Ahí, desde lo alto, podría contemplar a Jesús sin ningún problema. Aunque normalmente debe mantener las apariencias correspondientes a su cargo, ahora no duda en realizar una acción que podía ser considerada absurda, pues sabe que «el ridículo no existe para quien hace lo mejor»^[1]. Se adelanta corriendo a la comitiva y sube por el sicómoro. Así de grande es su deseo por conocer al Maestro. No se plantea pararse ante las dificultades. Está dispuesto a sacrificar incluso su propia honorabilidad; a que le vean correr con agitación, trepar y asomarse entre las ramas. Su interés por ver a Jesús va mucho más allá de la curiosidad humana; lo que Zaqueo busca, de manera más o menos consciente, es la verdad. Busca, ante todo, la verdad de su propia vida.

Una mirada sin prejuicios

Jesús, al llegar al sicómoro, levanta los ojos y dirige su mirada hacia el publicano. Zaqueo se fija en los ojos del Maestro. Ya no era simplemente contemplarle desde el árbol, como a un objeto de estudio, sino un mirarse mutuamente. Quizá entre los que formaban la comitiva alguno ironiza sobre la actitud de este personaje: «Mirad, este es Zaqueo, todo un jefe de los publicanos, trepando por un árbol como un niño». Pero Cristo no entiende de etiquetas. No ve en Zaqueo un traidor, sino un alma sedienta de Dios. Y por eso pone sus ojos en él. «Esta mirada de Jesús que es hermosa, que ve al otro, sea quien sea, como un destinatario de amor, es el inicio de la pasión evangelizadora»^[2]. Zaqueo, a quien no le importa lo que piensen los demás, se siente mirado por Jesús. No tiene miedo a que el Señor vea el interior de su alma. Zaqueo, entonces, es un alma que quiere hacer oración: mirarse a sí mismo a través de los ojos misericordiosos de Jesús. Es el inicio de su conversión.

Asombrado ante la mirada de Jesús, Zaqueo oye las siguientes palabras: «Date prisa y baja, porque es necesario que hoy me aloje en tu casa» (*Lc 19,5*). Sus expectativas habían sido superadas. Pocos minutos antes se conformaba con ver al Maestro; jamás se habría imaginado que Jesús se detuviese, le mirara a los ojos y pronunciase su propio nombre. Pero la dicha va más allá todavía: ¡le pide alojamiento en su casa! «Cristo ve nuestras necesidades con una sabiduría divina, y con su omnipotencia puede y llega más lejos que nuestros deseos. ¡El Señor ve más allá de nuestra pobre lógica y es infinitamente generoso!»^[3]. Sabe del afán perseverante de Zaqueo por verle y por eso él mismo se deja ver. Pero no se queda en eso: le mira, le llama y le dice que quiere entrar en su casa. A Jesús le basta el deseo sincero de un alma por buscarle para acercarse a ella: «¿Dónde está tu deseo de Dios? Porque la fe es eso: tener el deseo de hallar a Dios, de encontrarlo, de estar con él, de ser felices con él»^[4].

La respuesta de Zaqueo a la petición de Jesús no se hace esperar. Baja del árbol todo lo rápido que puede y recibe al Señor en su casa

«con alegría» (Lc 19,6). Esa felicidad es la reacción lógica después haber deseado intensamente la cercanía del Señor. ¡Cómo se esmeraría en agasajarle! Tendría las manifestaciones de respeto y de agradecimiento que ayudan a crear un ambiente de cordialidad y de regocijo. Estaría también pendiente de las palabras que pronunciaría el Maestro. Y es que solo el que busca la verdad es capaz de aceptar las enseñanzas del Señor y confrontarlas con su vida. En cambio, quienes se mueven con esquemas preconcebidos, como algunos judíos de la época, solo se fijan que Jesús ha hecho algo *imperdonable*: entrar en la casa de un jefe de publicanos. Por eso todos empiezan a murmurar entre sí (cfr. Lc 19,7). «Dios no se deja condicionar por nuestros prejuicios humanos, sino que ve en cada uno un alma que es preciso salvar, y le atraen especialmente aquellas almas a las que se considera perdidas y que así lo piensan ellas mismas. Jesucristo, encarnación de Dios, demostró esta inmensa misericordia, que no quita nada a la gravedad del pecado, sino que busca siempre salvar al pecador, ofrecerle la posibilidad de rescatarse, de volver a comenzar, de convertirse»^[5].

Una decisión de amor

Zaqueo siente un profundo agradecimiento a Jesús. Tan clara es la verdad, tan amable ha sido el Señor que se ha dignado a entrar en su casa, incluso sin que se lo pidiese, que Zaqueo siente en su interior una profunda sacudida. Es el momento de la conversión. Y en ese ambiente de alegría, declara: «Señor, doy la mitad de mis bienes a los pobres y, si en algo he defraudado a alguno, le restituyo el cuádruplo» (Lc 19,8).

Nadie le había pedido un acto de generosidad tan grande. Lo decide así porque quiere. No se siente coaccionado: es él quien libremente toma esa decisión. No piensa que está haciendo algo contrario a lo que realmente le gustaría. Él, acostumbrado a hacer cálculos económicos, no se para en cálculos mezquinos porque no se siente en la obligación de responder a una demanda, sino que sencillamente

toma una iniciativa. Y lo que decide no le parece heroico, porque está admirado de la bondad del Señor y, por tanto, todo le parece poco. No se propone dar algo, sino *darse*, porque lo que ha decidido es amar, es decir, corresponder al amor del Señor. Zaqueo, más que generoso, ha empezado sencillamente a vivir de amor.

«Libremente, sin coacción alguna, porque me da la gana, me decido por Dios. Y me comprometo a servir, a convertir mi existencia en una entrega a los demás por amor a mi Señor Jesús»^[6]. Es evidente que un acto de esta naturaleza solo se puede hacer si se está contento de hacerlo: Zaqueo lo hace porque está alegre, agradecido y admirado, y hacerlo le llena de una felicidad mucho más grande de la que había obtenido solo con las riquezas. Con razón se ha dicho que la alegría «no es una virtud distinta de la caridad, sino cierto acto y efecto suyo»^[7]. Por eso, *sabernos* libres para amar «nos lleva a experimentar en el alma la alegría, y con ella el buen humor»^[8]. Quienes han hecho la elección de entregarse están alegres: «La palabra “feliz” o “bienaventurado”, pasa a ser sinónimo de “santo”, porque expresa que la persona que es fiel a Dios y vive su Palabra alcanza, en la entrega de sí, la verdadera dicha»^[9].

La alegría de alegrar al Señor

Ante la sorprendente declaración del jefe de los publicanos, quizá alguno de los comensales piensa que lo que acaba de decir no responde a la lógica humana. Pero Jesús, emocionado, afirma: «Hoy ha llegado la salvación a esta casa, pues también este es hijo de Abrahán; porque el Hijo del Hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido» (*Mt 19,9-10*).

La respuesta del Señor no ha sido una constatación fría de un hecho. Jesús es verdadero hombre y, como tal, tiene sentimientos. En varias ocasiones los Evangelios se detienen a describirlos: se compadece ante la muchedumbre que está como ovejas sin pastor (cfr. *Mt 9,36*), se indigna ante los mercaderes que negocian en el templo (cfr. *Jn*

2,14.17), se duele ante la desgracia de la viuda que ha perdido su único hijo (cfr. *Lc* 7,11-17), se emociona ante aquella otra que echa en la hucha del Templo sus dos monedas (cfr. *Mc* 12,41-44), llora la muerte de su amigo Lázaro (cfr. *Jn* 11,35).

También en esta ocasión Jesús tuvo que conmoverse profundamente. El Señor vio el cambio de vida de Zaqueo y su generosidad, pero vio también cómo había actuado el Espíritu Santo en el alma de ese pecador. Si Zaqueo es capaz de formular un propósito así es porque el Paráclito se lo ha inspirado. Jesús ve la maravilla de la acción divina que impulsa y ayuda al hombre, respetando su naturaleza libre. Parece que la iniciativa es del hombre, que decide convertirse, pero en realidad era previa la llamada divina a la conversión; era previo ese trabajo silencioso del Espíritu Santo en el alma de Zaqueo, que lo impulsaba a trepar al árbol.

Jesús, que ve todo esto, se alegra mucho. Tuvo que notarse en su rostro, en el timbre de su voz, en sus ojos que brillaban por la emoción. Y eso lo percibió Zaqueo. A la alegría de haber visto a Jesús, de haberlo escuchado, de haber comprobado cómo le tomaba en consideración hasta el punto de entrar en su casa, se suma ahora la alegría de haber sido capaz de alegrar al Señor. Alegrar a Dios y alegrarse con Dios. ¿Qué más se puede pedir?

Eduardo Baura

[Volver al índice](#)

[Siguiente capítulo](#)

[1] *Camino*, n. 392.

[2] Francisco, *Audiencia*, 11-I-2023.

[3] *Forja*, n. 341.

- [4] Francisco, *Homilía*, 12-III-2018.
- [5] Benedicto XVI, *Ángelus*, 31-X-2010.
- [6] *Amigos de Dios*, n. 35.
- [7] Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologiae*, II-II, q.28, a.4.
- [8] Mons. Fernando Ocáriz, *Carta pastoral*, 9-I-2018, n. 6.
- [9] Francisco, *Gaudete et exsultate*, n. 64.

AL BORDE DEL CAMINO

El ciego Bartimeo

Entre los muchos recursos técnicos a disposición del director de una película, se encuentra el de adoptar el punto de vista de un personaje, es decir, presentar las escenas poniéndose en su lugar e imitando su percepción. Por ejemplo, si se filma un diálogo entre dos personas, la cámara puede limitarse a ofrecer una perspectiva externa, mostrando a los dos interlocutores desde una cierta distancia, o alternar un primer plano de uno u otro, para ver sus reacciones, o concentrarse en uno solo, mostrando sus gestos y dejando que se oiga lo que está pensando.

Análogamente, el escritor de un relato puede narrarlo de una manera externa, sin adoptar la posición de ningún personaje, o puede presentarnos las cosas tal como las ve u oye uno de ellos. Cuando san Josemaría aconsejaba meterse en el Evangelio «como un personaje más», nos estaba animando a leer los textos como si estuviéramos dentro de la escena. En ocasiones, el relato mismo nos ayuda a entrar en él, precisamente cuando se narra la acción adoptando el punto de vista de uno de los personajes.

Hay pasajes del Evangelio que se prestan a considerarlos bajo estas técnicas cinematográficas. Nos podemos imaginar la curación de Bartimeo (cfr. *Mc* 10,46-52) preguntándonos: ¿Dónde estaría situada la cámara? ¿Qué tipo de plano utilizaría? ¿A quién estaría enfocando? ¿Qué recorrido haría? De este modo, considerando esta escena como una película, quizá descubriremos algunos aspectos en los que antes no habíamos reparado.

Saliendo de Jericó

San Marcos introduce el episodio diciendo que Jesús y sus discípulos «llegan a Jericó», ciudad situada en el valle del río Jordán y a veinticinco kilómetros de Jerusalén, que es hacia donde se dirige Jesús. Sin contarnos nada de lo que haría dentro de esta ciudad, el evangelista añade inmediatamente: «Y cuando salía él de Jericó con sus discípulos y una gran multitud, un ciego, Bartimeo, el hijo de Timeo, estaba sentado al lado del camino pidiendo limosna» (Mc 10,46). Podemos imaginar esta situación como si fuera una escena filmada desde algunas decenas de metros de distancia, de tal manera que consigue encuadrar a dos personas que no están juntas: por un lado se ve al Señor saliendo de la ciudad, rodeado de mucha gente; por el otro, se distingue a un ciego que pide limosna junto al camino. Jesús se encuentra en movimiento; el ciego, en cambio, está sentado. También se puede pensar en una sucesión de imágenes: primero vemos al Maestro y a la muchedumbre; después la cámara se mueve a lo largo del camino hasta detenerse para ofrecer un primer plano del ciego. La indicación de su nombre –Bartimeo– seguida de su traducción –hijo de Timeo– acentúa su singularidad. Quizá hay también un toque de ironía, pues Timeo significa *honrado, estimado*.

A continuación, la cámara adopta un primer plano del ciego. Poco a poco se va acercando hacia él, hasta que resulta posible distinguir su voz: «Y al oír que era Jesús Nazareno, comenzó a decir a gritos: “¡Jesús, Hijo de David, ten piedad de mí!”» (Mc 10,47). Tras enterarse de quién es el causante de la agitación que percibe, Bartimeo reacciona con un clamor que no solo es una petición de misericordia, sino también una confesión: él oyó «Jesús Nazareno», pero lo proclama como «Hijo de David», adelantándose a las aclamaciones de la gente cuando el Señor entraría en Jerusalén.

Bartimeo sigue en el centro de la escena. La narración nos ha metido en la piel de nuestro personaje, de manera que ahora no solo lo vemos de cerca, sino que también oímos lo mismo que él. Ajetreo. El tumulto de la muchedumbre que se acerca. Las pisadas en la arena

del camino. Comenzamos a escuchar también los gritos de los que tratan de silenciarlo. «¡Cállate! ¡Deja de molestar al Maestro! ¡Sigue a lo tuyo!». No terminamos de entender por qué la gente no quería que Bartimeo abriese la boca. Pero él no se echa para atrás, y repite el mismo clamor con más fuerza si cabe: «¡Hijo de David, ten piedad de mí!» (Mc 10,48).

Desconocemos qué es exactamente lo que quiere de Jesús, aunque lo podemos intuir. Tampoco sabemos por qué lo reconoce como hijo de David, es decir, como el descendiente del rey que heredaría el trono de su padre y reinaría para siempre en Israel. En cualquier caso, su modo de actuar muestra a un hombre que no es pusilánime ni cobarde. No se deja arrastrar por el ambiente. Sabe que el Mesías esperado está pasando por delante de él, y no puede dejar que escape esta oportunidad. «¿La gente me dice que me calle? ¡No puedo!». A Bartimeo le pudieron más las ganas de gritar que las de callar por miedo al qué dirán. «¿No te entran ganas de gritar a ti, que estás también parado a la vera del camino, de ese camino de la vida, que es tan corta; a ti, que te faltan luces; a ti, que necesitas más gracias para decidirte a buscar la santidad? ¿No sientes la urgencia de clamar: “Jesús, Hijo de David, ten compasión de mí?” ¡Qué hermosa jaculatoria, para que la repitas con frecuencia!»^[1].

Un temblor del corazón

La cámara hace un rápido movimiento para mostrarnos al Señor, que ha oído los gritos y detiene su caminar: «Se paró Jesús y dijo: “Llamadle”» (Mc 10,49). El Maestro había advertido esa súplica llena de fe y lo manda traer: quiere hablar con él, escucharle, saber qué es lo que quiere. Cuando la reacción de las personas que le rodeaban era la de hacer callar al ciego, Jesús responde llamándole. A él no le molesta que le pidamos ayuda, porque ha venido precisamente para salvarnos.

Con otro veloz cambio de plano, volvemos de nuevo al lugar donde se encuentra sentado Bartimeo y escuchamos con él la invitación a ir a Jesús: «Llamaron al ciego diciéndole: “¡Ánimo!, levántate, te llama”» (Mc 10,49). El Papa nos ayuda a imaginar lo que sentiría en ese momento Bartimeo: «Un temblor se apodera del corazón, porque se da cuenta de que es mirado por la luz, por esa luz cálida que nos invita a no permanecer encerrados en nuestra oscura ceguera. La presencia cercana de Jesús permite sentir que, lejos de él, nos falta algo importante. Nos hace sentir necesitados de salvación, y esto es el inicio de la curación del corazón»^[2].

Tras la llamada de Jesús, la vivacidad del relato aumenta y el ritmo de la acción se acelera aún más: Bartimeo –se nos dice–, «arrojando su manto, dio un salto y se acercó a Jesús» (Mc 10,50). Para comprender la magnitud de este gesto, conviene traer a la memoria un precepto de la ley de Moisés sobre los préstamos: «Si tomas en prenda el manto de tu prójimo, se lo devolverás antes de que el sol se ponga, porque es su única ropa y con ella abriga su piel; si no, ¿con qué va a dormir?» (Ex 22,25-26). El manto era la *casa* de este ciego, el lugar donde se acostaría para pasar la noche. Sin embargo, ante la llamada del Señor, no duda en prescindir de lo único que tiene. Este detalle del manto, pequeño en apariencia, nos invita a pensar en nuestra reacción cuando notamos que Jesús pasa cerca de nosotros. «No olvides que, para llegar hasta Cristo, se precisa el sacrificio; tirar todo lo que estorbe»^[3].

Cara a cara

No vemos el recorrido hecho por Bartimeo desde que se levanta hasta que llega al Señor. Su movimiento ha sido tan rápido que la cámara nos lo muestra enseguida junto a Cristo. Jesús le preguntó: «¿Qué quieres que te haga?» (Mc 10,51). La pregunta es idéntica a la que le había dirigido a Santiago y Juan en el episodio inmediatamente anterior (cfr. Mc 10,36). En esa ocasión, la petición de los dos hermanos –sentarse a la derecha y a la izquierda en su

reino— no había sido aceptada, porque no sabían lo que pedían. ¿Cómo reaccionará el Maestro esta vez?

«“Rabboni, que vea”, le respondió el ciego». No pide dinero, como solía hacer junto al camino, sino un don mucho más grande y difícil. La petición de Bartimeo, la misericordia que pedía a gritos al Hijo de David, consiste en volver a ver. De nuevo le sale espontáneo dirigirse al Señor, hablar con él, decir lo que piensa sin tapujos, con sencillez. «¿No te ha sucedido, en alguna ocasión, lo mismo que a ese ciego de Jericó? Yo no puedo dejar de recordar que, al meditar este pasaje muchos años atrás, al comprobar que Jesús esperaba algo de mí —algo que yo no sabía qué era!—, hice mis jaculatorias. Señor, ¿qué quieres?, ¿qué me pides? Presentía que me buscaba para algo nuevo y el *Rabboni, ut videam* —Maestro, que vea— me movió a suplicar a Cristo, en una continua oración: Señor, que eso que tú quieres, se cumpla».^[4]

Jesucristo escucha la petición del ciego y no la rechaza: «Entonces le dijo: “Anda, tu fe te ha salvado”. Y al instante recobró la vista» (*Mc* 10,52). La declaración de Jesús nos revela el punto más importante del episodio, porque interpreta con autoridad la conducta de Bartimeo. Su perseverancia en la oración, su prontitud para obedecer la llamada y su desprendimiento de todo lo que posee no eran consecuencia de un carácter irreflexivo, de ambiciones personales o de afán de protagonismo, sino de su fe. Por eso, no sorprende la frase con la que san Marcos concluye el relato: «Y le seguía por el camino» (*Mc* 10,52). La fe que movió a Bartimeo a pedir con insistencia y a superar las dificultades lo lleva finalmente a transformarse en un discípulo, que se pone en marcha detrás de Jesús en el camino que sube de Jericó a Jerusalén, el camino que lleva a la cruz.

«Seguirle en el camino. Tú has conocido lo que el Señor te proponía, y has decidido acompañarle en el camino. Tú intentas pisar sobre sus pisadas, vestirte de la vestidura de Cristo, ser el mismo Cristo: pues tu fe, fe en esa luz que el Señor te va dando, ha de ser operativa y

sacrificada. No te hagas ilusiones, no pienses en descubrir modos nuevos. La fe que él nos reclama es así: hemos de andar a su ritmo con obras llenas de generosidad, arrancando y soltando lo que estorba».[5]

¡Cómo sería la vida de Bartimeo después de este encuentro! El Evangelio no nos vuelve a hablar de él, pero podemos imaginar que habrá sido un antes y un después. Ya no estaría al borde del camino pidiendo limosnas, sino que saldría al paso de la gente para contarles lo que había significado en su vida ese momento con Jesús. Si antes no podía callar cuando sabía que el Mesías estaba cerca, ¿qué no haría después de haber sido llamado y curado por el Maestro? «También nosotros, cuando nos acercamos a Jesús, vemos de nuevo la luz para mirar el futuro con confianza, reencontramos la fuerza y el valor para ponernos en camino»[6].

Juan Carlos Ossandón

[Volver al índice](#)

[Siguiente capítulo](#)

[1] *Amigos de Dios*, n. 195.

[2] Francisco, *Homilía*, 4-III-2016.

[3] *Amigos de Dios*, n. 196.

[4] *Ibíd.*, n. 197.

[5] *Ibíd.*, n. 198.

[6] Francisco, *Homilía*, 4-III-2016.

UN PERFUME CON VALOR DE ETERNIDAD

La unción en Betania

La Pasión del Señor es inminente. Jesús está en Betania, en casa de Simón (cfr. *Jn* 12,1-11; *Mt* 26,6-13). Lázaro, ya muerto y resucitado, se encuentra a su lado disfrutando del que quizá fue el último encuentro con su buen amigo. Marta y María también están presentes, junto con unos cuantos discípulos. Marta, como en otras ocasiones, busca agasajar a Jesús, aunque esta vez ella no sea la anfitriona. María, por su parte, echa una mano a su hermana, pero su corazón y su imaginación están ponderando muchas cuestiones que ha vivido últimamente. Con una aguda intuición, quizá comprende en las palabras de Jesús que este encuentro es distinto a todos los demás.

Un amor sin cálculos

Esa tarde los pensamientos de María girarían en torno a Jesús. Todo en ella era agradecimiento. Si bien la amistad siempre hace brotar un sentido de gratitud, la amistad con Dios ¡cuánto más! Tantas horas de conversación, de consuelo y de compañía le ha brindado el Señor, y recientemente le ha devuelto a su hermano, Lázaro, de la muerte. «¿Cómo agradecer tanta bondad? ¿Qué más puedo hacer por mi Dios?». Estas y otras preguntas se asomarían a su cabeza y, por fin, se decide. Va a hacer algo especial por Jesús para manifestarle su gratitud y su amor.

Los demás invitados no imaginarían lo que en pocos minutos iban a presenciar. María piensa en lo que tiene de mayor valor, no quiere dar una cosa meramente material. No, lo que quiere es entregarse, adorarle, darle gracias y, con ello, manifestar a Jesús todo su amor. Una sonrisa se esboza en su semblante. Ese perfume, de nardo puro,

está recogido en una fina botella de alabastro y posiblemente de cuello delgado, hecho así para que, gota a gota, se desprenda el perfume y aromatice el ambiente. Es una fragancia que podría tasarse en unos trescientos denarios –el salario de casi todo un año–, y que pasará a tener valor de eternidad.

María se abre paso entre los invitados y, con determinación, realiza un gesto magnánimo. Antes de que Simón ofreciera a Jesús agua para lavarse, como era la costumbre, María se adelanta, toma el perfume, unge con él los pies de Jesús y los seca con sus cabellos. Rompe el frasco: todo es para su Dios, no se reserva ni una sola gota. Ofrece lo que tiene, con profunda devoción. No calcula, no mide, no se corta. Con ese gesto reconoce la alta dignidad de Jesús. Ese perfume ya no es solo su perfume de nardo de trescientos denarios. María ha ungido al Mesías con el perfume de su libertad, que «solo puede entregarse por amor»^[1].

Este momento se asemeja a otro de la vida del Señor, ya lejano en el tiempo, hace más de treinta años. No es Betania, es Belén. No están ni Marta, ni María, ni Lázaro, ni los demás discípulos. Solo están María y José. Jesús no ha hecho milagros ni se ha manifestado como Dios, pero ha nacido como Salvador del mundo. En esas circunstancias, unos reyes de Oriente también le reconocen una dignidad excelsa, dejan lo que tiene de valor a sus pies y, con profunda veneración, adoran a ese Niño Dios. Sus padres se conmueven con ese gesto, admirados de la maravilla que están viviendo. Seguramente, pasado el tiempo, recordarán a Jesús esa expresión magnánima de adoración. Esos reyes poderosos no solamente habían dado unos bienes materiales, más o menos valiosos, sino que al arrodillarse –al menos así podríamos imaginarlos mientras ofrecen sus dones– manifestaron su voluntad de amarle por encima de cualquier otra realidad terrena.

«Queridos jóvenes –escribía en una ocasión san Juan Pablo II–, ofreced también vosotros al Señor el oro de vuestra existencia, o sea

la libertad de seguirlo por amor respondiendo fielmente a su llamada; elevad hacia él el incienso de vuestra oración ardiente, para alabanza de su gloria; ofrecedle la mirra, es decir el afecto lleno de gratitud hacia él, verdadero Hombre, que nos ha amado hasta morir como un malhechor en el Gólgota»^[2]. Como aquellos reyes, María, con su perfume, ofrece a Jesús su libertad, su gratitud y su deseo de amarle con todo el corazón.

Como él ama

María continúa de rodillas junto a Jesús. El perfume baña los pies de su Señor y, sin dudarlo, comienza a secarlos con sus cabellos. María solo percibe la presencia de Cristo. No repara en los demás invitados, ni en su hermana Marta. Está frente al Señor dándole a conocer el cariño que le tiene y su inmensa gratitud.

También Jesús la contempla sin decir palabras. Deja hacer. Es el momento de María, y quiere necesitar de esas delicadezas. Sabe que se aproxima su pasión y muerte, y le viene al pensamiento todo lo que padecerá por cada uno y por cada una, porque ha venido al mundo para atraernos a su amor, para enseñarnos a amar. Y ve en ese movimiento afectuoso de María un consuelo al sufrimiento que ya se le acerca. María proyecta en ese gesto tantos miles de actos de amor a Dios que cristianos de todos los tiempos le ofrecerán. El corazón de Jesús está particularmente sensible a las manifestaciones de cariño que recibe. Por eso da las gracias a María y, en ella, a todos los que continuarán ungiendo a Dios con el perfume de su vida ordinaria: «Dondequiera que se predique este Evangelio, en todo el mundo, también lo que ella ha hecho se contará en memoria suya» (*Mt 26,13*).

¿Cómo habrá vivido Jesús ese momento? ¿Qué estaría sopesando en su interior? Quizá entre sus pensamientos rondaba lo que él realizaría con sus apóstoles durante la última cena. Él lavará los pies a sus discípulos, y María se le ha adelantado con aquel gesto.

Probablemente, Jesús pensaría en el acto de entrega más grande que tendría lugar pocos días después con la institución de la Eucaristía, la total entrega de sí que culminaría en la cruz. Quién sabe si también consideraría su presencia en cada sagrario, y en tantas almas que se acercarían a él y le recibirían con las mismas disposiciones con que, en ese mismo momento, lo hacía María. «Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él y haremos morada en él» (*Jn 14,23*).

En toda esta escena, se podría pensar que es Jesús quien más recibe con este gesto de María: ella ungió sus pies y los secó con sus cabellos, pero, en verdad, es María quien gana en esta historia. Se vuelca con Jesús, pero él «no se deja ganar en generosidad»^[3] y le abre un horizonte aún más dilatado de amor: manifestando con ese gesto su afecto y comprobando que era bien acogido, el corazón de María aprende a ensancharse para amar como Jesús.

El ambiente se llena

San Juan detalla que la casa se impregnó con la fragancia del perfume (cfr. *Jn 12,3*). De los presentes, quienes no se hayan percatado del generoso acto de María su sentido del olfato les habrá descubierto que algo ha pasado en aquel lugar.

Una manifestación de piedad no engrandece solamente el alma de quien lo realiza. El amor es difusivo, se expande, impregna con su buen aroma a quienes están alrededor. También lo que se deja de hacer, las omisiones, dejan su huella y empequeñecen esta economía de salvación. La piedad, que nace del deseo de agradar a nuestro Padre Dios, «es una actitud profunda del alma, que acaba por informar la existencia entera: está presente en todos los pensamientos, en todos los deseos, en todos los afectos»^[4].

Dentro de la naturalidad del día a día de todo cristiano, se presentan muchas ocasiones para impregnar el ambiente de amor a Dios: en el trabajo, en la vida en familia, con los amigos y colegas... Es el *bonus*

odor Christi, el buen olor de Cristo, que se manifiesta en el «amor sacrificado, diario, hecho de mil detalles de comprensión, de sacrificio silencioso, de entrega que no se nota»^[5]. Ungir al Señor, llenar con el perfume de la caridad el ambiente en el que cada uno se encuentra, abre un inmenso panorama a la propia existencia: nos permite mirar a Dios, y sentirnos mirados por él, a través de todo lo que hacemos.

No es de extrañar que los invitados prestaran su atención a la escena que discretamente protagonizaba María. El foco de las conversaciones cambiaría y se produciría un intercambio de miradas. Cada uno, en la intimidad de su corazón, valoraría ese gesto. Juan, al igual que Pedro y Marta, probablemente supo apreciar el acto de María. San Juan apunta la reacción de Judas: «¿Por qué no se vendió este perfume en trescientos denarios para dárselos a los pobres?» (*Jn 12,5*). María haría oídos sordos a estas palabras. El cálculo no entraba en el léxico sobre el amor que habría aprendido cerca del Maestro. Jesús mira a Judas y a María; en sus ojos se percibe el cariño con el que trata de reconducir los pensamientos y con voz clara dice: «Déjala» (*Jn 12,7*).

«Jesús sabía que su muerte estaba cercana y vio en ese gesto la anticipación de la unción de su cuerpo sin vida antes de ser depuesto en el sepulcro. Esta visión va más allá de cualquier expectativa de los comensales. Jesús les recuerda que el primer pobre es él, el más pobre entre los pobres, porque los representa a todos. Y es también en nombre de los pobres, de las personas solas, marginadas y discriminadas, que el Hijo de Dios aceptó el gesto de aquella mujer. Ella, con su sensibilidad femenina, demostró ser la única que comprendió el estado de ánimo del Señor»^[6].

Esta fue la despedida que María dio a Jesús. Quiso manifestarle su cariño de una manera única, que perdurara en el tiempo. Y lo consiguió. Su amor no solo llegó al corazón del Señor: también alcanza el de todos aquellos –presentes en casa de Simón o lectores

de este pasaje– que reconocen su magnanimidad y su deseo de no separarse jamás de él.

Sofía Massmann

[Volver al índice](#)

[1] *Amigos de Dios*, n. 31.

[2] San Juan Pablo II, *Mensaje*, 6-VIII- 2004.

[3] *Forja*, n. 623.

[4] *Amigos de Dios*, n. 146.

[5] *Es Cristo que pasa*, n. 36.

[6] Francisco, *Mensaje*, 14-XI-2021.